
EL JEFE
BRENNA DAY

EL JEFE

BRENNA DAY

Copyright © 2025 Brenna Day

Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción.
Nombres,personas, lugares y circunstancias son producto de la imaginación del autor o están utilizados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos es una coincidencia.

Está terminantemente prohibido reproducir cualquier parte de este libro a través de cualquier medio o forma, electrónica o mecánica, sin el permiso expreso del autor, exceptuando breves citas con fines promocionales o en reseñas literarias.

INDICE

Capítulo 1

El café siempre sabe mejor cuando lo tomas de contrabando.

Escondo mi taza tras la pantalla del ordenador mientras finjo concentrarme en la presentación que debería haber terminado ayer. El departamento de marketing de Grupo Innova tiene una estricta política de "nada de alimentos ni bebidas en los puestos", cortesía de Víctor, el imbécil que derramó un batido de proteínas sobre la Mac del jefe el verano pasado.

—Tierra llamando a Lucía.

Levanto la mirada para encontrarme con Marta, mi mejor amiga desde la universidad y con quien comparto piso, apoyada en la entrada de mi cubículo. Lleva el pelo recogido en un moño impecable y sus labios rojo cereza forman una sonrisa traviesa que conozco demasiado bien.

—Sea lo que sea, no —le advierto, intentando sonar seria.

Marta chasquea la lengua y entra sin invitación, dejándose caer espatarrada sobre la esquina de mi escritorio. Su falda se levanta enseñándolo todo, pero a ella no parece importarle.

—¿Por qué asumes inmediatamente lo peor? —pregunta con fingida inocencia.

—Experiencia —contesto, guardando rápidamente los cambios de mi documento—. La última vez que apareció esa sonrisa, terminamos bailando sobre la barra de un tugurio hasta las cinco de la madrugada. Y era martes.

—Fue miércoles, y lo recuerdas perfectamente —corrige, inclinándose para recolocar el pequeño cactus que mantengo precariamente vivo en una esquina del escritorio—. Pero esto es diferente. Y mucho más interesante.

Suspiro, rindiéndome. Con Marta es imposible mantener el enfoque.

—Vale. ¿Qué traes entre manos?

—No lo que yo traigo, sino lo que tú te has buscado —replica, bajando la voz dramáticamente—. Carmen te está buscando.

Mi estómago se encoge. Carmen es la asistente personal de la dirección, una mujer de cincuenta y tantos años con un severo moño rubio ceniza y la capacidad de hacer temblar a cualquier empleado con solo una mirada.

—¿Carmen? ¿Estás segura?

—La he oído preguntar por ti en recursos humanos —confirma Marta, disfrutando visiblemente de mi incomodidad—. Y no parecía su habitual nivel de disgusto, sino algo mucho más serio. ¿Qué has hecho esta vez? ¿Es por el comentario sobre las corbatas de Alberto en la reunión de presupuesto?

—Fue una observación constructiva —me defiendo, mientras mentalmente repaso cada posible transgresión de los últimos días —. Sus corbatas parecen sacadas de la década equivocada.

—Decirle a tu jefe que su corbata parece "el mantel de un restaurante italiano venido a menos" no es constructivo, es de suicida profesional.

Antes de que pueda replicar, mi teléfono interno suena. La extensión que parpadea en la pantalla hace que mi sangre se congele: es de la oficina de dirección.

—Mierda —susurro, mirando el aparato como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Venga, cógelo—me urge Marta, enderezándose.

Con mano temblorosa, levanto el auricular.

—Lucía Navarro al habla.

—Señorita Navarro —la voz cortante de Carmen resuena al otro lado—. Se requiere su presencia en la sala de juntas principal. Es urgente.

—La sala de juntas… —repito como una idiota—. ¿Puedo preguntar para qué?

—¡No, no puede! Haga lo que se le pide. Ahora.

¿Qué narices? ¿Y a esta qué bicho le ha picado?

La línea muere antes de que pueda decir nada más. Miro a Marta con ojos de pánico.

—Me van a despedir —sentencio, sintiendo cómo mi garganta se cierra—. Dos meses más y habría podido pagar la deuda del máster.

Marta frunce el ceño, repentinamente seria.

—No digas tonterías. Eres la mejor analista de marketing que tienen. Incluso Alberto lo reconoce, y ese hombre no reconocería el talento ni aunque le bailara desnudo sobre la mesa.

—Entonces, ¿por qué me llaman a la sala de juntas? Ahí es donde ejecutan a la gente.

—O donde anuncian ascensos —sugiere optimista, ayudándome a levantarme—. Vamos, arréglate esa falda. Si vas a ser ejecutada, al menos que sea con estilo.

Me aliso nerviosamente la blusa blanca y compruebo mis pintas con la cámara del móvil. El pintalabios color melocotón que me puse esta mañana ha sobrevivido milagrosamente a tres cafés y un cruasán de chocolate. Mi melena castaña, sin embargo, ha decidido revelarse formando ondas indisciplinadas alrededor de mi rostro. Pruebo a recogerme el pelo en un rodete tirante en lo alto de la cabeza.

—Es inútil —digo, intentando domar un mechón particularmente rebelde—. Parezco recién salida de un huracán.

—Pareces una mujer de negocios competente que está a punto de enfrentarse a lo que sea que le espera con la cabeza alta —me corrige Marta, dándome un pequeño empujón—. Ve. Te cubriré si alguien pregunta por el informe de tendencias.

Con un nudo en el estómago, me dirijo hacia la sala de juntas, situada al final del pasillo principal, tras las intimidantes puertas de cristal esmerilado que separan el área de trabajo común de las oficinas ejecutivas. Cada paso sobre el suelo de mármol resuena como una cuenta atrás hacia mi destino.

Carmen me espera frente a las puertas cerradas de la sala, con una tableta en la mano y expresión de cabreo infinito.

—¡Llegas tarde! –ladra, aunque sé perfectamente que he llegado en tiempo récord.

—Lo siento, estaba terminando un...

—No me importa —me corta secamente—. Dentro te esperan. Compórtate.

¿Que me comporte? ¿Qué clase de instrucción es esa para una profesional de 28 años?

Antes de poder preguntar, abre la puerta y prácticamente me empuja dentro.

La sala de juntas, con su enorme mesa de madera oscura y sus cristaleras que ofrecen una vista panorámica de Madrid, siempre me ha parecido intimidante. Hoy, sin embargo, está completamente vacía.

O casi.

Hay un hombre de espaldas a la puerta, de brazos cruzados frente al ventanal. Es un tío enorme, muy alto, como de uno noventa, de hombros anchos perfectamente delineados por un traje negro de diseñador. Su postura es la de alguien acostumbrado a que el mundo espere por él, no al revés. Y a juzgar por cómo resuella, tener que esperar por mí no le hace una pizca de gracia.

La puerta se cierra tras de mí con un chasquido que suena a sentencia.

El hombre no se gira inmediatamente. Continúa observando la ciudad como si estuviera decidiendo qué parte de ella comprará a continuación.

Me aclaro la garganta, incómoda en este extraño limbo.

—Disculpe, ¿ustes me ha llamado?

Mi voz suena más aguda de lo que pretendía. Fantástico, lo que me faltaba para completar el look de niñata nerviosa.

Finalmente, y soltando un suspiro de fastidio que me hiela el alma, comienza a girarse con movimientos deliberadamente lentos. Primero veo su perfil: mandíbula cuadrada, nariz recta, pómulos fuertes, el tipo de rasgos que parecen esculpidos más que formados naturalmente. Cuando completa el giro y quedamos frente a frente, el aire abandona mis pulmones de golpe.

No me jodas.

Le reconocería en cualquier parte. Esos ojos negros oscuros e intensos. El cabello negro con algunas canas prematuras en las sienes que solo añaden carácter a su rostro. La boca amplia de labios firmes que rara vez sonríe completamente.

Mi cerebro intenta procesar lo que estoy viendo mientras mi cuerpo se congela totalmente. Es imposible. No puede ser él. No aquí. No ahora.

Pero lo es.

Xavier Guerra.

El hermano mayor de Iñaki, mi ex.

Capítulo 2

—No me mires así, como si hubieras visto un fantasma —dice con voz grave, tan profunda que parece vibrar en el aire entre nosotros.

Intento cerrar la boca, pero mi mandíbula se niega a cooperar. Xavier Guerra es una presencia que ocupa toda la sala, no solo físicamente sino con su pura energía dominante. Si su hermano Iñaki era un chaval atractivo como de revista juvenil, Xavier es un hombre salido de un anuncio de whisky escocés de reserva: poderoso, intenso, con esa clase de masculinidad que no necesita anunciarse porque resulta imposible de ignorar.

Donde Iñaki era esbelto y de complexión atlética pero sin definición, Xavier es un auténtico toro: hombros anchos que tensan la tela de su traje italiano, cuello grueso, manos grandes con venas marcadas que hablan de una fuerza descomunal. Su mandíbula cuadrada está poblada por una barba de dos días perfectamente recortada, en contraste con la cara completamente lampiña de su hermano.

Pero lo más impactante son sus ojos. Negros como la noche cerrada, sin la claridad ambarina que era lo único verdaderamente destacable en Iñaki. Los ojos de Xavier son pozos oscuros que parecen absorber la luz en lugar de reflejarla. Ojos que ahora mismo me estudian con una intensidad depredadora que me hace sentir pequeña y vulnerable.

—Xavier... —consigo articular por fin, aferrándome al borde de mi silla para mantener algún tipo de anclaje a la realidad—. No esperaba verte... aquí.

Una sonrisa lenta, peligrosa, se dibuja en su rostro. No tiene nada que ver con las sonrisas fáciles y juveniles de Iñaki. La de Xavier es la de un hombre que rara vez encuentra motivos para el gesto, y cuando lo hace, es porque ha encontrado algo interesante.

—Claramente —responde, moviéndose por la sala con un andar chulesco, exhibiendo una poderosa musculatura que el traje no

consigue disimular—. Me pregunto qué te sorprende más: volver a verme después de tanto tiempo o descubrir que ahora soy tu jefe.

La forma en que pronuncia la palabra "jefe" envía un escalofrío por mi espalda. Hay algo absolutamente primitivo en el modo en que el sonido sale de sus labios, como si estuviera imponiéndose sobre mí.

Y yo que pensaba que Alberto era el peor castigo que me podía tocar. Vaya, el universo tiene un sentido del humor bastante retorcido.

Me obligo a mantener la compostura mientras intento procesar lo que tengo delante. Xavier Guerra. El enigmático hermano mayor de Iñaki. El tío que apenas se dignó a dirigirme tres frases en aquellas desastrosas vacaciones familiares, pero cuyos ojos me siguieron durante toda la estadía con una intensidad inquietante.

—Ambas cosas me sorprenden, para ser honesta —consigo responder.

Xavier da unos cuantos pasos en dirección a donde estoy sentada y se apoya en el borde de la mesa, a menos de un metro de mí. Su proximidad es abrumadora; desprende un aura de poder contenido que hace que el aire entre nosotros parezca cargado de electricidad.

–¿No te sorprende que mi grupo se fijara en tu pequeña empresa? —pregunta arqueando una ceja–. ¿Para qué crees que he adquirido Grupo Innova?

–Para ganar más pasta, supongo.

Por primera vez sonríe abiertamente mostrando sus dientes blancos y perfectos. Intento no fijarme en cómo su camisa abraza los músculos de su pecho, o cómo la corbata azul Francia atrae la atención hacia su cuello ancho y fuerte. Es como si toda su presencia física estuviera diseñada para intimidar y atraer al mismo tiempo.

—¿Por qué estoy aquí? —suelto directamente, necesitando desviar mi atención de su físico.

Sus ojos negros se entrecierran ligeramente, evaluándome con una mirada que parece atravesar todas mis defensas.

—Siempre directa al grano. Eso me gusta.

—¿Qué haces *realmente* aquí, Xavier? —pregunto, intentando que mi voz no delate el torbellino de emociones que me provoca su presencia.

Ladea ligeramente la cabeza, estudiándome como quien contempla un enigma particularmente interesante.

—¿Tú qué crees?

Bajo la mirada.

No dejes que te intimide. Ha venido precisamente a eso. No le des el placer de dejarte amedrentar.

—No juegues conmigo —replico con más firmeza de la que siento —. No nos conocemos lo suficiente para juegos.

—Yo creo que nos conocemos bastante, aunque no tanto como me gustaría.

Abro la boca para responder, pero vuelvo a cerrarla. El capullo me ha dejado sin palabras y ahora mis mejillas arden sin control.

Mierda, mierda, debo verme como una idiota.

Xavier ladea su cabeza con franca curiosidad y se sonríe divertido

—¿Y esa cara que se te ha quedado? Espero que no estés mojando la silla.

Abro los ojos como platos, sintiendo que mi cara se incendia por completo. La vulgaridad de su comentario me golpea como una bofetada y el bochorno me sube hasta las orejas.

—¿Perdona? —exclamo, mi voz saliendo más aguda de lo que pretendía.

Xavier suelta una risa corta, un sonido grave que reverbera en mi pecho.

—Tu cara es un libro abierto, Lucía —dice, sin el menor atisbo de vergüenza—. Nunca has sido buena ocultando tus reacciones. Ni cuando estabas con mi hermanito, ni ahora.

La mención de Iñaki actúa como un balde de agua fría, devolviéndome parte de mi compostura.

—¡No tienes derecho a hablarme así!—respondo con toda la dignidad que puedo reunir—. Que seas el nuevo dueño de la empresa no te da licencia para faltarme al respeto.

En lugar de molestarse, parece complacido con mi respuesta. Se endereza en toda su imponente altura, obligándome a levantar la cabeza para mantener el contacto visual.

—Eso está mejor —aprueba—. Prefiero a la Lucía de carácter que plantaba cara a mi hermano cuando se comportaba como un imbécil, antes que a la que se queda embobada mirándome como si nunca hubiera visto a un hombre de verdad.

Abro la boca para protestar, pero la cierro de inmediato. Sería inútil negar lo evidente. Respiro hondo, intentando recuperar el control de la situación.

—¿Por qué me has llamado a esta reunión, Xavier? Dudo que sea para recordarme tu superioridad física sobre tu hermano.

Sus labios se curvan en una media sonrisa que no alcanza sus ojos.

—En parte sí —admite con descaro—. Quería ver tu reacción. Confirmar algo que sospeché hace tiempo.

El corazón me da un vuelco.

—¿Sospechar qué?

Xavier se inclina ligeramente, invadiendo deliberadamente mi espacio personal. Puedo sentir su aroma a colonia y a algo tan primitivamente masculino que me hace contener la respiración.

—Que siempre te fijaste en el hermano equivocado.

Capítulo 3

XAVIER

Dos años atrás…

Y de pronto la vi allí arriba, al borde del acantilado, con su figura recortada contra el cielo como una aparición.

El viento le revolvía el cabello castaño y agitaba el vestido de verano que llevaba. Parecía una visión, pero estaba en el peor sitio posible —justo en la zona de desprendimiento.

¿Qué mierda está haciendo allí arriba mi cuñada? Justo en la puta zona de peligro de derrumbe. ¿Pero dónde coño se ha metido el estúpido de mi hermano que no es capaz siquiera de cuidarla?

Detengo al caballo y me desmonto de un salto.

¿Qué pinto yo aquí? He llevado toda la puta semana evitándola. Me sentaba a la mesa con ellos solo cuando la cortesía lo exigía, inventando reuniones urgentes por teléfono el resto del tiempo.

Pero ahora no hay escapatoria. Debo hacerla bajar cuanto antes.

Me limpio con una mano la frente perlada de sudor por la cabalgata bajo el sol abrasador de agosto y escojo uno de los senderos. Es el más empinado y difícil de atravesar, pero también el más corto. Mis músculos protestan mientras trepo cuesta arriba, sintiendo la roca afilada clavarse en las plantas de mis pies descalzos. El viento sopla con fuerza, trayendo el aroma distintivo del río Tajo.

Solo espero que no sea demasiado tarde.

Cuando al fin vuelvo a verla, se tambalea peligrosamente cerca del borde.

¿Qué cojones está haciendo?

Quiero gritarle pero me contengo pues podría asustarla y sin querer hacer que tropiece. Un paso en falso y caería al vacío. Acelero el paso ignorando el ardor en mis pulmones.

Cuando está a punto de resbalar sobre las piedras sueltas, y antes de que pueda precipitarse hacia abajo, la cojo por el brazo y tiro de ella hacia mí con rabia, caemos ambos al suelo, ella encima de mí.

Justo a tiempo.

Su rostro está a centímetros del mío. Lo primero que huelo es su aliento a alcohol.

Mierda, nena, ¿qué cojones haces borracha bordeando un puto acantilado?

Tiene los ojos hinchados y rojos, como si hubiera estado llorando a mares. Y al reconocerme parpadea sorprendida. De inmediato baja la mirada hacia donde sus manos pequeñas descansan sobre mi pecho desnudo. Sigo el recorrido de sus ojos y siento inmediatamente cómo mi cuerpo reacciona a su cercanía.

Joder, ¿una puta erección? ¿En serio? Es cuanto menos inoportuno.

De manera brusca me incorporo y la ayudo a levantarse, apretando la mandíbula para controlarme. Cuando al fin está de pie, veo que sus piernas tiemblan por el mareo. Joder, asi no puede bajar. Decido cargarla y, sin pedir permiso, la levanto en vilo y comienzo a bajar por el sendero menos escarpado.

Durante todo el descenso, ella no deja de sollozar ni un momento. Permanezco en silencio, no hago preguntas. No es mi estilo. Solo cuando llegamos abajo y la ayudo a montar me giro para mirarla.

—No deseas regresar a la casa, ¿verdad?

Ella asiente y rompe en llanto con más fuerza. Puedo sentir su pecho temblar contra mi espalda.

–Sujétate bien.

Ella rodea mi cintura con sus brazos temblorosos. Inicio un trote lento en dirección opuesta a la casa. Su olor a champú de vainilla y a la sal de sus lágrimas me llega durante todo el trayecto.

Cuando llegamos a la casita de huéspedes junto al viejo molino abandonado, desensillo y la ayudo a bajar. Busco la llave escondida bajo uno de los tirantes de madera del porche y entramos en la casa. Le preparo un café bien cargado y se lo hago beber. Cuando se ha calmado lo suficiente para contarme lo que ha ocurrido, mi mente ya está pensando lo peor del gilipollas de Iñaki, de seguro el causante del dolor de esta chica.

Han pasado dos años desde entonces, y verla hoy de nuevo me lleva automáticamente a ese momento.

Pero sobre todo a lo que sucedió después.

Ahora la observo sentada frente a mí, tan diferente a aquella mujer al borde del precipicio, rota y desencantada. Esta Lucía lleva el pelo recogido en un rodete tirante y su blusa blanca y su falda de tubo negra le dan ese aire de oficinista aburrida.

Pero sus ojos... sus ojos siguen siendo los mismos: demasiado expresivos, demasiado honestos para ocultar las turbulencias que está sintiendo al volver a verme.

—Te sacaré del departamento de marketing —le digo sin preámbulos, disfrutando de cómo abre los ojos con sorpresa—. No quiero que trabajes para nadie más que para mí.

La veo parpadear, intentando procesar mis palabras. La confusión baila en su rostro, seguida por un destello de indignación.

–¿Piensas dejarme sin empleo?

—No seas dramática. A partir del lunes trabajarás junto a mí codo con codo—. Lucía abre la boca para protestar, pero antes de que pueda hablar la corto—. Sin quejas, sin discusiones. Pronto sabrás

todos los detalles de tu nuevo puesto. Ahora puedes regresar a tu oficina y recoger tus pertenencias.

Su deliciosa boca vuelve a abrirse y cerrarse como la de un pez fuera del agua. Me fascina ver la manera en que se debate entre la duda y el temor. Le he soltado una puta bomba que no sabe de qué manera procesar y sé lo que está pensando ahora mismo: Con su talento y experiencia, volverse una especie de asistente personal es un desplazamiento lateral en el mejor de los casos, y un paso atrás en el peor.

Pero hay un método en mi aparente locura que ella no comprende. Todavía.

—Pero, Xavier... —comienza, pero levanto una mano para silenciarla.

—He dicho que nada de protestas ni discusiones. Y no soy Xavier, soy el señor Guerra —añado, disfrutando secretamente de cómo el color sube a sus mejillas. Aunque está echando humo por las orejas, baja la mirada y asiente a regañadientes.

—Sí, señor.

Señor . Oh mierda. Solo oírla decir aquello hace que merezca la pena la adquisición del negocio.

Así está mejor, nena, mucho mejor . *Comenzamos a entendernos.*

—Te enviaré los detalles el lunes por la mañana. Puedes retirarte.

La veo ponerse en pie, alisarse la falda nerviosa. El gesto atrae mi atención hacia sus piernas. Joder, tan apetecible como siempre...

No puedo evitar que mis ojos la recorran entera mientras se dirige hacia la puerta. La blusa se le ha salido ligeramente de la cintura de la falda en la parte trasera. Es un detalle pequeño, insignificante, pero despierta en mí un deseo primitivo de deshacer todo ese cuidadoso arreglo profesional, de convertirla en aquella mujer salvaje y emocional del acantilado.

Se detiene en la puerta y se gira, como si hubiera reunido el valor para un último desafío.

–No deseo ser la secretaría de nadie—me espeta con la barbilla ligeramente alzada—. Sabes que estoy sobrecalificada para eso.

Sin prisa me pongo en pie y camino hacia ella, manteniendo mis manos en los bolsillos para resistir la tentación de cogerla por la barbilla y darle una puta lección. Me detengo tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus iris castaños.

—No me interesa si tienes el máster en comer pollas. A partir del lunes te quiero a mi lado, muy cerca de mí, donde pueda verte todo el tiempo—respondo con brutal honestidad—. Donde pueda controlarte de verdad, no a través de informes y evaluaciones.

Amedrentada da un paso atrás y noto cómo contiene la respiración. Sus pupilas se dilatan ligeramente. Es miedo,sí, pero el miedo viene mezclado con un deseo que no puede disimular. Un deseo recíproco. Siempre lo ha sido, incluso cuando salía con mi hermano.

Especialmente entonces.

—No necesito que nadie me controle de esa manera.

Sonrío.

—No olvides que ahora soy tu jefe.

No puede evitar resoplar, pero enseguida vuelve a componerse. La veo tragar saliva. Está luchando contra sí misma, contra sus impulsos. Sus dedos se tensan sobre el pomo de la puerta. Por un momento, creo que va a hacerlo, va a mandarme a tomar por culo. En cambio, asiente brevemente y finalmente capitula.

—De acuerdo, señor.

Pero al salir da un portazo que de inmediato hace que Carmen del otro lado de la puerta la reprenda.

Siempre has sido rebelde, nena. Y no hay nada que me ponga más que entrenar a una sumisa rebelde.

Sacaré tu lado oscuro, nena. Sé que lo tienes.

Todos lo tenemos.

A partir del lunes no le rendirás cuentas a nadie más que a mí.

Haré de ti algo especial.

Capítulo 4

Tras dar semejante portazo camino por el pasillo temblando, los gritos de Carmen resonando aún en mis oídos, mis tacones marcando un ritmo irregular sobre el suelo de mármol. Mi mente es un torbellino de pensamientos contradictorios mientras el eco de las palabras de Xavier Guerra resuena en mi cabeza: "Te quiero a mi lado, muy cerca de mí".

¿Qué demonios acaba de pasar allí dentro?

Más importante aún, ¿qué acabo de sentir? Porque por mucho que intente negarlo, hay una corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo que no tiene nada que ver con el miedo a un nuevo jefe y todo que ver con la forma en que sus ojos me atravesaron.

El hermano mayor de Iñaki. Mi nuevo jefe. No me lo creo .

Llego a mi área sin recordar haber caminado los últimos veinte metros. La oficina abierta continúa tal como la dejé: el mismo zumbido habitual de conversaciones, teléfonos y tecleo, como si el mundo no acabara de dar un vuelco completo. Como si Xavier Guerra no hubiera entrado en nuestras vidas.

No he dado ni tres pasos fuera del ascensor cuando un pequeño comité de bienvenida me intercepta. Marta lidera el grupo, flanqueada por Nuria de contabilidad, Pilar de diseño y un par de compañeras más cuya curiosidad evidentemente ha podido más que sus tareas pendientes.

—¡Le vimos! Es un guaperas en toda regla —exclama Pilar sin preámbulos, prácticamente vibrando de emoción.

Nuria frunce el entrecejo, ajustándose sus gafas de montura negra con gesto analítico.

—Mmm, yo diría que demasiado guapo.

—Demasiado... hombre —añade Pilar con un suspiro soñador.

—Jolín, Pilar, que te estás babeando la blusa —interviene Marta con su habitual brutalidad, para luego volverse hacia mí con ojos expectantes—. Venga, chica, cuenta todo.

Suspiro porque ni sé por dónde empezar. Mil imágenes pasan por mi cabeza: la intensidad de su mirada, la proximidad de su cuerpo, su actitud borde, el descaro con el que me habló...

Finalmente, miro a mis compañeras y las palabras salen de mi boca antes de que pueda filtrarlas:

—Eh, creo que hoy es mi último día aquí.

El griterío que se levanta es instantáneo y ensordecedor. Cinco mujeres hablando a la vez, expresiones que van desde el horror hasta la indignación, mientras yo intento acallarlas agitando frenéticamente las manos.

—¡Shhh, que os va a oír! ¡Seréis cotorras! No me han echado. Me he expresado mal... Lo que he querido decir es que… Esto...

No consigo articular una explicación coherente. ¿Cómo les explico lo que ni yo misma entiendo? ¿Cómo les cuento que el nuevo jefe no sólo es el hermano de mi ex, sino que además parece tener planes específicos para mí que van más allá del ámbito profesional?

Marta, bendita sea, interpreta mi expresión de pánico a la perfección. De un salto abandona el borde de mi escritorio donde estaba sentada y me coge firmemente del brazo, arrastrándome hacia los ascensores.

Un nuevo griterio se eleva en el aire, esta vez de protesta.

—¡Lo siento chicas! —dice Marta girando hacia ellas mientras presiona repetidamente el botón de la planta baja—. Conozco a mi amiga como si fuera mi hija y este es un asunto estrictamente confidencial.

Las puertas del ascensor se cierran, cortando abruptamente las protestas y preguntas de nuestras compañeras. Por fin, silencio. Me apoyo contra la pared metálica, cerrando los ojos momentáneamente.

—Vale —digo mientras bajamos—. Antes de que preguntes: sí, ha sido tan raro como imaginas. Posiblemente más.

Marta me estudia con esa mirada penetrante que me conoce desde hace una década.

—Tienes la cara roja —observa—. Y esa vena de tu sien está palpitando, lo que significa que estás entre furiosa y excitada. Así que... ¿cuál de las dos?

—No estoy excitada —protesto débilmente.

—La negación es la primera etapa del duelo, cariño.

—Oye, que no estoy como para que me psicoanalices.

Las puertas se abren en la planta baja y Marta me guía directamente hacia la cafetería del edificio, un rincón iluminado con luz natural gracias a sus amplios ventanales. A esta hora está prácticamente vacía, con solo un par de ejecutivos enfrascados en sus asuntos en mesas distantes.

Nos sentamos en nuestro rincón habitual, lejos de oídos curiosos. La camarera nos reconoce y, sin preguntar, se acerca con dos cafés: uno con leche para mí y un americano para Marta.

—Gracias, Ana —le dice Marta con una sonrisa—. Hoy es cuestión de vida o muerte.

Cuando quedamos a solas, Marta se inclina sobre la mesa, toda su postura indicando que no aceptará evasivas.

—Ahora sí. Escúpelo todo.

Tomo un sorbo de café, ganando tiempo mientras ordeno mis pensamientos. Por dónde empezar...

—Xavier Guerra —digo finalmente—. El nuevo dueño de Grupo Innova es Xavier Guerra.

Marta se encoge de hombros con impaciencia.

—Sí, eso ya lo sabemos. El tiburón empresarial. Lo que no sabíamos es que te iba a llamar personalmente a su despacho el

primer día. ¿Qué quería?

—Es el hermano mayor de Iñaki —suelto, observando cómo los ojos de Marta se abren como platos al caer en la cuenta—. El mismo Iñaki que...

—Sé perfectamente quién es Iñaki, cielo —me interrumpe, poniendo los ojos en blanco—. El capullo que se tiró a la asistenta de aquella finca, que te arruinó las vacaciones, y el mismo hijo de puta que antes te engañó con la oxigenada del departamento legal.

—¡Marta!

Me mira con cara de inocencia.

—¿Qué? Si no he dicho más que la verdad.

—¿Lo tienes que gritar a los cuatro vientos?

—Vale, vale, tienes razón. Pero es que es de novela... ¿su hermano? ¿Ese Xavier Guerra es hermano de tu ex?

Asiento, apretando la taza caliente entre mis manos hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—El mismo. El que apenas me dirigió dos frases en las reuniones familiares. El que siempre parecía juzgarme con esos ojos oscuros que te atraviesan como si fueras transparente.

—¡El que te dio aquel beso! —susurra con un brillo travieso en los ojos.

De inmediato me abochorno tanto que suelto la taza y derramo el café sobre la mesa.

—No es nada—ataja Marta a toda prisa cuando la camarera atina a venir a limpiar el lío.

Marta deja su taza con un golpe seco sobre la mesa.

—Espera, espera, espera. Rebobina. ¿Qué ha pasado *realmente* allí dentro? ¿Te has vuelto a morrear con el tío?

—¡No!

—Pero lo has deseado.

—Nunca dije eso —protesto débilmente.

—No con esas palabras exactamente —concede Marta con una sonrisa maliciosa—. Pero recuerdo perfectamente que después de aquella cena de Navidad volviste diciendo que 'el hermano mayor de Iñaki te miraba como si quisiera devorarte'. ¿Te ha vuelto a mirar así?

No me gusta hacia donde va esto. Será mejor ir al grano.

—Yo no... eso fue hace tanto tiempo.… El caso es que me quiere trabajando en su oficina, algo asi como su nueva asistente personal.

—Joder, joder, joder. Su secretsria privada. ¡Que me lo imagino todo ya!

–¿Qué te imaginas?

–Querrá que te lo tires cada día con el primer café de la mañana —concluye Marta, apoyándose en el respaldo de su silla con expresión fascinada—. Esto es mejor que cualquier novela.

No puedo evitar solar la risa. Ambas reímos y acabo soltándolo todo: la forma en que me llamó a la sala, su actitud dominante, la forma de acercarse peligrosamente a mí, su grosería, incluso lo del “máster en comer pollas”. Aunque omito deliberadamente la parte donde insinuó que yo siempre me había fijado en el hermano equivocado y cómo esas palabras desataron una tormenta interior que aún no logro calmar.

Cuando termino, Marta me observa con una mezcla de fascinación y preocupación.

—Vale, esto es demasiado para asimilar—admite—. Pero antes de entrar en pánico, analicemos los hechos: no te ha puesto de patitas en la calle sino que te ha ofrecido un puesto en su oficina privada. Uno donde podrías demostrar todo tu potencial, sin Alberto pisoteando tus ideas.

Hago una mueca de disgusto.

—Bajo la supervisión directa del hermano del hombre que rompió mi corazón. Xavier claramente tiene una agenda personal que no comprendo.

—Pero, a diferencia de su hermano, él parece valorarte como persona—argumenta Marta—. Además, sería un aumento considerable de sueldo, ¿no? Podrías dejar de acumular esas conservas de alcachofas hediondas, podrías incluso terminar de pagar la deuda del máster antes de lo previsto.

Me muerdo el labio, considerando sus palabras. Tiene razón, por supuesto. Desde el punto de vista práctico, es una oportunidad que no debería rechazar. Pero hay algo más, algo en la forma en que Xavier me mira como estudiando mi cuerpo entero...

—Tengo miedo, Marta —confieso en voz baja—. No del trabajo en sí, sino de él. De cómo me hace sentir.

Marta extiende su mano sobre la mesa y aprieta la mía con gesto comprensivo.

—Las grandes oportunidades a menudo se presentan como... como… —suspira y niega con la cabeza sonriendo—. ¡Joder, a quién quiero engañar! También yo estaría acojonada, con un nudo en la garganta si un tío bueno de ese calibre me contratara para ser su mano derecha.

Capítulo 5

—Un tío bueno, pero no tan inalcanzable como el nuevo jefazo. ¡Eso es lo que tú te tienes que llevar a la cama!—sentencia Marta mientras intenta mover los muebles del minúsculo salón para acomodar a la gente que continúa llegando para la quedada improvisada de sábado por la noche, a la mayoría de la cual no conozco de nada.

Miro a mi amiga con cara de pocos amigos mientras apuro mi copa de vino barato. La música retumba con fuerza, haciendo vibrar las delgadas paredes de nuestro apartamento lilliputiense. Mi idea de sábado perfecto implicaba pijama de Bob Esponja, una novela romántica y quizás una copa extra de vino, pero no... a Marta se le tenía que ocurrir montar una reunión en casa.

—Te estoy viendo la cara —me dice, acercándose con otra copa—. Llevas demasiado tiempo de sequía y eso necesita acabar esta misma noche.

—No necesito un "tío bueno" —replico, haciendo comillas con los dedos—. Estoy perfectamente bien con mi vibrador y mis fantasías.

Marta pone los ojos en blanco.

—No es lo mismo y lo sabes. Necesitas contacto humano real.

Antes de que pueda responderle, arrastra hacia nosotras a un grupo de chicos. Los reconozco vagamente como sus compañeros de pilates. Me pregunto si Marta y yo tenemos definiciones diferentes de ese deporte, porque ninguno de ellos parece tener cuerpo de atleta. Más bien cuerpos de entusiastas de la cerveza y las tapas.

—Lucía, estos son Carlos, Miguel y Ernesto —dice Marta con entusiasmo desbordante.

Fuerzo una sonrisa mientras intento no mostrar mi horror. El tal Ernesto, un tipo con barba descuidada y camisa arrugada, me mira con lo que supongo que él considera una sonrisa seductora.

—Entonces... ¿trabajas en marketing? —pregunta, acercándose demasiado para mi gusto.

—Sí, pero no es tan emocionante como suena —respondo, dando un paso atrás disimuladamente.

Mi cara debe ser un poema, porque Marta me agarra del brazo y me arrastra a la cocina.

—Por el amor de Dios, al menos intenta disimular —me reprende.

—Son impresentables —susurro entre dientes—. ¿En serio? ¿Ese tío todavía lleva camisa de manga corta a cuadros? ¿Estamos en 1998?

Marta suspira dramáticamente.

—Vale, plan B. Echamos a todos y nos largamos de aquí.

—¿A dónde? —pregunto, de repente alarmada. Con Marta nunca se sabe y su sonrisa conspiradora me provoca un escalofrío premonitorio.

Media hora después, estamos en un Uber camino a lo que ella llama "el lugar perfecto". Cuando el coche se detiene frente a un edificio con una discreta entrada y un letrero que pone "Club X", empiezo a arrepentirme de haber aceptado.

—¿Qué es este sitio tan pijo? —pregunto, mirando la fachada elegante.

—Es un sitio de lo más mono y está a tope de tíos buenorros— responde Marta, tirando de mi brazo.

El interior es todo lo que cabría esperar de un local pijo del barrio de Salamanca: luces negras y neón, muebles minimalistas y caros, y una clientela que parece salida de un catálogo de moda. Me siento inmediatamente fuera de lugar con mi vestido negro sencillo y mi chaqueta de cuero que compré en rebajas.

No llevamos ni diez minutos cuando Marta desaparece entre la multitud, dejándome sola junto a la barra. Perfecto. Típico de ella: arrastrarme a un sitio y luego abandonarme a mi suerte.

Dos copas de vino después, un tipo rubio algo entrado en años se acerca y se presenta como Alejandro. Es atractivo de una manera convencional, con una camisa blanca perfectamente almidonada abotonada hasta el cuello, como si viniera directamente de una entrevista de trabajo.

La conversación fluye sorprendentemente bien. Es analista financiero, le gusta el cine francés y tiene un sentido del humor decente. Cuando Marta reaparece con otro chico, intercambiamos miradas y ella me guiña un ojo antes de desaparecer nuevamente, dejándome a solas con Alejandro.

"¡No me dejes aquí sola, pedazo de cabrona!", le grito mentalmente, pero ya es tarde.

Alejandro pide una botella de champán, un gesto que me parece excesivo pero que tampoco rechazo. La conversación deriva hacia nuestros trabajos, y estoy a punto de explicarle mi situación laboral actual cuando noto que su rostro palidece y la sonrisa se le borra de la cara al tiempo que mira fijamente un punto por encima de mi cabeza.

Antes de que pueda girarme para ver qué ha provocado esa reacción, un fuerte antebrazo moreno pasa delante de mis ojos y me arrebata la copa de champán que estaba a punto de llevarme a los labios. Simultáneamente, una mano firme se cierra alrededor de mi codo.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

El corazón me da un vuelco al reconocer la voz grave de Xavier.

Me giro y le veo, imponente en su camiseta negra que ajusta y marca su cuerpo musculoso. Sus ojos oscuros brillan con una mezcla de sorpresa e irritación. No puedo evitar notar cómo todos a nuestro alrededor parecen encogerse ante su presencia.

—¿Me estás siguiendo? —consigo articular, intentando que mi voz suene firme a pesar del martilleo en mi pecho.

—¿En mi propio club? Improbable—responde con sarcasmo—. Creo que la pregunta adecuada aquí es qué cojones haces *tú* aquí.

¿Su club? Maldita sea, Marta. De todos los sitios en Madrid, tenía que traerme precisamente al local de Xavier Guerra.

Alejandro murmura algo que suena a disculpa y desaparece con la rapidez de un conejo asustado. Xavier ni siquiera le dedica una mirada; sus ojos están clavados en mí con una intensidad que me hace sentir desnuda.

Sin darme opción a protestar, su mano se desliza desde mi codo hasta mi muñeca, y con un tirón firme pero no brusco, me guía entre la multitud. La gente se aparta a nuestro paso y las mujeres le miran como si fuese un dios.

Me lleva hacia un reservado al fondo del local, un espacio elegante separado del resto por cortinas de terciopelo negro. El contraste entre la intimidad repentina y el bullicio anterior es desorientador.

—Siéntate —ordena, señalando un sofá de cuero.

—¿Siempre eres así de mandón? —replico, pero obedezco, más por la curiosidad que por otra cosa.

Xavier se queda de pie frente a mí, dominando el espacio con su estatura y presencia. La tenue iluminación del reservado proyecta sombras sobre su rostro, acentuando la dureza de su mandíbula y la intensidad de su mirada.

—¿Me explicas qué haces bebiendo champán con un desconocido en mi club, Lucía? —pregunta cabreado, y me remuevo nerviosa al oír mi nombre en sus labios apretados.

El muy cretino me trata como si fuera de su propiedad.

—Hago lo que me da la gana. No eres mi padre para exigir explicaciones.

Xavier no responde a eso, solo resopla y toma asiento a mi lado, ajeno al efecto devastador que causa en las mujeres que le rodean. El muy capullo ni siquiera necesita esforzarse; su presencia es como un campo gravitacional que distorsiona todo a su alrededor.

Comparte la mesa con tres hombres más y algunas mujeres que parecen modelos. Aunque la situación me impone bastante, una

parte de mí no puede evitar notar la manera en que los vaqueros que lleva se abrazan a sus muslos poderosos. Tampoco la manera en que la camiseta negra, que en otro hombre sería simplemente una camiseta, parece una segunda pie.lsobre su cuerpo. Cada flexión de sus brazos hace que la tela se tense al borde de lo obsceno, marcando una geografía de músculos que hacen que mi imaginación corra desbocada.

Su físico resulta casi intimidante: la amplitud de sus hombros y espalda, la estrechez de su cintura, la solidez evidente de su pecho, sus poderosos brazos. Un cuerpo que habla de horas obsesivas en el gimnasio y una disciplina implacable. Hace dos años ya estaba cachas, pero es que ahora parece un gigante.

Cuando gira la cabeza y el neón azul del bar ilumina su perfil, siento una punzada en mi vientre. Su cabello negro cae ahora en mechones desordenados y espesos sobre su frente y le hace ver tan guapo que quita el aliento.

Me pregunto, con una mezcla de irritación y fascinación, cómo es posible que yo esté aquí sentada junto a él y no alguna de estas modelos cazafortunas. Pensar aquello hace que me quiera hacer pequeña hasta desaparecer bajo la mesa.

Por su expresión, Xavier parece estar muy cabreado y dilata las aletas de la nariz antes de volver a dirigirse a mí.

–Esto no debería pasar. Tienes que tener cuidado con quien sales y qué bebes.

Me vuelvo hacia él indignada.

–Te agradezco tu preocupación, pero soy lo bastante mayorcita para cuidarme sola.

Le veo torcer la boca en un gesto de impaciencia que solo logra acentuar sus labios condenadamente sexis.

–Lo siento, soy un cabrón chapado a la antigua.

–Vale, eso puedo entenderlo.

–Y además–añade con un esbozo de sonrisa–no permito que ningún capullo se meta con una de mis mujeres.

Me quedo de piedra al oír aquello. ¿Yo una de sus mujeres?

–Qué dices–balbuceo con incredulidad. Jolín, me arde tanto la cara que metería la cabeza dentro de una nevera.

O es un machista irredento o lo hace a posta para pincharme.

Sus amigos se parten de la risa.

–Xavi, macho, calma, tío. ¿Acaso quieres asustar a esta pobre chica?

El que ha hablado es un hombre de unos treinta y tantos, muy rubio y muy alto, con el aspecto nórdico de un vikingo y una sonrisa genuina que contrasta con la tensión que emana de Xavier.

—Mateo Vega —se presenta, extendiendo su mano hacia mí—. Disculpa a mi amigo. Su educación se limita a dar órdenes y asustar a la gente.

Xavier le lanza una mirada que podría derretir el acero, pero Mateo parece inmune a su intimidación. Debe ser el único en toda la sala con esa curiosa habilidad.

—No necesito que me disculpes ante nadie —gruñe Xavier, y luego vuelve a fijar su mirada en mí—. Y tú no has respondido a mi pregunta. ¿Qué haces aquí?

Enderezo la espalda, negándome a ser intimidada por su tono autoritario.

—Salir con mi amiga. Divertirme. Cosas normales que hace la gente normal en sábado por la noche —respondo con toda la dignidad que puedo reunir—. ¿O también necesito tu permiso para eso, jefe?

La palabra "jefe" sale de mis labios cargada de sarcasmo. Xavier entrecierra los ojos, y por un momento fugaz veo algo parecido a la diversión brillar en sus pupilas negras.

—Deberías tener más cuidado en sitios como este–dice finalmente.

—¿No es este tu local? ¿Acaso no impones tú las reglas?— contraataco, incapaz de contenerme.

—Aquí no hay reglas. Es como el Lejano Oeste. Y me gusta que así sea. Pero definitivamente no es sitio para chicas como tú.

Mateo suelta una risita mientras me estudia con sus plácidos ojos azules.

—Eh, Xavi, creo que estás exagerando. La chica parece lo bastante inteligente para cuidar de sí misma.

Xavier se lleva una copa a los labios.

—No me importa si tiene el cociente intelectual del puto Einstein. Estoy protegiendo a una empleada. Ese es mi deber como jefe.

—¿Protegiendo? ¿O marcando territorio como un cavernícola? —tercio envalentonada aprovechando que el tal Mateo parece ser muy majo y estar de mi parte.

Un silencio tenso se instala entre nosotros mientras veo cómo su mandíbula se tensa y un músculo palpita en su mejilla. *Mira tú por dónde, parece que* h *e tocado algún tipo de nervio.*

Mateo mira de uno a otro como quien sigue un partido de tenis particularmente intenso. Finalmente, carraspea y dice:

—Creo que iré a darme una vuelta para ver el ambiente.

Las chicas de inmediato se levantan y le siguen, como si fueran su club de fans. Los hombres parecen coger la indirecta y también se excusan. Cuando se han alejado todos, Xavier se pega aún más a mí y me remuevo nerviosa.

—No soy un cavernícola como piensas —dice en voz baja, casi un susurro, pero cargado de intensidad—. Solo estoy intentando impedir que cometas un error.

—¿Desde cuándo te importan mis errores? —pregunto, intentando mantener firme mi voz a pesar de su cercanía abrumadora.

—Desde que eres mi responsabilidad.

Suelto una risa corta e incrédula.

—Ni siquiera he aceptado formalmente convertirme en tu empleada, y eso no me hace tu responsabilidad, sea lo que sea que eso signifique en tu cabeza.

Xavier me estudia con esos ojos negros que parecen ver más allá de mis defensas. Una media sonrisa, peligrosa y seductora, se dibuja lentamente en sus labios.

—No soportas que te controlen, ¿verdad? —observa, inclinando ligeramente la cabeza—. Te gusta mantener todo perfectamente ordenado, bajo control. Y yo te desestabilizo.

Su sinceridad me desarma momentáneamente. Tiene razón, por supuesto, pero no pienso darle esa satisfacción.

—No me desestabilizas en absoluto, no te des tanta importancia —respondo, aunque siento que mi pulso se acelera traicioneramente —. Simplemente creo que hay límites profesionales que no deberían cruzarse.

Su risa es grave, casi un gruñido que reverbera en mi interior.

—Límites —repite, como si la palabra le divirtiera—. ¿Y cuáles son exactamente tus límites, si se puede saber?

No le respondo. Aspiro el aire y niego con la cabeza.

—Ha sido un error salir esta noche. No debería estar aquí.

Xavier entrecierra sus ojos.

—En eso estamos de acuerdo. Por eso me encargaré de llevarte a casa ahora mismo.

Capítulo 6

XAVIER

—Pero es que no puedo dejar a Marta sola...

—Sin peros —corto secamente,—. Tu amiga sobrevivirá, no te preocupes por ella.

Hago un gesto en dirección a la puerta y ella bufa pero finalmente se pone en marcha. La veo caminar delante de mí, la espalda recta y los hombros tensos en un vano intento por mantener la dignidad. Sus caderas se balancean con cada paso de una forma exagerada, como si estuviera haciendo un puto berrinche. El berrinche más sensual, debo añadir. Me permito sonreír.

Vaya, esto será cuanto menos interesante.

Ya en el parking hago una seña discreta y mi Aston Martin reaparece conducido por un valet que apenas se atreve a mirarme a los ojos cuando me entrega las llaves. El coche, negro como la noche, se detiene frente a nosotros. Observo con placer cómo Lucía contiene el aliento al verlo. Pero no pierdo el tiempo y en un tris estoy al volante.

—¿Te montas o te quedas mirando las musarañas?

—Capullo–lo dice por lo bajo creyendo que no la he oído.

Se desliza en el asiento del copiloto con la gracia de alguien que nunca se ha subido a un coche deportivo en su vida.

–Esto es incómodo–protesta.

–Venga, no es tan malo.

La veo inhalar profundamente, absorbiendo el aroma del cuero italiano. Es una sensación casi erótica. *Bienvenida a mi mundo, pequeña* , pienso mientras arranco el motor, un rugido potente pero contenido que hace vibrar el asiento bajo nosotros. Conduzco en silencio por la avenida y de vez en cuando la observo por el rabillo del ojo, captando las miradas furtivas que me lanza cuando cree que estoy concentrado en el tráfico.

El silencio entre nosotros es denso, cargado de preguntas no formuladas. Pero no seré yo quien lo rompa. En este juego, quien habla primero pierde, y yo nunca pierdo.

La veo morderse el labio inferior, un gesto inconsciente que delata su nerviosismo. Mis manos se tensan sobre el volante y me obligo a no mirarla.

Los rascacielos del Paseo de la Castellana se deslizan junto a nosotros mientras el GPS me guía hacia su dirección. Por supuesto que sé dónde vive. No hay detalle sobre Lucía Navarro que yo desconozca.

Tras unos cuantos minutos me detengo frente a su edificio en Lavapiés, un barrio que considero indigno de ella. Merece algo mejor que ese apartamento minúsculo en un edificio sin ascensor. Pero eso cambiará pronto. Todo cambiará.

La observo con atención. Parece que aún está procesando que he llegado directamente a su portal sin pedirle indicaciones.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —pregunta finalmente, con una mezcla de sorpresa y recelo.

—Sé muchas cosas sobre ti, Lucía —respondo simplemente.

Evidentemente desconcertada, me da las gracias y se despide de mí con un gesto de la barbilla, pero antes de que pueda alejarse, salgo también y me apoyo en el capó, cruzando los brazos sobre el pecho. La miro fijamente, proyectando toda la intensidad de la que soy capaz.

—Vaya modales tiene mi nueva secretaria —comento con deliberada provocación. Ella se frena en seco y se vuelve para

mirarme sorprendida—. Lo menos que podrías hacer es invitarme a un café, ¿no?

Capítulo 7

Vaya descaro, invitarse solo a mi piso. Le guío por las escaleras hasta mi planta. Llego la primera a mi puerta y comienzo a maniobrar con las llaves, él aguarda detrás de mí y sé que me está observando, y cuanto más pienso en que me observa más nerviosa me pongo. Mis manos tiemblan tanto que no consigo acertar con la cerradura.

—¿Te echo un cable? —su voz grave resuena justo detrás de mí haciendo erizar el vello de mi nuca.

—Gracias, puedo sola —respondo mosqueada por su actitud condescendiente.

Menudo chulo.

Por fin consigo abrir y enciendo las luces. El espejo que cuelga en el vestíbulo me devuelve una imagen patética: yo, con el maquillaje corrido después de tantas horas, el pelo como un nido de pájaros, y él... perfecto. Como si acabara de salir de una maldita sesión fotográfica para GQ.

Lo peor es que me preocupa que sepa tanto de mí cuando yo no sé apenas nada de él. Siempre ha sido un misterio. Iñaki nunca me hablaba de su hermano mayor, y las pocas veces que nos vimos obligados a interactuar dadas las circunstancias, él jamás se dignaba a dirigirme la palabra.

Por eso se siente tan surrealista tenerle dentro de mi piso un sábado por la noche.

La sala es demasiado pequeña y sin querer entrechocamos. De inmediato se me suben los colores. Debí haberle despedido allí abajo. *Madre mía, parece que esta noche lo estoy haciendo todo fatal.*

Le invito a sentarse en el sofá pero el panorama que aparece ante mí hace que niegue con la cabeza. Vasos de papel, botellas vacías,

servilletas arrugadas... Los restos de la improvisada reunión de Marta lo cubren todo.

Avergonzada, comienzo a recoger los vasos dejados por todo el piso. Me agacho sobre la mesita ratona y, mientras seco una mancha de vino con un trapo, giro la cabeza hacia el capullo y le espeto:

—Si tanto te apetece echarme un cable, este es el momento.

El cabrón se sonríe y se acerca a mí con pasos lentos, deliberados.

Le hace gracia. Mi desgracia le hace puta gracia.

Pero entonces me quita el trapo de las manos en un gesto que no admite réplica.

—Vas a tomarte el café conmigo y luego te vas a dormir. Enviaré a alguien por la mañana para que limpie este desastre —declara con esa autoridad natural que parece emanar de cada poro de su piel.

Me coge de la mano y me lleva a la cocina como si fuera una niña pequeña. Actúa como si este fuera su piso y yo, su invitada. De hecho, es él quien echa el café y enciende la cafetera con la familiaridad de quien ha hecho esto mil veces. Luego se apoya en la encimera y me mira de arriba abajo, evaluándome sin el menor disimulo.

—Sé que te apetecería que te folle aquí mismo–me suelta de repente–, pero tienes la mala suerte de que sea tu puto jefe, nena.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla mirándole como enajenada. El calor sube por mi cuello hasta mis mejillas en una oleada imparable.

¿Qué se puede decir a aquello?

—Para colmo–añade con una media sonrisa divertida–soy tu ex cuñado. Además de inapropiado, liarme contigo sería directamente indecente.

Trago saliva, intentando recuperar algo de compostura, y el capullo se limita a mirarme con una tranquilidad pasmosa.

—¡El café! —digo aliviada de encontrar algo que hacer con mis manos y paso por delante suyo para coger dos tazas limpias del fregadero, rozando inevitablemente su cuerpo en el proceso.

Nos bebemos el café en silencio, uno frente al otro, y la tensión es casi insoportable. Las paredes de la diminuta cocina parecen doblarse como un acordeón sobre mí. Cada sorbo se alarga una eternidad mientras siento sus ojos fijos en mi rostro.

Por fin Xavier habla, rompiendo el pesado silencio.

—Debo decirte algo antes de que comiences a trabajar para mí. Algo que probablemente no te vaya a gustar.

De inmediato mi mente se pone a trabajar frenéticamente, repasando los escenarios más locos y terribles. ¿Piensa despedirme antes incluso de empezar? ¿Hay algún problema con la empresa que no me ha contado? ¿O quizás...?

—No permitiré que salgas con ningún hombre mientras trabajes para mí —suelta lo más campante.

Parpadeo varias veces. *Este tío tiene un morro que se lo pisa.*

—Perdona, creo que no te he oído bien.

—No hay problema, puedo repetírtelo cuantas veces haga falta. Que incluiré una cláusula en tu contrato de empleo que impedirá que tengas relaciones con hombres.

—¡Pero eso es ilegal! —exclamo cuando consigo procesar sus palabras.

—Mis abogados no opinan lo mismo —responde con absoluto descaro.

Me quedo sin palabras. Esto es ir demasiado lejos. No puede pretender que venda así mi libertad y privacidad. ¿Quién narices se cree que es?

Quiero enfadarme con él y empujarle a la calle, pero enseguida recuerdo que, de todos modos, no he salido con nadie en años, más precisamente desde que ocurrió lo de Iñaki. Y que si lo pienso con

frialdad, quizás este contrato sea una bendición, pues tendré un pretexto válido para mi falta de actividad amorosa.

—Si esto será un problema para ti es mejor que lo charlemos ahora —continúa Xavier, sosteniendo su taza como si estuviéramos en una reunión de negocios normal.

—¿Me pagarás extra por ello?

—Claro, te pagaré muy bien —dice sin que se le mueva un pelo. Definitivamente Xavier es el tío más chulo y echado para delante del planeta.

—Vale, si pagas entonces no será ningún problema—digo fingiendo ser la tía más chula y mercenaria del universo.

Él me mira con genuina sorpresa y sonríe de una forma tan sensual que mis piernas se vuelven gelatina. Y mis interiores lava. Jolín, no me fío de mi cuerpo. Es capaz de traicionar completamente a mi cerebro. Eso ya lo he comprobado varias veces con consecuencias bochornosas, así que debo sacarle de este piso antes de que cometa un error del que pueda arrepentirme.

—Bueno, creo que ya te has bebido tu café y has conseguido lo que deseabas, ¿no? —arqueo una ceja irónica.

—Eso está por verse —murmura al volverse y colocar su taza en el fregadero con precisión milimétrica. Luego camina hasta la puerta de entrada y se me queda viendo como si yo fuese tonta.

—¿Qué pasa? ¿Me abres o no? —pregunta con impaciencia.

–Lo siento–digo cogiendo las llaves.

Madre mía, ¿se puede ser tan borde?

Bajamos y tras despedirse con un "Te espero el lunes a las ocho puntual", sale pitando en su cochazo, dejándome con un torbellino de emociones contradictorias y la certeza de que mi vida acaba de complicarse de maneras que ni siquiera puedo comenzar a imaginar.

Capítulo 8

El segurata mira su tableta, luego levanta la vista para volver a mirarme y alza una ceja.

—¿Guerra, eh? Buena suerte.

Se aparta para dejarme pasar mientras le grita a los de recepción: "¡Eh, registrar a esta pobre chica!"

Le miro boquiabierta. ¿Qué le pasa a este tío? ¿Acaba de llamarme "pobre chica"? De repente me siento como si fuera camino al matadero y no a mi nuevo puesto en una de las torres de oficinas más importantes del distrito financiero de Madrid.

La recepcionista, una rubia simpática con un peinado que debe requerir media hora de plancha cada mañana, cambia la cara cuando comprueba en su ordenador que voy a la última planta. Su expresión pasa de profesionalmente amable a algo parecido al horror.

—Joder —murmura por lo bajo.

Abro los ojos como platos.

—¿Perdona?

—Nada, nada —rectifica rápidamente, forzando una sonrisa tensa mientras me tiende una tarjeta de acceso—. Planta 50. El ascensor ejecutivo está a la derecha.

¿Qué narices sucede aquí? Ni que Xavier Guerra fuera el mismísimo demonio. Aunque, después de nuestro encuentro del sábado por la noche, no descartaría que tuviera un pacto fáustico. Nadie debería tener derecho a ser tan insoportablemente atractivo y tan capullo al mismo tiempo.

Entro en el ascensor presionando el botón del piso 50 con más fuerza de la necesaria. Me miro en el espejo de la pared. He elegido mi mejor conjunto por ese estúpido impulso de impresionar: falda

lápiz negra, blusa de seda color burdeos y zapatos de tacón que me hacen parecer profesional pero que probablemente me torturen los pies antes del mediodía. Mi pelo castaño, milagrosamente, ha decidido cooperar hoy y cae en ondas suaves sobre mis hombros.

—Mi niña guapa—le lanzo un beso a mi reflejo—. Recuerda: No le debes nada a nadie. Lo poco que tienes te lo has ganado a pulso. Y si esto no resulta, te piras sin culpa. Después de todo, solo es un puñetero trabajo.

El ascensor se detiene con un suave pitido y las puertas se abren a un mundo completamente distinto al que he dejado atrás en Grupo Innova.

Por un momento me quedo paralizada. Es... jolín, no tengo palabras.

El espacio parece más un hangar que una planta de oficinas. Una mezcla de Space X con un ambiente corporativo futurista. Suelos de mármol negro, paredes de cristal que dejan entrar la luz natural, y una vista panorámica de Madrid que quita el aliento. Los muebles son minimalistas pero de ese minimalismo que suele costar un pastizal y solo se ve en ferias de diseño. Y como broche de oro, todo aquí huele a gloria.

Camino por el espacio abierto, notando que todos los empleados parecen vestidos para una sesión de fotos.Todos tienen ese brillo característico de quien cobra un salario de seis cifras y solo bebe agua importada de glaciares nórdicos.

Tras avanzar unos pocos metros, me detengo para buscar con los ojos alguna recepcionista que me pueda guiar por el laberinto. Lo que acabo encontrando es lo que parece una sala de juntas en el extremo derecho de la planta, un recinto completamente acristalado donde se ven a unos cuantos tíos sentados a una mesa ovalada. Entrecierro los ojos para ver mejor y compruebo que uno de ellos es Xavier. Está apoyado contra el podio cruzado de brazos con esa actitud discplicente y su aire de dominancia. Mi piel se eriza solo de verle. El traje gris hecho a medida se ajusta perfectamente a su figura atlética. Un poco de vello oscuro asoma por el cuello de su camisa blanca impecable, y aunque la barba de dos días ha

desaparecido, su aspecto sigue teniendo un aire peligrosamente rudo.

Luce imponente, el muy cabrón, pavoneándose como lo que es: el dueño del lugar.

Le observo gesticular mientras habla, sus manos grandes y fuertes marcando cada punto importante. Trago saliva cuando de repente mira hacia aquí a través de la cristalera y me ve. Aparto la vista, pero es demasiado tarde. Me ha pillado mirándole embobada y puedo sentir el calor subiendo por mi cuello hasta mis mejillas. Cuando vuelvo a mirarle le veo levantar una ceja en mi dirección, probablemente pensando que no encajo en medio de todo este lujo y arrepintiéndose de haberse planteado alguna vez contratarme.

Antes de que acabe la reunión sale de la sala. Los ejecutivos que estaban con él se dispersan como espantados. Su andar es decidido, con ese aire de confianza absoluta de quien sabe exactamente el efecto que causa. Tiemblo como una hoja al comprobar que viene directo hacia mí.

—A mi despacho, Señorita Navarro —dice cuando pasa a mi lado sin detenerse y sin molestarse en saludar—. Sígame, por favor. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Su voz es grave, controlada, completamente diferente a la de Iñaki, que siempre sonaba ligeramente juvenil incluso cuando intentaba ponerse serio. La voz de Xavier tiene un peso, una autoridad natural que no necesita alzarse para imponerse.

Le sigo a través de la planta hacia su oficinal, dolorosamente consciente de todas las miradas que nos siguen. ¿Así será todos los días? ¿Siendo observada y juzgada como la nueva adquisición del jefe? La idea me revuelve el estómago.

Su despacho está al final de un pasillo largo, separado de la bulliciosa área común. Es enorme, con dos paredes completamente acristaladas que ofrecen una vista espectacular de la ciudad. Jolín, esta oficina sí que no tiene nada de minimalista: un enorme escritorio de caoba a la antigua usanza, sillón de cuero con respaldo alto y apoya pies, una biblioteca con escaleras correderas y

estanterías perfectamente organizadas, varios flexos y lámparas de pie, y hasta una pequeña sala de reuniones con un sofá de asientos mullidos y una televisión que ocupa media pared.

Me detengo justo en el centro del despacho, a una distancia que considero respetuosa. Él camina hasta su silla y se sienta, ignorándome completamente.

—La puerta—ordena sin mirarme.

Cierro la puerta tras de mí y vuelvo al mismo sitio de antes, procurando hacer el menor ruido posible. Pero él se toma todo el tiempo del mundo, tecleando algo en su Mac con el ceño fruncido. Ni siquiera levanta la vista. Como si yo no estuviera aquí esperando frente a él.

Carraspeo nerviosa. Sé que ha pillado la indirecta porque suspira algo mosqueado.

—Siéntese por favor—ordena con voz cortante.

Tomo asiento frente a él. Mi falda se sube ligeramente y no me atrevo a arreglarla. Me quedo mirando mis muslos blancos recordando de repente que no me he tomado vacaciones ni pisado la playa en los últimos meses. Mientras agonizo, él continúa escribiendo algo, sin fijarse en mí.

Incluso a esta hora de la mañana, el cabrón está guapísimo. De repente algo en la pantalla hace que su mandíbula se tense. Siempre parece tan enfadado. Me pregunto si alguien habrá visto alguna vez su lado más suave.

Anoche me tiré unas cuantas horas ensayando mentalmente para este momento. En mi imaginación me veía entrar segura y serena, mirarle a los ojos sin miedo, y asegurarme de que él supiera que soy una mujer confiada y poderosa que jamás se dejaría pisotear como un felpudo. En lugar de eso, estoy aquí sentada, esperando como una idiota a que se canse de ignorarme.

Finalmente acaba con lo suyo, se reclina en la silla y me traspasa con una mirada dura y desconfiada. Su repentina atención me obliga

a enderezar la espalda y adoptar esa actitud profesional que tanto he ensayado.

—Bienvenida a su nuevo puesto, señorita Navarro —dice con ese tono formal que parece diseñado para mantener las distancias—. Supongo que se estará preguntando exactamente cuál será su papel aquí.

—Mencionó algo sobre ser su mano derecha, señor —respondo en el mismo tono formal, devolviéndole sus propias palabras. *Mano derecha* , una forma bastante pomposa de nombrar a una simple secretaria—. Aunque sigo sin entender por qué.

Xavier me mira durante un instante y luego abre un cajón de su escritorio para sacar un fichero que levanta con su mano y blande ante mí.

—Tu talento estaba desperdiciado trabajando para Alberto González.

Supongo que lo que tiene en su mano es la carpeta con mi legajo. Oírle hablar de mi talento me produce una extraña mezcla de orgullo y desconfianza. Es como si alguien te dijera que eres guapa justo antes de pedirte un favor imposible.

—No dejo de ser una analista de marketing de nivel medio.

Xavier se recuesta en su sillón y cruza los brazos tras su nuca.

—No se subestime, señorita Navarro —responde con calma, de nuevo tratándome de usted, aunque algo en su tono me dice que su trato es más socarrón que respetuoso—. Veo mucho potencial en usted y estoy muy interesado en explorarlo.

Sus palabras envían un escalofrío por mi espalda. No puedo evitar preguntarme si estamos hablando de trabajo o de otra cosa.

—Además, como ya le he dicho —continúa, cerrando el fichero y volviendo a guardarlo en el cajón—, me gusta mantener cerca de mí aquello que me interesa.

Mi corazón da un vuelco, pero decido hacerme la loca y cambiar de tema.

—¿Y cuáles serían exactamente mis responsabilidades?

Xavier se levanta con un movimiento fluido y apoya sus manos sobre el escritorio inclinándose hacia mí. Desde mi posición, es imposible ignorar lo imponente que se ve. Intento mantener la vista fija en su cara, pero es difícil concentrarse cuando está tan cerca que puedo oler su loción de afeitar.

—De momento, seguir mis instrucciones al pie de la letra. Cuando pase el período de prueba, ya veremos. ¿Cree que podrá hacerlo?

Me muerdo la lengua para no soltar algo de lo que pueda arrepentirme.

—Sí, señor, puedo hacerlo. ¿Y cuánto tiempo durará este... período de prueba?

—El tiempo que yo considere necesario —responde con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Para que tenga una referencia, mi anterior asistente duró tres años. La anterior solo aguantó dos meses.

La advertencia implícita no pasa inadvertida.

¿Te crees el gran hombre, eh? Que te follen a ti y a tu pequeño juego de poder .

—Pero antes de seguir, creo que sería conveniente hablar del elefante en la habitación.

Un calor repentino invade mis mejillas y trago saliva.

Oh oh . *¿Realmente vamos a discutir lo que pasó en la finca de su familia aquel verano* ?

Capítulo 9

La atmósfera de su despacho se vuelve densa, casi sofocante.

Xavier se remanga la camisa y no puedo dejar de mirar las venas que recorren sus gruesos antebrazos.

—¿Sabes a lo que me refiero, verdad?

El muy cabrón ha dejado el balón en mi campo con una naturalidad pasmosa. Como si estuviéramos hablando del tiempo y no del momento más confuso e intenso que he experimentado en mi vida.

¿Cómo responder a eso?

—Supongo.

—¿Lo supones? —su ceja se arquea ligeramente, un gesto que intensifica su aire de impaciencia—. Pues quiero oírlo de tus labios.

Vale, ya no hay donde esconderse. El momento ha llegado. Parte de mí quiere salir corriendo, otra parte quiere hundirse bajo la mesa, y una minúscula pero perturbadora parte quiere saltar sobre él y terminar lo que empezamos aquel verano.

–Es… ¿acerca del beso? –pregunto y contengo el aire como si fuera a sumergirme en aguas profundas.

La mandíbula cuadrada de Xavier se tensa de repente como si acabara de morder algo demasiado duro, pero el resto de su rostro permanece inexpresivo. Sus ojos, sin embargo, chispean con malicia..

–Correcto, aquel beso.

Tres palabras que caen como bombas.

De manera que no lo ha olvidado. El recuerdo vuelve a mí con fuerza devastadora: el calor de su cuerpo, el sabor nuevo de sus labios y el modo en que sus manos me sujetaron como si temiera que pudiera escapar. Aquella tarde de verano, cuando descubrí la

última infidelidad de Iñaki, y luego corrí hacia los acantilados porque no me importaba si vivía o moría sentí que había perdido el sentido de amor propio. En ese momento solo quería ver el río y fundirme con él, olvidarme de todo… El viento me daba en la cara secándome las lágrimas y él apareció de la nada, como una sombra materializada. Y se apiadó de mi miseria, y me rescató de mí misma, y me montó a su caballo y me llevó a un sitio seguro, donde Iñaki no podría encontrarme por un buen rato…

Y allí le besé, y él me devoró.

El pulso se me acelera y me remuevo incómoda, sintiendo el fuego en mis mejillas.

Debo decir algo, cualquier cosa para romper este momento, si no quiero palmarla en esta oficina.

–No desearía que aquella situación complicase nuestra futura relación de trabajo–digo intentando sonar como una persona normal.

–No lo hará –afirma él con una seguridad tan aplastante que casi me ofende.

Como si besarme hubiera sido igual de significativo que firmar un contrato de suministro.

–¿Seguro? –insisto.

–Seguro. Y por cierto, si te lo estás preguntando, no volverá a repetirse. De hecho, besarte es lo último que se me pasa por la cabeza.

Vaya bofetada.

Pues esto sí que me ha desconcertado por completo. Habría jurado que durante los últimos días la tensión sexual entre nosotros ha sido real. Todas esas miradas intensas, la forma en que invadía mi espacio personal, esos comentarios con doble sentido...

¿ O acaso he sido solo yo la que ha sentido aquello?

Oh no, otra vez me encuentro en la absurda situación de no saber leer las señales. Es como volver a los quince años, cuando confundí la amabilidad de mi profesor de literatura con interés romántico y acabé escribiéndole una carta vergonzosa que todavía me provoca pesadillas.

Normal que no me eche un polvo con nadie.

Me siento tan estúpida que casi puedo escuchar el sonido de mi dignidad estrellándose contra el suelo. Durante dos años he estado rememorando aquel beso, preguntándome qué habría pasado si Xavier no fuera mi cuñado, fantaseando con momentos que nunca existieron... mientras que para él todo ha sido un error sin importancia.

Intento recuperar la compostura, enderezándome en la silla y forzando una sonrisa profesional.

—De acuerdo, entonces —consigo articular, esperando sonar como una adulta funcional y no como una adolescente rechazada—. Me alegra que ambos estemos en la misma página.

Xavier me tiende su mano por encima del escritorio. Tardo unos segundos en reaccionar pero acabo por estrecharla. Su tacto es áspero y su calor llena mi cuerpo de una electricidad inesperada. Retiene mi mano más de lo prudencial y me estremezco mientras me observa con una intensidad inquietante.

Finalmente me suelta y sonríe de lado al decir:

—Veo que tú y yo nos llevaremos de maravilla.

Capítulo 10

Aquella tarde llego al apartamento y me desplomo en el sofá como un saco de patatas, después del día más largo y miserable de mi vida profesional.

La luz del cuarto de baño está encendida. Marta debe de haber llegado hace por lo menos una hora.

—¿Marta? —llamo mientras me quito los tacones y los lanzo al suelo sin ceremonia. Uno de ellos golpea el retrato que me hicieron en mi graduación enmarcado sobre la mesita, que se tambalea pero, milagrosamente, no se estrella.

–¡Al fin, cariño, ya te echaba de menos!

Mi amiga aparece en bragas y con una toalla envuelta alrededor de su cabello chorreante. Coge el pijama que ha dejado sobre una silla y se acerca a mí. Su expresión cambia instantáneamente al verme.

—Madre mía, tienes un aspecto horrible.

–Vaya, gracias.

Me saluda con dos besos antes de meterse en la cocina y salir con una copa de vino en cada mano.

–¿Qué ha pasado? Parece que te haya arrollado un tren——dice extendiendo una copa hacia mí.

Acepto el vino y doy un trago largo antes de responder.

—¿Recuerdas cuando te dije que nada podía ser peor que ser despedida? Pues bien, resulta que no podía estar más errada.

Marta se sienta a mi lado en el sofá, recogiendo sus piernas bajo ella y me mira con un gesto de preocupación.

—¿Has tenido algún problema con tu nuevo jefe? —pregunta con cautela, y es todo lo que necesito para quebrarme.

Las lágrimas comienzan a brotar sin control. Primero una, luego otra, y finalmente un torrente que arrastra todo el maquillaje que aún quedaba en mi cara después de doce horas de infierno.

—¡Dios mío, Luci! —exclama Marta, dejando su copa en la mesita para abrazarme—. ¿Tan malo ha sido?

Entre hipidos y sollozos, consigo articular la historia completa de mi primer día como "mano derecha" de Xavier Guerra.

—¡Dios, Marta, es como trabajar para el mismísimo diablo! —exclamo mientras ella me pasa un puñado de pañuelos—. Pero un diablo con problemas de control y una obsesión personal por hacerme la vida imposible. ¡No ha dejado de tratarme como su esclava personal ni un solo minuto!

Le cuento todo, detalle a detalle, mientras ella me escucha con los ojos muy abiertos. Cómo, tras nuestra "reunión de integración", Xavier me lleva a mi nueva oficina —un cubículo un poco más grande, con paredes de cristal para tenerme vigilada como a un hámster—. Cómo me da una lista de tareas imposible, digna de un equipo entero, y espera que la termine antes de que acabe el día. Cómo, cada vez que intento aclarar algo, me corta con esa ceja arqueada y un seco "Sorpréndeme".

–Menudo capullo–confirma Marta.

—¡Y me hace llevarle café a cada rato! —digo, alzando la voz por pura indignación—. Pero no cualquier café. No, el señor necesita un negro sin azúcar, con exactamente tres gotas de esencia de vainilla. ¡Tres gotas, Marta! ¿Quién demonios pide eso?

Ella deja su copa en la mesita, conteniendo una risa que amenaza con escaparse.

—¿Y qué pasa cuando se lo llevas?

—Lo prueba, pone cara de asco y lo tira a la papelera delante de mis narices —respondo, imitando su gesto con un aspaviento—. Luego dice: "La próxima vez, que sea vainilla de Madagascar, no esa basura sintética". ¿Quién distingue el origen de tres gotas de vainilla? ¡Es inhumano!

Tomo aire, dando otro trago al vino para calmarme.

—Y eso no es lo peor. A las seis, cuando pienso que puedo escapar, me llama a su despacho para "revisar" mi trabajo. Pasa media hora destrozando cada coma, cada palabra que no le parece "suficiente". Y luego suelta: "Esto es mediocre, Lucía. Espero más de ti". ¡Como si no estuviera matándome todo el día! Es humillante —sollozo, hundiendo la cara en un cojín—. Quiero volver a mi puesto contigo y las chicas, pero ya no existe. Estoy atrapada con ese… ese tirano asqueroso.

Marta me arranca el cojín de la cara y me obliga a mirarla.

—Escucha, Luci. Si renuncias ahora, te quedas sin nada. Con el préstamo del máster y el alquiler, no puedes permitirte eso.

—¿Entonces qué? ¿Dejo que me trate como su esclava? —replico, limpiándome la nariz con el dorso de la mano.

—No —dice, negando con firmeza—. Le plantas cara. No eres su felpudo. Si quiere una asistente, que te trate como tal.

—Lo intento —suspiro, derrotada—. Pero cada vez que lo desafío, me mira con esos ojos que parecen… —Me detengo, consciente de que casi digo *follarte* .

—¿Qué? —insiste Marta, inclinándose hacia mí con una chispa de curiosidad.

—Atravesarte —termino, eligiendo mis palabras con cuidado—. Es intimidante.

Marta sonríe con malicia, y sé que no la he engañado ni por un segundo.

—Oh, ya veo por dónde vas. Aunque el tío sea un déspota, te pone.

—¡Yo no he dicho eso! —protesto, sintiendo el calor subir por mi cuello.

—No hace falta. Eres un libro abierto, cariño —replica, divertida—. Vamos, admítelo: es un imbécil, pero está buenísimo.

Gruño y me hundo más en el sofá.

—Aunque sea el clon de Henry Cavill, sigue siendo un cretino.

Marta suelta una carcajada, pero luego se pone seria.

—Vale, tienes dos caminos. Uno: aguantas con dignidad hasta encontrar otra cosa.

—Uno descartado. ¿Dos? —la interrumpo, intrigada.

Su sonrisa se vuelve traviesa.

—Aprietas el acelerador y lo haces tan mal que tenga que despedirte. Con indemnización, claro. Llevas casi cinco años en la empresa, dinero es dinero.

Me enderezo, de repente interesada.

—¿Cómo exactamente?

—Haz lo que te pide, pero a tu manera —explica, gesticulando con entusiasmo—. Si quiere café, llévaselo, pero que "accidentalmente" manche algo importante. Si pide informes, entrégalos tan creativos que sean inútiles. Sé la peor asistente posible sin darle motivos legales para echarte sin paga.

Me quedo pensativa, dejando que la idea cale. Hay algo irresistible en devolverle el golpe a Xavier, en hacerle probar su propia medicina.

—Tienes razón —digo lentamente, sintiendo cómo la chispa de la venganza reemplaza mi agotamiento—. Si voy a sufrir, que él sufra conmigo.

Marta alza su copa con un brillo triunfal en los ojos.

—Por el caos que vas a desatar.

Chocamos las copas, y por primera vez en todo el día, sonrío. Me voy a dormir con un plan tomando forma en mi cabeza. Xavier quiere una asistente obediente; pues bien, le daré exactamente lo que pide, pero de una forma que no se espera.

Mañana será un nuevo día. Y Xavier Guerra no sabe la guerra que le espera.

Capítulo 11

El plan parecía brillante anoche, mientras Marta y yo lo elaborábamos entre copas de vino barato y risas conspiratorias. "Hazle la vida imposible", había dicho ella, "demuéstrale que no puede comprarte junto con la empresa". Y yo, con dos copas de tempranillo en el cuerpo y el orgullo herido, asentí como si acabáramos de descubrir la cura para el cáncer.

Ahora, mientras camino por el pasillo principal de la oficina con un café en cada mano—uno para mí y otro especialmente preparado para él—reconozco que la luz de la mañana hace que todo parezca bastante menos inteligente.

Pero ya estoy aquí, ¿no? Con mi falda lápiz negra, mi blusa de seda color burdeos y mis tacones de siete centímetros. Lista para la guerra.

—Señorita Navarro —me intercepta la coordinadora ejecutiva, una mujer alta de pelo cenizo y talante británico, con un tono que sugiere que acabo de pisar algo desagradable—. Llega justo a tiempo. El señor Guerra necesita que organice estos documentos para la reunión de las diez.

Me entrega una pila de carpetas tan alta que apenas puedo ver por encima. Perfecto.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa tan falsa que prácticamente puedo sentir cómo me agrieta las mejillas—. Justo iba a llevarle su café al señor Guerra. Tres gotas exactas de vainilla de Madagascar, tal como pidió.

La mujer arquea una ceja tan perfectamente depilada que parece dibujada con regla.

—Interesante elección de prioridades —comenta, y luego añade con falsa casualidad—. Por cierto, el señor Guerra tomó un curso de

barismo en Milán. Distingue la vainilla sintética de la natural con solo olerla.

Maravilloso. ¿Pero dónde estabas tú ayer para avisarme de esto?

Equilibrando precariamente las carpetas y los cafés, me dirijo hacia el despacho de Xavier, situado en la esquina más privilegiada del piso, con ventanales de suelo a techo que ofrecen una vista panorámica del centro financiero de la ciudad. La puerta está entreabierta, lo que interpreto como una invitación para entrar.

Le encuentro de pie frente a la ventana, hablando por teléfono en lo que parece ser italiano fluido. Lleva un traje negro que le sienta como un guante. Se gira ligeramente al oírme entrar, y me lanza una mirada que dice inequívocamente "llegas tarde".

Con mano temblorosa dejo su café sobre el escritorio y empiezo a organizar las carpetas, estratégicamente mezclando documentos de diferentes departamentos mientras finjo absoluta concentración. Xavier continúa en llamada, pero siento sus ojos siguiendo cada uno de mis movimientos.

Cuando finalmente cuelga, el silencio que queda entre nosotros es tan denso que podría cortarse con cuchillo.

—Buenos días, Señorita Navarro —dice con esa voz grave que parece vibrar dentro de mi pecho—. Hace una hora que todos estamos en la oficina. Tú recién llegas.

Oh, cómo deseo bufar y echarle el café encima de su traje perfecto, pero levanto la mirada, encontrándome con sus ojos negros.

—Sin embargo he entrado a horario, si lo desea mañana puedo llegar más temprano—respondo, sosteniendo una carpeta contra mi pecho como un escudo improvisado—. Estoy aquí para facilitar su trabajo.

Asiente con un gruñido, coge el café que he dejado sobre su escritorio y, antes de llevarlo a sus labios, lo observa primero, hace girar el líquido, luego lo huele, y finalmente da un pequeño sorbo. Sus ojos nunca abandonan los míos durante el proceso.

Madre mía, la tripa se me hace un nudo con tanto suspense…

—Tres gotas de vainilla —comenta al fin, dejando la taza sobre el escritorio a lo bruto—. Las pedí de Madagascar.

—Es exactamente lo que le he traído —miento con descaro.

Su sonrisa se amplía un milímetro.

—Mentirosa.

La palabra cae entre nosotros como una piedra en un estanque. No hay acusación en su tono, solo una certeza tranquila que resulta más intimidante que cualquier regaño.

—Los contratos de Berlín necesitan mi firma antes de las once —dice, cambiando de tema tan abruptamente que me desorienta—. Asegúrate de que estén todos en orden.

Asiento, tomando la carpeta que señala. Vale, lo del café no parece haber funcionado como esperaba, pero este es el momento perfecto para la siguiente fase de mi plan. Con un movimiento estudiadamente torpe, tropiezo ligeramente al girarme. Mi café se derrama exactamente sobre los documentos, creando una mancha marrón que se extiende rápidamente por las páginas blancas.

—¡Dios mío, lo siento! —exclamo con una actuación digna de un Goya—. Ha sido un accidente, yo...

—No importa.

Me enderezo y le miro estupefacta. *¿No importa? ¿Cómo que no importa?*

Su respuesta me desconcierta tanto que dejo caer los brazos y las hojas vuelan al suelo. Sus ojos están fijos en mí, estudiándome con una intensidad que me hace sentir completamente expuesta. No parece molesto. Parece... ¿divertido?

No, debe ser mi imaginación.

—Puedo pedir que los impriman de nuevo —ofrezco mientras intento recoger los papeles mojados del suelo, consiguiendo solo empeorar el desastre.

—No será necesario —responde con calma inquietante—. La señora Bagley tiene copias de seguridad de todo. Un sistema que implementé precisamente para contrarrestar esta clase de desastres.

Sus ojos no abandonan los míos mientras pronuncia esa última palabra, cargándola de un significado que me hace tragar saliva.

Obviamente me he ganado el apodo a pulso.

El resto del día transcurre con una tensión creciente. Cada pequeño sabotaje que intento parece rebotar sin efecto: programo mal sus reuniones, pero de alguna manera él ya ha previsto los cambios; mezclo sus archivos, pero parece conocer exactamente dónde está cada documento; incluso cuando "accidentalmente" elimino un correo importante, resulta que ya lo ha archivado en otra carpeta.

Para media tarde, mi frustración ha alcanzado niveles estratosféricos. En lugar de irritarle, parezco estar cayendo directamente en algún tipo de trampa que no logro identificar. La sensación de que estoy jugando un juego cuyas reglas desconozco se intensifica con cada hora que pasa.

Justo cuando estoy considerando rendirme y presentar mi renuncia, mi teléfono suena.

—A mi despacho. Ahora —la voz de Xavier es cortante, sin espacio para negociación.

Respiro hondo mientras me dirijo hacia allí, preparándome para lo que sea que venga. Probablemente un despido, lo cual sería irónico considerando que ese era precisamente mi objetivo.

Al entrar en su oficina, lo primero que noto es que las persianas están completamente cerradas, sumiendo la habitación en una penumbra íntima iluminada solo por la lámpara de su escritorio.

Lo segundo es que ha activado el sistema de privacidad—el pequeño indicador luminoso en la puerta brilla en rojo, señalando que la habitación está aislada acústicamente.

Xavier está de pie detrás de su escritorio, su silueta recortada contra la tenue luz. Parece más alto, más imponente en la penumbra.

—Cierra la puerta —sisea mosqueado.

Obedezco, sintiendo el pequeño clic del pestillo como una sentencia. El silencio que sigue es tan denso que puedo escuchar el latido de mi propio corazón.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunta finalmente, rodeando lentamente su escritorio para acercarse a mí.

—Imagino que por mi rendimiento de hoy —respondo, intentando que mi voz suene firme.

Él se detiene a un metro de mí, cruzando los brazos y abriendo las piernas adoptando una postura agresiva. La luz lateral crea sombras dramáticas en su rostro, acentuando la dureza de su mandíbula y la intensidad de su mirada.

—Vamos a repasar tu jornada, ¿te parece? —dice con una calma estudiada—. A las 9:07, me has traído un café con vainilla sintética en lugar de natural. A las 9:12, has mezclado deliberadamente los informes financieros con los de marketing. A las 10:30, has "derramado" café sobre los contratos de Berlín. A las 11:45, has programado dos reuniones simultáneas en mi agenda. A las 13:20, has "olvidado" transmitir un mensaje urgente de nuestro cliente principal...

Continúa enumerando cada uno de mis "errores" con precisión milimétrica, sin consultar ninguna nota, como si hubiera estado observando y registrando meticulosamente cada uno de mis movimientos durante todo el día.

—Yo... puedo explicarlo —intento interrumpir, pero él levanta una mano, silenciándome instantáneamente.

—Ambos sabemos que lo has hecho deliberadamente.

Jolines, ¿pero cómo narices ha hecho para pillarme tan deprisa?

Xavier se inclina sobre mí haciendo valer su altura imponente.

—La pregunta es: ¿estás preparada para las consecuencias de tu mala conducta?

Da otro paso hacia mí, casi rozándome los pechos con su abdomen.

Si tuviera un rociador de gas pimienta ya lo habría usado.

—Lo siento, no ha sido mi intención, aún estoy intentando adaptarme al puesto —miento, aunque la excusa suena débil incluso a mis propios oídos.

—Déjate de tonterías. Te he observado durante todo el día, Lucía —dice con una voz que ha descendido a un registro casi hipnótico—. Comprendo tu juego. Quieres que te despida, ¿verdad? Crees que así recuperarás algún tipo de control sobre la situación.

Trago saliva, incapaz de negar lo que es evidentemente cierto.

—Pero yo hago mis propias reglas —continúa, recorriendo mi rostro con la mirada como si estuviera memorizando cada detalle—. Y en mi juego, las acciones tienen consecuencias reales.

Retrocedo un paso pero él me sujeta el brazo y me vuelve a pegar contra su cuerpo. Mi corazón martillea contra mis costillas.

—Te ofrezco una elección —dice, alzando una mano para rozar ligeramente mi mejilla con el dorso de sus dedos, un contacto tan inesperado que doy un respingo—. Puedes marcharte, buscar otro trabajo, sin referencia ni indemnización por tu comportamiento de hoy...

Hace una pausa estratégica, permitiendo que sus palabras se asienten en mi mente.

—O puedes aceptar un castigo por tus acciones y continuar trabajando aquí, bajo mis condiciones.

La palabra "castigo" envía un escalofrío por mi columna que no tiene nada que ver con el miedo convencional.

—¿Qué clase de castigo? —repito, odiando cómo mi voz suena repentinamente pequeña y vulnerable.

Sus ojos se oscurecen aún más, si eso es posible.

—Si eliges quedarte, Lucía, deberás aceptar mi autoridad no solo como tu jefe, sino en un nivel mucho más profundo.

Se mueve lentamente a mi alrededor hasta pegarse detrás de mí. Aunque no le veo, puedo sentirle apoyado contra mi trasero, su aliento cálido provocando un cosquilleo en mi nuca cuando habla nuevamente.

—Espero obediencia absoluta —murmura junto a mi oído, su voz grave y seductora enviando ondas de calor por todo mi cuerpo—. Disciplina impecable. Y entrega completa a mis instrucciones, sin cuestionamientos.

Respiro hondo pero no me muevo ni un milímetro de mi sitio.

—¿Y qué gano yo con esto? —pregunto, sorprendida por la firmeza que consigo imprimir a mi voz.

—Además de mantener tu empleo con una nómina de lujo, ganarás algo que ni siquiera sabes que necesitas, Lucía.

—¿Y qué es eso? —me atrevo a preguntar con un hilo de voz. En ese momento siento una extraña presión sobre mis nalgas.

Madre mía, ¿es esa su polla?

Xavier gruñe de placer antes de responder:

—Liberación.

Frunzo el entrecejo. *No necesito liberación ni pamplinas. Y mucho menos sentir su erección en mi trasero sin venir a cuento de nada.*

Debería sentirme indignada. Debería darme la vuelta, arrearle un tortazo y salir por esa puerta para nunca más regresar.

Pero por algún extraño motivo, no quiero hacerlo. Cuando me coge con sus manos por la cintura, en vez de protestar y quitármelas de encima, echo mi cabeza atrás contra su pecho. Mi cuerpo parece actuar de manera instintiva, sin pedirme permiso. El recuerdo de sus besos en lo que parece haber sido una vida anterior, eso es lo que me mantiene anclada al suelo.

—¿Cuál es tu decisión final? —pregunta con una calma que contradice la tensión eléctrica que vibra entre nosotros.

Mi mente racional grita que esto es una locura, que debo rechazar su oferta y alejarme cuanto antes.

Xavier es un peligro. Corre, si no quieres acabar liada en algo que te supera.

—Me quedo —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Jo-der. Dime que no he dicho eso .

—Bien hecho, pequeña—gruñe, y mi cuerpo tiembla de placer al oírle—. Entonces, arrodíllate.

Enderezo la espalda abriendo los ojos como platos. *¿ Ha dicho lo que creo que ha dicho?*

—¿Perdona?—me giro boquiabierta.

—Me has oído perfectamente —responde Xavier con absoluta tranquilidad—. Arrodíllate aquí mismo, sobre la alfombra.

Debería sentirme humillada y ofendida. Debería mandarle a tomar por culo y denunciarle por acoso laboral. Pero, para mi absoluta sorpresa, lo que siento es una extraña curiosidad, una pulsión casi irresistible de descubrir qué se siente hacer algo así.

Qué se siente obedecerle de esa manera pecaminosa.

Con el corazón latiendo tan fuerte que temo que él pueda escucharlo, desciendo lentamente hasta que mis rodillas tocan el suave suelo alfombrado. La posición debería sentirse degradante, pero inexplicablemente, siento una extraña sensación de calma fluir a través de mí, como si al rendirme físicamente hubiera liberado alguna tensión que ni siquiera sabía que estaba cargando.

Xavier se mueve hasta quedar de nuevo directamente frente a mí, su figura imponente alzándose como una torre. Su mano se extiende, rozando mi barbilla con sus dedos largos y ásperos, elevando mi rostro hacia el suyo.

—Ahora —dice en voz baja, casi íntima—, quiero que te disculpes apropiadamente. Dime: "Lo siento, señor".

Mis labios se separan, pero las palabras no salen inmediatamente. Mi orgullo lucha una última batalla desesperada.

Sus ojos no abandonan los míos, pacientes pero implacables. Su pulgar acaricia ligeramente mi labio inferior en un gesto que envía electricidad a mis partes más íntimas.

—Lo siento, señor —pronuncio finalmente, mi voz apenas un susurro.

Algo cambia en su mirada—una intensidad, un hambre que hace que mi respiración se entrecorte. Sosteniendo su mirada desde mi posición arrodillada, con la respiración agitada y jadeando ligeramente, descubro que estoy empapada.

Sí, allí abajo.

Mierda, definitivamente este trabajo se me ha ido de las manos.

Capítulo 12

XAVIER

Me desabrocho el cinturón y libero mi erección palpitante. Se me ha puesto dura como el acero mientras recordaba cómo esta tarde mi pequeña sumisa se lamia los labios nerviosa mientras permanecía de rodillas ante mí.

"Contrólate", me digo a mí mismo, pero es inútil. Llevo demasiado tiempo conteniéndome. Demasiados meses observándola desde lejos, investigando cada detalle sobre ella, planeando cuidadosamente cómo traerla a mi terreno. Y ahora que la tengo bajo mi mando directo, la bestia que llevo dentro ruge por salir y reclamarla.

Deslizo mi mano por mi polla, sintiendo cómo palpita viva contra mi palma. Cierro los ojos para imaginar mejor su rostro: esos ojos avellana desafiantes, su barbilla ligeramente alzada en un gesto de rebeldía que me pone a cien, que me da un morbo del carajo.

Vuelvo a verla de rodillas frente a mí y aprieto mi polla con desesperación.

Ella es la única mujer que no puedo simplemente tomar. El tipo de hembra que podría hacer que un hombre como yo lo posponga todo por saborear su coño. Mis pelotas se tensan solo de pensarlo.

Sabía perfectamente bien que traer a Lucía a mi mundo sería una tortura constante. El poder olerla, mirarla, planear cómo será marcar cada centímetro de su piel… Yo mismo he escogido este suplicio.

Aumento el ritmo. La necesidad de correrme crece, pero me contengo, prolongando mi placer, imaginando que son sus manos

las que me tocan. O mejor aún, su boca.

Cada vez que ella entra en mi despacho con esos tacones que hacen que su culo se mueva de lado a lado con ese bamboleo tan jodidamente sexi, tengo que controlarme para no empotrarla contra la pared. O cuando se inclina sobre mi escritorio y puedo ver el nacimiento de sus pechos, debo apretar los puños para resistir el impulso de hundir mi cara entre ellos.

"Señor Guerra, ¿necesita algo más?"

Si tú supieras, nena.

Casi me corro en los pantalones solo de imaginar sus labios envolviendo mi polla, esa carita de ángel mirándome a los ojos mientras me la chupa hasta dejarme seco.

Doy un trago al whisky, dejando que el ardor alimente mis fantasías más oscuras: Lucía a mi merced, suplicando con las manos atadas, la boca abierta para recibir lo que sea que quiera darle.

Mi secretaria. La mujer que debería estar prohibida para mí por mil razones diferentes.

Es la ex de mi hermano, me cago en mis muertos.

Nunca he sido bueno respetando límites cuando deseo algo.

Aquel puto beso no debería haber sucedido. No debí atender a su pedido de auxilio. Sus labios pidiendo que la saque de su vida miserable con mi hermano, que le demuestre que es una hembra que vale. Joder, suficiente para infectarme con el puto veneno que corre por mis venas desde entonces.

Pero tenía razón. La sumisa que he visto en ella hace dos años no era un producto de mi deseo. Estaba allí, esperando a por un dominante que la entrene y haga suya.

Lucía, mi pequeña sumisa, serás arcilla en mis manos. Podrás desarrollarte como nunca antes te lo has permitido. Sé cómo domarte sin quebrar tu voluntad. Cómo transformarte en mi sumisa perfecta sin destruir ese fuego de rebeldía que hace que deba encerrarme en mi despacho para masturbarme furiosamente y

aplacar mis deseos de doblarte sobre el puto escritorio y follarte hasta que te olvides de tu propio nombre.

Necesito enseñarle. ¿Hasta dónde puedo llevarla?

Esa es la pregunta que por dos años me ha obsesionado cada noche.

El líquido preseminal asoma en mi glande hinchado mientras imagino a Lucía sobre este mismo escritorio, piernas abiertas para mí, labios desplegados, su coño hinchado, húmedo y palpitante esperando con ansias mi orden de correrse.

La imagino suplicando, retorciéndose bajo mi control, entregándose completamente a mí.

Joder, los espasmos recorren mi polla a todo lo largo y me corro con rabia y deseo.

Te follaré con cada parte de mi cuerpo, Lucía: con los dedos, con mi lengua, con mi polla gorda y dura, con mi puñetera mente...

El orgasmo me atraviesa como un relámpago, tensando cada músculo de mi cuerpo. Gruño su nombre mientras mi semen se derrama sobre mi mano, intenso y caliente como mi deseo por ella.

Me cago en mi puta vida... Estoy furioso conmigo mismo por sentir esta atracción prohibida.

Ella sabe exactamente cómo hacerme cabrear. Es como si tuviera el don de decir y hacer lo justo para tocarme los huevos.
Para provocarme…

De acuerdo, nena, las nalgadas serán más ricas de esta manera.

Respiro profundamente, intentando recuperar el control. Limpio el desastre metódicamente, como hago con todo en mi vida. Ordenado, preciso, dominante. Así es como me gusta hacer las cosas. Así es como tomaré posesión de Lucía.

Y cuando lo haga, no habrá vuelta atrás.

La follaré tan duro que olvidará que alguna vez estuvo con mi hermano.

Capítulo 13

¿Qué narices hace mi jefe sentado en mi sala?

Hace apenas diez minutos Marta y yo estábamos en pijama, compartiendo una pizza y jugando una partida de Scrabble cuando sonó el timbre. Al abrir la puerta, la visión de Xavier enfundado en un abrigo negro de lana sobre su traje ha sido tan impactante que me he quedado paralizada, con una porción de pizza a medio camino hacia mi boca.

Marta, bendita sea, ha reaccionado por las dos.

—¡Vaya, qué sorpresa! —ha exclamado con falsa naturalidad, mientras me lanzaba una mirada que claramente decía "¿qué hace este dios griego en nuestra puerta?"—. Justo recordaba que tengo que ir a… a recoger un... esa cosa, tú sabes.

Jo, menudo tartamudeo. La pobre nunca ha sido buena improvisando.

—Claro, ya recuerdo, esa cosa que tenías que recoger —confirmé yo abriendo grande los ojos, agradecida y horrorizada a partes iguales por dejarme a solas con este hombre.

—Exacto. Esa cosa. Urgente. No me esperes despierta —ha añadido enseguida, cogiendo su bolso y chaqueta en tiempo récord, antes de susurrarme al oído—: Quiero todos los detalles mañana. ¡Absolutamente todos!

Y ahora estoy aquí, en mi salón decorado con muebles de segunda mano, sentado junto al hombre más intimidante que he conocido en mi vida. El mismo que hace unas horas ha puesto mi mundo patas arriba.

—¿Qué haces aquí? —pregunto directamente, cruzándome de brazos en un intento de crear algún tipo de barrera entre nosotros.

—Bonito pijama—dice ocultando una sonrisa al mirarme de arriba abajo.

Trago saliva, súbitamente consciente de las pintas que traigo. Gracias a Dios es el pijama decente y no el de ositos.

—Gracias, pero no necesito cumplidos. Lo que necesito es ganar esta partida de Scrabble para poder irme a la cama en paz.

—Cuidado, Lucía. No te pases.

Su advertencia me coge desprevenida. Xavier cruza una pierna sobre la otra aprovechando para estirar un brazo a lo largo del respaldo por detrás de mi cabeza, y luego me estudia con ojos entornados.

—Solo he venido a tu casa porque lo que vamos a discutir no es apropiado para el entorno laboral.

Mi corazón da un vuelco. Mil escenarios desfilan por mi mente, cada uno más inquietante y extrañamente excitante que el anterior.

—¿De qué estás hablando?

En respuesta, saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo coloca sobre la mesita. Es un simple sobre de papel manila.

—De tu nuevo rol, y no me refiero al profesional —dice con voz profunda—. Ambos sabemos que hay algo más entre nosotros. Algo que ha estado ahí desde hace tiempo.

—No existe nada entre nosotros —respondo automáticamente, aunque ni yo misma me lo creo—. Apenas nos conocemos.

Una sonrisa enigmática curva sus labios.

—Las personas no necesitan años para reconocer ciertas... compatibilidades. A menudo basta con unos minutos en la misma habitación—. Se inclina hacia delante, sus ojos negros entornados fijos en los míos.

—A partir de ahora, cada error que cometas tendrá consecuencias —dice con una calma que contrasta con el impacto de sus palabras —. Pero también habrá recompensas por tu obediencia.

Mi boca se seca. Debería sentirme indignada, furiosa incluso. Pero lo único que siento es un cosquilleo de anticipación recorriéndome la espina dorsal.

—¿Qué tipo de consecuencias? —me oigo preguntar, mi voz apenas un susurro.

Xavier señala el sobre con un gesto elegante de su mano.

—Todo está ahí dentro. Un acuerdo entre nosotros que establece los límites y las expectativas de nuestras sesiones.

—Te refieres al sexo—suelto sin pensar. Al instante el bochorno más intenso se apodera de mi cuerpo.

Lo de esta mañana se ha sentido como sexo aunque no haya ocurrido nada que se pueda llamar convencionalmente *sexual* . Aun así, tengo que estar segura de que esas cosas que le ponen, como hacerme arrodillar en su oficina, califican como sexo.

Xavier hace una pausa, sus ojos intensificando su mirada

—Sí, me refiero a tu actividad como sumisa.

La palabra *sumisa* me da un morbo que no debería darme. Nunca me consideré una chica sumisa, aunque debo reconocer que varias veces deseé que Iñaki tomara la iniciativa y me guiara en la cama con más decisión.

—También he incluido tu palabra de seguridad.

—Una palabra de seguridad—repito como tonta.

—¿Sabes lo que significa?

Claro, me he visto las películas de 50 sombras de Grey más de diez veces. Pero no tenía idea de que se usara en el mundo real .

—Anastasia decía “rojo” cuando Christian Grey se pasaba tres pueblos—digo encogiéndome de hombros.

Xavier sonríe.

—Quiero que la uses en cuanto pienses que he cruzado un límite.

Me siento como Alicia cayendo por la madriguera del conejo.

—¿Por qué yo? —pregunto, intentando ganar tiempo mientras mi mente procesa lo que está ocurriendo—. Con tu posición podrías tener a cualquiera.

—No quiero a cualquiera —responde con una franqueza que me desarma—. Te quiero a ti.

Me quiere a mí. ¡Guau!

Con dedos temblorosos cojo el sobre.

—Léelo con calma —dice Xavier, poniéndose de pie. —. Tienes tiempo, mañana no entras a trabajar sino hasta la noche.

—¿Perdona?

—También está explicado allí.

Abro el sobre y saco una hoja doblada en dos y escaneo el texto en busca de la información.

–¿A las siete? —alzo una ceja sorprendida. *¿Quién narices entra a currar a una oficina a las siete de la tarde?*

–Siete y media. Me tienes que dar tiempo para despejarme después de un día largo de trabajo. Quiero estar al cien para ti. Lo mínimo que espero es que tú estés al cien para mí.

Trago saliva. ¿Qué significa estar al cien para Xavier?

Su oscuridad me pone. Solo de imaginar estar con él a solas por la noche en su oficina y sin reglas me estremezco.

Le acompaño hasta la puerta y, antes de marcharse, se inclina sobre mí y, para mi sorpresa, deposita un beso ligero en mi frente.

El contraste entre este gesto casi casto y la naturaleza retorcida de todo lo demás me deja aturdida.

—Hasta mañana, Lucía —murmura contra mi piel—. Dulces sueños.

Capítulo 14

Con todo esto no pego ojo en toda la noche. Demasiada adrenalina.

Marta me avisa de que pasará la noche en casa de un amigo. *Vaya, que la juerga nunca se detenga.*

Cuando el despertador suena a las nueve, ya llevo una hora despierta. Me arrastro hasta la cocina, donde preparo café tan fuerte que podría levantar a un muerto. Hoy lo necesito.

Marta me llama tres veces desde su trabajo durante la mañana. Las tres veces dejo que salte el buzón de voz. ¿Qué podría decirle? *"Mi jefe ha cambiado de parecer, ya no quiere que le lleve su cafelito de la mañana, solo me quiere enseñar su mazmorra y darme duro con el látigo".*

No. Algunas conversaciones requieren tiempo, preparación, o quizá nunca deberían tenerse.

Es extraño no tener que ir al curro un miércoles por la mañana. A media tarde, consigo dormir una pequeña siesta, pero me despierto sobresaltada pensando que me he quedado dormida. Suspiro de alivio al ver que son las seis. Tengo una hora exacta para prepararme.

Me ducho rápidamente, me envuelvo en una nube de perfume y me pongo mi conjunto más profesional: una falda lápiz negra que llega justo a la rodilla, una blusa de seda color crema y una americana estructurada que me hace sentir ligeramente blindada.

Mientras me maquillo, suena el interfono. Es Marta. Mierda.

—¡No finjas que no estás! ¡Sé que estás ahí, puedo oler tu neurosis desde la calle! —canturrea a través del maldito aparato. Presiono el botón para abrirle cogiendo mi bolsa para pirarme en cuanto Marta cruce la puerta de entrada.

—¿Adivina qué? ¡Bollos de canela y chocolate!—canturrea al llegar por el pasillo.

Mierda, mis preferidos . Sí que sabe cómo chantajearme.

—Voy con prisa, Marta, que llego tarde otra vez y me matarán esta vez —contesto precipitadamente esquivando la bandeja gigante de bollería que pone delante de mis narices.

—¡Pero es que no me has explicado nada de lo de anoche!

—No ocurrió nada de lo que te estés imaginando.

—¡No te creo!

—En serio, debo irme —me evado bajando las escaleras a toda prisa.

—¿Adónde? ¡Si son casi las siete de la tarde! Nadie va a la oficina a esta hora, a menos que...

La pausa es tan elocuente que casi puedo imaginar su expresión de sorpresa iluminada.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Tienes una cita! —exclama con un chillido que probablemente han oído hasta en Portugal.

Me vuelvo para gritarle desde el descansillo:

—¡No! Me han cambiado las horas en el curro, solo es eso. Te lo contaré todo mañana, te lo prometo. Bye!

Desaparezco antes de que pueda seguir interrogándome. No necesito que verbalice las preguntas que ya yo misma me hago: ¿qué demonios estoy haciendo? ¿Por qué he aceptado algo tan descabellado?

Niego con la cabeza. Mejor desenchufar el cerebro, las respuestas a aquellas preguntas de seguro no me gustarían.

El metro es un infierno invertido: mientras media ciudad regresa a casa, yo voy en la dirección contraria. Me siento como un salmón intentando nadar contra la corriente, chocando contra cuerpos cansados que solo quieren llegar a casa. Cuando al fin llego a la

torre el edificio está prácticamente desierto. El guardia de seguridad se sobresalta al verme y me mira como si acabara de ver a un fantasma.

—¿Está segura de que el señor Guerra la espera?

—Trabajo extra —respondo con una sonrisa tensa que probablemente parece una mueca.

Mientras el ascensor sube hasta la última planta, mi estómago desciende a mis pies. ¿Qué espero encontrar? No lo sé. Solo sé que voy tarde y que para variar probablemente se cabreará conmigo.

Las puertas se abren y me recibe un silencio sepulcral. La planta ejecutiva, normalmente bulliciosa, ahora parece un escenario abandonado. La luz del atardecer lo tiñe todo de un naranja dorado que confiere al lugar un aire irreal.

Me dirijo a mi escritorio. Al acercarme, veo que hay algo extraño sobre él: dos cajas elegantemente envueltas en papel de seda negro con un lazo gris plateado.

Contengo la respiración. Hay una tarjeta apoyada encima de ellas, con una caligrafía firme y angulosa que reconozco inmediatamente como masculina: "Para tu primera tarea. Ábrelo."

Miro instintivamente hacia el despacho principal. Las puertas permanecen cerradas con la luz roja parpadeando. Casi puedo sentir la presencia de Xavier al otro lado. Está allí dentro, esperando a por mí. No me preguntes cómo lo sé, pero mi cuerpo lo sabe con certeza.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras deshago el lazo del primer paquete. Abro la caja desvelando un conjunto de lencería erótica que me hace sonrojar solo de verlo.

Vaya recibimiento.

Sujeto las braguitas brasileñas y el sostén a juego, ambos de encaje rojo, para verlas mejor. Son prendas traslúcidas y muy sexis, pero

me imagino llevándolas puestas y una mueca de disgusto se dibuja en mi cara.

Estas cosas siempre me sientan fatal.

Recuerdo la vez que se me ocurrió sorprender a Iñaki con un conjunto algo atrevido y la cara de desprecio que se le quedó al verme. No volví a ponérmelo y lo enterré en el fondo de un cajón.

La tercera pieza del conjunto es un liguero. Será la primera vez que me ponga uno de estos. En la otra caja hay un par de zapatos rojos con unos tacones de veinte centímetros.

Madre mía, quiere que me vista como una puta.

Mi respiración se acelera y el corazón se me sale del pecho. Ansiosa miro a mi alrededor. *¿Se supone que debo quitarme la ropa aquí?*

Las instrucciones que vienen junto a las cajas ponen que debo quitármelo todo y presentarme solo con la lencería ante el señor Guerra.

Me da mucho pudor desnudarme aquí en la oficina. *Vale, que no hay nadie a estas horas, pero ¿y si por algún motivo alguien regresa?*

Algo cortada, permanezco en mi sitio hasta que la luz roja de la puerta deja de parpadear y lentamente se entreabre desvelando la imponente figura de Xavier en la penumbra. No puede verle el rostro, pero sé que me observa con atención desde las sombras.

Ya, quiere que lo haga aquí mismo delante de él, mientras me espía.

Trago saliva.

Dios, esto es lo más morboso que he hecho nunca.

Me quito la blusa y, mientras la doblo y cuelgo en el respaldo de mi silla, no puedo evitar sentir que estoy haciendo el striptease más soso del mundo. Dudo antes de quitarme la falda, pero mejor acabar con esto lo más rápido posible. Cada prenda que me quito me deja

más expuesta, más vulnerable. Me siento sucia y eso debería hacerme recapacitar… pero la verdad es que me encanta.

Vale, ya estoy completamente desnuda. ¿Qué hacer ahora? Xavier me está observando y eso me pone bastante nerviosa. ¿Antes de ponerme la ropa nueva me doy una vueltecita? *Sí, para vueltecitas estoy con el acojone que me ha entrado.*

Estoy temblando, y no solo por el aire fresco sobre mis partes íntimas. El placer se mezcla con la vergüenza de ser observada por Xavier.

Me calzo las braguitas y gimo involuntariamente al sentir el roce del encaje sobre mi vulva. Una ola de deseo inesperado hace que mi coño se contraiga.

A continuación, hago lo mismo con el sostén, cuyas copas acarician mis pezones como si estuvieran hechos de pluma. Finalmente me quito mis zapatos y me monto en los tacones. Me siento alta y poderosa.

El liguero , recuerdo de repente.

Cuando intento pasar el liguero por mis piernas, fallo y pierdo el equilibrio. *Dios mío, no puedo ser tan torpe.* En vez de volver a intentarlo con más lentitud, me pongo aún más nerviosa. Con las prisas me tropiezo y caigo redonda al suelo.

Un accidente laboral, lo que faltaba para rematar la escena.

Avergonzada me pongo en pie, pero a ntes de que pueda pestañear Xavier está sobre mí, sujetándome entre sus brazos y pegando mi trasero a su cuerpo duro. Tras aplastar mis pechos contra la mesa inmovilizando mi cuerpo por completo, coge mi melena en un puñado y sisea en mi oído.

—Joder, no puedo dejarte sola ni un segundo…

Gruño en señal de protesta.

Sus manos grandes y callosas suben por mis muslos colocando el liguero como se debe, y un escalofrío recorre mi espalda.

—Has llegado con retraso, me has hecho esperar y además has hecho mal tu tarea. ¿Sabes lo que eso significa?

Niego con la cabeza.

—Que me lo vas a pagar —dice con la voz ronca, una mezcla de deseo y autoridad.

Abro los ojos como platos cuando me arrea la primera nalgada.

¿Y esto?

¡Plas! ¡Plas!

Doy un respingo al recibir dos nuevas bofetadas, una en cada cachete. El trasero me escuece y quiero frotarme con la mano, pero él no me lo permite, manteniéndome inmovilizada.

—Has sido una chica mala y tendrás tu merecido—su voz temblando de ira y deseo.

Estoy conmocionada y confundida, no sabía que algo así podría ser excitante, pero de alguna extraña manera lo es.

—¿Te gusta esto, Lucía? —pregunta, su aliento cálido sobre mi oído derecho.

Debería estar chillando a grito pelado para que suba el guardia y lo arreste. En cambio me retuerzo bajo su cuerpo con ganas de correrme.

Claro que me gusta.

—Sí, señor—admito finalmente.

Y grito como una cerda cuando llega a toda prisa la siguiente nalgada.

Capítulo 15

Inmóvil tumbada sobre el escritorio, en las oficinas solo se oye mi respiración agitada.

Mi piel todavía está ardiendo donde sus manos han dejado su marca. Diez azotes sobre mi trasero. Precisos. Metódicos. Cada uno más intenso que el anterior. Mis nalgas palpitan con un dolor que, para mi vergüenza, se ha transformado en un placer embriagador que jamás había experimentado.

Xavier me observa desde su imponente altura, sus ojos negros evaluándome con una expresión que oscila entre la satisfacción de un trabajo bien hecho y un hambre apenas contenida. Siento que me devora con la mirada, y lo más perturbador es que quiero que lo haga.

—A mi despacho.

Me incorporo algo cohibida y le sigo. ¿Hace cuánto un hombre no me veía como Dios me trajo al mundo?

Por suerte ha anochecido y las luces continúan apagadas. Cuando estoy de pie en el centro de su despacho, vuelvo a oír su voz cerca de mí.

—¿Te gusta cómo vas vestida?

Afirmo con la cabeza.

—Buena chica, has recibido tu castigo sin una sola queja. ¿Te apetece que continuemos jugando?

—Me apetece mucho, señor.

Xavier emite un gruñido de aprobación y se aleja unos pasos de mí hundiéndose en la oscuridad. Puedo oír cómo se deja caer en su sillón de cuero. Tras unos instantes enciende un puro y su rostro se ilumina con el resplandor rojizo. En el completo silencio puedo oír el sonido de sus bocanadas. Expectante aguardo su próxima orden.

–Gírate, luego inclínate y toca tus pies.

Me inclino y estiro mis manos hacia mi pies sintiendo cómo la sangre baja hasta mi cabeza. Es prácticamente imposible que me toque los pies montada sobre estos tacones, pero llego bastante abajo, más de lo que creía. Sorprendida por mi flexibilidad, sonrío para mí. *Jolín, no me había estirado así desde las clases de educación física del instituto.*

Xavier se levanta de su silla y escucho sus pasos acercándose. Puedo sentir el peso de su mirada recorriéndome, como si sus ojos fueran manos invisibles que encienden cada centímetro de piel que tocan. Me siento expuesta y vulnerable, y aun así los pezones se me han puesto duros como piedras.

Con la mirada fija en el suelo, pregunto:

—¿Está bien así, señor?

Por toda respuesta, se pega a mi cuerpo. Contengo el aire, está tan empalmado que siento su polla a través de los pantalones presionando contra mis nalgas todavía sensibles.

Da una calada y suelta el humo por encima de mi cabeza. Luego coge un puñado de mi melena y tira suavemente haciéndome sentir bajo su absoluto control.

—Venga, abre esas piernas.

Obedezco separándolas lo más que puedo, haciendo un esfuerzo por mantener la posición inclinada.

Vaya, el cabrón me está haciendo trabajar como una mula.

Entonces los dedos de Xavier se deslizan bajo el encaje de las braguitas, y contengo la respiración. Su tacto es firme mientras explora mis pliegues humedecidos por la excitación y envía escalofríos por todo mi cuerpo.

—Estás empapada —aprueba con su voz ronca—. Tan receptiva...

Quiero contestarle algo ingenioso, mantener aunque sea una pizca de dignidad, pero solo consigo soltar un gemido vergonzosamente

agudo cuando su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea con movimientos circulares, aplicando la presión exacta.

—Tu cuerpo es muy honesto, Lucía —continúa, su aliento caliente contra mi cuello—. Mucho más que tus palabras.

Su mano abandona mi clítoris y desliza la palma áspera desde mi coño hasta el culo esparciendo mi humedad por la piel sensible. Jadeo con necesidad mientras acaricia la piel enrojecida de mis nalgas.

—Es lamentable que aún no pueda hacer contigo todo lo que me gustaría.

—¿Por qué, señor?

—Porque las sumisas principiantes necesitan tiempo y dedicación. Y yo me tomo muy en serio mi rol. ¿Sabes qué haré contigo?

Niego con la cabeza.

—Te entrenaré para convertirte en lo que necesito que seas.

Como para enfatizar el punto recibo una nalgada sonora. Suelto un aullido, pero él de inmediato masajea la zona dolorida calmándome como a una niña.

—Me dirás si algo te duele de manera incorrecta —continúa—. Hay dolor que da placer y dolor que simplemente es dolor. Necesito saber distinguirlos.

Debo reconocer que oírle decir aquello me da cierto alivio.

—Tu palabra de seguridad será "Madrid" —añade—. La usarás si en algún momento te sientes insegura o sobrepasada. No hay vergüenza en ello.

Afirmo con la cabeza.

He leído esa palabra en el “contrato” que llevó a mi piso, al menos es fácil de recordar, aunque espero no tener que usarla nunca.

—De momento, esto quedará entre nosotros, limitado a estas cuatro paredes.

Ese "de momento" hace que me tense visiblemente. Me moriría de humillación si de alguna manera esto saliera de aquí. Espero que solo sea una manera de hablar.

—¿Estás de acuerdo con estos términos? —pregunta, su aliento caliente contra mi cuello.

—Ajá.

De inmediato me pellizca el culo.

—¡Habla como una buena sumisa!

Lo siento, lo siento, ¿vale? ¡Es solo mi primer día!

Carraspeo para aclarame la garganta.

—Sí, señor.

—Mucho mejor—murmura con satisfacción—. Ahora ponte derecha.

Obedezco al instante, pero en cuanto termino de hacerlo Xavier me levanta en vilo sobre los hombros como si no pesara nada. Me siento como un saco de patatas, una mejilla aplastada contra la tela de la chaqueta de su traje.

—¿Qué haces?

—Te llevo hasta mi escritorio. No quiero que vuelvas a caerte. Eres un peligro para ti misma en esos tacones, pero te quedan demasiado bien para quitártelos.

Vale, al menos me gané un cumplido.

De camino se detiene para encender una lámpara de pie y una luz cálida baña nuestros cuerpos. Parpadeo varias veces sintiéndome bastante ridícula aquí arriba desnuda. Cuando al fin me sienta sobre la mesa, se coloca entre mis piernas y me mira de arriba abajo con ojos de lobo. Sin decir palabra se lleva una mano a la boca para chuparse tres dedos de a uno por vez hasta que su saliva brilla en cada uno de ellos.

Jolín, esto es lo más sexi que he visto hacer a un hombre jamás.

El primero de sus dedos se introduce en mi interior con un movimiento fluido y decidido. Es largo, grueso, y la invasión me arranca un jadeo de placer. Pero es cuando decide curvarlo hacia arriba como un gancho, que todo mi cuerpo se tensa de golpe y comienzo a gemir como una loca.

—Tu punto G, nena. Es una suerte haberlo encontrado tan rápido, eres tan increíblemente estrecha...

Sin piedad presiona ese punto una y otra vez mientras su pulgar comienza a estimular mi clítoris. De a poco introduce el otro dedo, y luego otro. La combinación es devastadora. El placer se acumula en mi bajo vientre con una intensidad que nunca había experimentado.

Así, sigue así, por favor. Estoy cerca, tan cerca...

Y entonces, todo contacto cesa.de pronto.

¡Oh no! ¡No es justo!

Parpadeo confundida, mi cuerpo temblando por la repentina ausencia.

—¿Qué ocurre...? —jadeo, intentando recuperar el aliento.

Mi jefe sonríe con malicia y se inclina para mordisquear la piel sensible de mi cuello al tiempo que susurra:

—Tu placer me pertenece ahora y no te correrás hasta que yo lo ordene. Tu cuerpo debe aprender a obedecerme.

Antes de que yo pueda decir nada, sus dedos vuelven a la carga, retomando exactamente donde lo dejaron. Esta vez el ascenso es más rápido, como si mi cuerpo hubiera quedado calibrado a su tacto. De nuevo, justo cuando estoy a punto de caer por el precipicio, suspende el contacto.

El muy cabrón me niega el placer a posta. ¡Esto es maldad pura!

—No, por favor —gimo, frustrada, elevando mis caderas hacia él y retorciéndome de necesidad.

—Paciencia —dice, y puedo sentir su sonrisa contra mi piel—. ¿Notas cómo crece? Con cada negación, tu deseo se intensifica.

Tiene razón. La frustración se mezcla con una necesidad tan intensa que roza lo doloroso. Es como si estuviera reconfigurando mis circuitos nerviosos, enseñándole a mi cuerpo una nueva forma de sentir.

Por tercera vez, sus dedos reanudan su exquisita tortura. Estimula mi clítoris con círculos precisos mientras su índice y dedo mayor entran y salen en mi humedad haciendo ruidos líquidos. El placer se acumula en mi vientre y me siento a punto de estallar.

—Por favor —suplico, las palabras saliendo entrecortadas entre jadeos—. Por favor.

—¿Por favor qué? —su voz es terciopelo oscuro contra mi oído—. Dilo correctamente.

—Se lo suplico, señor… Permítame correrme —las palabras salen de mis labios con una naturalidad que me asusta, como si siempre hubieran estado ahí esperando ser pronunciadas.

Hay una breve pausa en la que solo se oye nuestra respiración agitada, el zumbido lejano de los sistemas de ventilación del edificio y el chapoteo de sus dedos dentro de mí.

—Venga, córrete para mí —ordena finalmente, y sus dedos aumentan la presión exactamente donde mi cuerpo lo necesita.

El orgasmo me golpea como una descarga eléctrica, mi piel tensándose y expandiéndose, cada uno de mis nervios encendidos. Una ola de placer se levanta desde mi centro y sumerge cada extremo de mi cuerpo. Un grito comienza a formarse en mi garganta, pero Xavier lo silencia rápidamente cubriendo mi boca con su mano libre.

—Shhh —murmura con diversión mientras me deshago en espasmos contra su cuerpo—. No queremos que el guardia de seguridad suba a investigar.

Mis músculos internos se contraen alrededor de sus dedos en oleadas, prolongando el placer hasta límites insoportables.

Siento el flujo deslizarse por el interior de mis muslos como miel caliente y cuando finalmente mi cuerpo se relaja, me derrumbo contra su pecho, jadeante y completamente desorientada.

Durante unos minutos, Xavier me sostiene en silencio, acariciando perezosamente mi pelo mientras espera que recupere el aliento. Su erección sigue presionando contra mí, recordándome que él no ha encontrado su alivio aún.

—¿Más relajada?

Asiento débilmente, incapaz de formar palabras coherentes. Mi cuerpo se siente como mantequilla derretida, completamente maleable en sus manos. Cuando por fin consigo recuperar algo de compostura, Xavier saca algo del bolsillo interno de su chaqueta.

Es un estuche negro de terciopelo.

—La sesión de hoy ha finalizado, pero te llevas trabajo a casa, ¿vale?

Alzo una ceja formulando una pregunta silenciosa que Xavier capta a la primera.

—Quiero que lo abras en tu habitación. No temas, te gustará—me asegura mirándome directamente a los ojos antes de añadir con una sonrisa ladeada—. Podríamos decir que son tus deberes de sumisa.

Capítulo 16

—¿Marta? —llamo mientras dejo caer las llaves en el pequeño cuenco de cerámica junto a la puerta.

Silencio. Recuerdo vagamente que mencionó algo sobre una "cena de emergencia" entre las chicas de la oficina. No sé a qué viene tanta urgencia, pero me alegro de tener por una vez un pelín de privacidad.

Me quito los tacones con un gemido de alivio y voy directamente hacia la nevera. Saco una botella de vino blanco casi vacía y me sirvo lo que queda en una copa desparejada. Doy un largo trago mientras apoyo la espalda contra la puerta fría.

El cabrón le está haciendo honor a su nombre. Me está dando una guerra que no veas.

Era impensable que esté haciendo esto con el hermano de Iñaki, un tío con el que no intercambiaba más que un saludo formal cuando coincidíamos en alguna cena familiar.

Suena el pitido del microondas y me sobresalto al punto de casi derramar el vino. *Vuelve en ti, chica* , me digo palmeando mis mejillas y saco el platillo con mis dos trozos de pizza y me los devoro en unos pocos minutos.

Después de tanto orgasmo estoy famélica.

Madre mía, pensé que jamás diría algo así. Fíjate tú, ahora hasta tienes orgasmos. Que no se entere Marta o ya no volveré a vivir tranquila.

Ya en mi habitación, con el corazón aún acelerado y las piernas temblorosas, saco del bolso el estuche que me dio Xavier y lo dejo sobre la cama a varios palmos de distancia, como si fuera una bomba a punto de explotar.

¿Qué será? ¡Venga, ten cojones y ábrelo de una vez!

Al abrirlo me encuentro un objeto metálico que no logro identificar: son dos esferas plateadas unidas por un cordón. *¿ Qué narices es esto?*

Las giro en mis manos, intrigada, cuando suena una notificación del móvil.

¡Xavier!

No te asustes, es solo un juguete.

Y enseguida:

Son bolas chinas. Quiero que te las metas bien dentro, y que pienses en mí cuando lo hagas.

Eso es todo.

Aunque estoy sola mis mejillas comienzan a arder.

—¿Se supone que debo meterme ESO ahí ABAJO?— susurro incrédula, mirando hacia la puerta como si temiera que alguien pudiera oírme.

Tras comprobar por enésima vez que estoy sola, descuelgo el espejo redondo de la pared y me lo traigo a la cama. Me he mojado solo de pensar en obedecer la orden a distancia de Xavier.

Menuda cachonda estás hecha.

Me quito la falda y aparto las braguitas con una mano tal como hizo Xavier esta tarde en la oficina.

Vale, aquí vamos.

Con mucho cuidado introduzco las bolas en mi interior. ¡Jo, están heladas! Un gemido involuntario escapa de mis labios. El pensamiento de llevarlas puestas al día siguiente, de sentirlas moverse dentro de mí mientras estoy junto a él, sabiendo que solo nosotros compartimos el secreto, me excita de una manera que nunca hubiera imaginado.

Me miro al espejo con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, sintiendo el peso de las bolas chinas dentro de mí, y pienso: "Esto

es una pasada."

Me dejo caer en la cama sin quitarme la ropa, todavía procesando lo que acabo de hacer. El ligero movimiento de las bolas al tumbarme me arranca otro suspiro. Es como si Xavier estuviera aquí, tocándome desde dentro.

En ese momento el móvil vuelve a vibrar y leo con ansiedad. Su mensaje me saca una sonrisa.

Sabía que te molarían. No te las quites hasta mañana. Quiero que pienses en mí dentro de ti con cada paso que des.

Maldición, ¿por qué tiene que ser tan controlador?

Debo reconocer que sus métodos funcionan porque por culpa de estas condenadas bolas ahora mientras me doy una ducha pienso en él, mientras me cepillo los dientes pienso en él, al quitarme la ropa de calle y ponerme el pijama pienso en él, al meterme bajo el edredón y cerrar los ojos para intentar conciliar el sueño, también pienso en él.

De hecho, mi último pensamiento antes de quedarme dormida es imaginar su reacción cuando me vea llegar mañana, sabiendo que llevo su "regalo" puesto y que estoy preparada para recibir sus nuevas órdenes.

Capítulo 17

Un grito pelado me arranca del sueño de forma tan violenta que mi cuerpo salta antes de que mi mente despierte completamente.

—¡¿Qué narices ha pasado?!

Me incorporo con el corazón martilleando y los ojos entrecerrados ante el exceso de luz. Todas las bombillas del apartamento están encendidas y una bachata atronadora se oye desde el salón.

Ah, estupendo, el caos está de regreso.

—¡Tienes que ver esto! —exclama mi compañera de piso, materializándose en el umbral de mi puerta como un huracán con pintalabios rojo.

Gruño, dejándome caer de nuevo sobre la almohada e intentando cubrirme con la manta hasta la cabeza.

—¡Quita, que quiero dormir! —protesto con voz ronca—. ¿Sabes qué hora es?

Marta arranca la manta de mis manos con fuerza.

—No es hora de dormir, cielo. ¡Es story time! Y tu amiga Marta te actualizará con lo último de lo último en Grupo Innova.

Bufando me incorporo resignada, haciendo sitio para el culo generoso de Marta, que se desploma a mi lado hundiendo mi pobre colchón. Mientras me limpio las legañas con el dorso de la mano, ella me coloca su móvil a cinco centímetros de la cara, mostrándome imágenes de un tipo rubio que parece salido directamente de una portada de revista.

—¿Y quién es ese? —pregunto, parpadeando para enfocar mejor la imagen.

—Ese, mi querida amiga zombi, es Mateo Vega —anuncia con tono triunfal, y me encojo de hombros porque ese nombre no me suena

de nada—. ¡Ay, que no te enteras de nada! ¿Cómo puedes ser tan despistada? El nuevo jefe de mi departamento. ¡Han echado al imbécil de Alberto esta misma tarde y han puesto a este pedazo de vikingo en su lugar!

La excitación de Marta es tal que quiere convencerme mostrándome más fotografías. Pues a decir verdad no está nada mal, en cada una aparece más guapo que en la anterior: pelo rubio perfectamente despeinado, un cuerpazo y unos ojos azules tan claros que parecen irreales.

—Es el mejor amigo de tu nuevo jefe, por cierto —añade con una sonrisa maliciosa—. Al parecer, Guerra está haciendo una limpieza de personal y trayendo a su propia gente. Y doy gracias a todos los santos por ello.

En ese instante se me enciende la bombilla. Este es el mismo tío del club que compartía mesa con Xavier y que se puso de mi parte en nuestra discusión.

—Parece un tío majo —digo sin mencionar que le conozco.—¿Pero yo qué pinto en todo esto? —pregunto más despierta ahora.

Marta arruga el ceño.

—¿Qué dices, hereje? Tú sigues siendo una de las nuestras. Y tienes derecho a saber todo lo que se cuece en la oficina.

Vaya, menudo honor.

Veinte minutos después, estamos sentadas en la pequeña cocina con una botella de vino ya por la mitad. Naturalmente Marta no ha parado de hablar ni para respirar, describiendo con lujo de detalles cada aspecto de Mateo Vega: desde el acento ligeramente extranjero que tiene ("ha nacido en Noruega, Lucía, ¡en Noruega!"). hasta la forma en que se le marcaba el culo ("te juro que podría partir nueces entre esos glúteos").

—Y entonces me ha mirado directamente a los ojos —continúa, gesticulando con su copa—, y me ha dicho: "Señorita Ruiz, espero grandes cosas de su departamento". Y yo casi me derrito allí mismo.

Tras contarme con lujo de detalle todo lo que se ha cotorreado en la famosa cena de emergencia, solo tengo un veredicto para dar.

—Estáis las tres locas—sentencio riendo.

—De atar —admite Marta sin el menor atisbo de vergüenza—, y tú también lo estarías si le vieras y si no fueras tan mojigata.

Mojigata, vaya. Pienso en la ironía mientras doy otro sorbo a mi copa.
Oye, que esta mojigata a lo mejor comienza a hacer cosas que no las haría ni la más golfa . Pero me muerdo la lengua. Lo último que necesito es a Marta yendo a sermonear a Xavier por ser tan morboso con su ex cuñada.

—¿Sabes qué? —digo en cambio, levantándome para buscar otra botella—. Si el vikingo este está tan buenorro ¿por qué no te lo follas en vez de cotorrear tanto a sus espaldas?

A Marta casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Cariño, ¿de dónde has sacado tú esas formas?

Me encojo de hombros.

—Pues de ti, ¿de quién si no?

Capítulo 18

Entro al metro con el corazón a mil.

Andar con estas bolas metidas tan adentro es un alucine. Cada paso provoca un movimiento que me recuerda constantemente su presencia, como si llevara un secreto vergonzoso que nadie más puede ver pero que yo no puedo olvidar ni por un segundo.

“Quiero que pienses en mí en cada paso que des mañana", me había dicho Xavier ayer, ¡y vaya si lo estoy haciendo!

Eso sí, antes de salir de casa me encargué de borrar el historial de búsquedas porque busqué bolas chinas, sumisión sexual, BDSM, nalgadas… y no sé yo qué otra sarta de términos sexuales. Debo decir que lo que vi me chocó y me excitó a partes iguales.

En ese preciso momento el cielo decide que mi situación no es lo suficientemente complicada, y empieza a descargar un chaparrón sobre mi pobre cabeza. Y sí, soy lo suficientemente previsora para acordarme de meterme estas extrañas bolas de metal dentro de mi vagina pero no lo bastante para traer el paraguas.

—Perfecto —murmuro entre dientes, apretando el bolso contra mi pecho en un intento inútil de protegerme.

Para más inri camino como pato y la gente que me ve pasar comienza a mirarme por el rabillo.

¿Merece la pena morir de humillación?

Pues yo creo que sí.

La recompensa por mi descaro son unas cosquillas deliciosas que me obligan a detenerme y respirar para calmar mi excitación.

Aun así, cuando llego estoy completamente empapada por la lluvia. Mi blusa blanca se ha vuelto prácticamente transparente y mi pelo es un desastre absoluto. El segurata se apiada de mí al verme

entrar, debe de pensar que me he roto una pierna y que por eso cojeo de esta manera tan extraña.

—¿Día complicado, señorita Navarro? —me pregunta con una sonrisa amable.

—No tienes idea.

Humillada cojo el elevador a toda prisa y presiono la última planta. Durante los treinta segundos que dura el ascenso, intento arreglarme lo mejor posible. Es inútil, el espejo del ascensor me devuelve la imagen de una mujer que parece haber nadado vestida hasta la oficina.

Como siempre que llego a estas horas, la planta está desierta. Llamadme loca, pero a pesar de todo siento ansias de empezar con mis tareas del día. De manera que, al no verle, decido llamar a su puerta.

Xavier no tarda en contestar.

—Adelante.

Tomo aire antes de entrar, sintiendo un hormigueo de anticipación en todo el cuerpo. Al verle me quedo boquiabierta. Xavier va vestido de auténtico jefazo, con pantalones negros, camisa blanca, corbata de seda roja y chaleco gris. Su reloj de oro y sus gemelos brillan en la luz tenue de su oficina.

Madre mía, está para comérselo. Me ha tocado el jefe más atractivo del universo.

Esta vez no me hace esperar y levanta la mirada del ordenador en cuanto atravieso el umbral. Mientras avanzo con mi cojera, sus ojos oscuros me recorren de arriba abajo.

—Veo que has cumplido al pie de la letra con mis instrucciones —dice y no puede evitar su media sonrisa de chulo.

—Era mi tarea, no me ha dejado opción, señor—respondo, intentando mantener la dignidad a pesar de mi apariencia y de la incómoda situación.

—Siempre hay opciones, Lucía —dice mientras se levanta y rodea el escritorio para acercarse—. Simplemente has escogido la que más te interesaba.

Trago saliva y me sonrojo porque es verdad. Xavier se detiene frente a mí, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. No me toca, pero su presencia es tan abrumadora que es como si lo hiciera.

—Quítate esa ropa mojada —ordena con voz suave pero firme y abre un cajón para coger una toalla blanca perfectamente enrollada.

Mi pulso se acelera.

—Sí, señor —digo mientras me quito la blusa empapada desvelando el sujetador de encaje rojo. Al verme se relame los labios y me coge por el brazo guiándome hacia el sofá del área de reuniones.

—Y dime, ¿te ha gustado mi obsequio?

—Mucho, señor.

Con un gesto mudo me ordena sentarme sobre sus piernas. Carraspeo fingiendo mo entender la seña.

–¿Quiere que me siente allí, señor?

–Justo sobre mis piernas. Deseo oír tus experiencias de esta tarde con mi juguete mientras seco tu cuerpo.

–Vale.

Me aliso la falda antes de sentarme sobre su regazo. Es un gesto ridículo, lo sé, pero estoy tan nerviosa que ya no sé lo que hago.

–Relájate, pequeña–susurra en mi oído mientras pasa la toalla sobre mi pecho, rozando mis pezones con la tela de algodón provocando que se endurezcan y abulten. Entonces se detiene y me mira con avidez. Enseguida pellizca con suavidad mi pezón derecho, haciéndolo rodar deliciosamente entre su dedo índice y pulgar. Al instante echo mi cabeza hacia atrás y suspiro de placer. Él se ríe y añade–: Vaya, este es el que te hace correr.

Estoy flipando en colores porque lleva toda la razón. ¿Cómo narices ha adivinado que allí tengo más sensibilidad que en el otro pezón? Madre mía,¿tan transparente soy para él?

Entonces se lo lleva a la boca y no puedo evitar gemir mordiéndome los labios.

—Eres tan inocente —susurra con su voz de bajo—. Tan condenadamente sexi.

Se quita la corbata y sonríe de lado.

—Pobrecilla, debes haber estado imaginando mi verga dentro de ti durante todo el puto día.

Su sonrisa burlona es lo último que veo porque el muy cabrito coloca su corbata sobre mis ojos y la ajusta a la parte de atrás de mi cabeza con un tirón suave.

—¿Qué haces?

La oscuridad es absoluta y enderezo la espalda.

—Tranquila, nena. No hago más que elevar tu experiencia —susurra mordisqueando mi lóbulo derecho—. Cuando uno de los sentidos se bloquea, los otros se intensifican, ¿acaso no lo sabías?

Su jugueteo en mi oreja provoca un escalofrío que llega hasta mi bajo vientre. Sin poder ver, cada sonido, cada sensación se amplifica. El tictac del reloj de pared, el zumbido distante del aire acondicionado, el crujido suave de la tela de su chaleco, su colonia intoxicante y masculina…

Entonces suena el primer trueno allí fuera y la cristalera vibra con violencia. La lluvia arrecia y Xavier me abraza por la cintura deslizando sus manos entre mis piernas.

—Estoy listo para torturar tu jugoso coño.

Capítulo 19

Es increíble cómo unas simples palabras pueden reducirme a un estado de sumisión tan completo.

Obedezco sin pensar, tumbándome en el sofá y exponiendo mi sexo húmedo. Pero en cuanto separo mis muslos, recibo un suave azote en mis labios vaginales y echo la cabeza hacia atrás aullando como una loba. El sonido que sale de mi garganta ni siquiera parece mío, es primitivo, salvaje.

—Joder, nena, no sabía que estabas disfrutando tanto de las bolas chinas... —Una breve risa escapa de sus labios y yo levanto el culo para exponer aún más mi coño. Quiero su mano allí, necesito sus dedos, su boca, lo que sea.

—¿Deseas correrte? —pregunta, y puedo imaginar perfectamente la media sonrisa arrogante en su rostro.

—Sí, señor... Por favor, señor —suplico sin pudor alguno.

—Sabes muy bien que no te lo permitiré —su voz se vuelve más dura, llena de autoridad—. Quiero que me expliques cómo has llegado hasta aquí con el juguete que he puesto dentro de ti...

Un escalofrío me recorre cuando siento sus dedos buscando el cordón que une ambas bolas. Cuando lo encuentra tira de él sin miramientos, provocando que las esferas se muevan dentro de mí rozando todos mis puntos sensibles. Gimo sin poder contenerme.

—Venga, pequeña. cuéntamelo todo, no seas tímida —insiste, enrollando el cordón alrededor de su índice, jugando, tirando con sadismo para crear una presión constante, casi insoportable.

De inmediato comienzo a balbucear como si estuviera ebria.

—Desde que me ordenaste ponérmelas anoche que no me las he quitado… —jadeo mientras siento cómo gira su muñeca, haciendo

que las bolas roten dentro de mi canal—. Las he sentido cada maldito minuto.

—Y dime, ¿estabas tan mojada como ahora cuando te las metiste? —susurra cerca de mi oído, su aliento caliente acariciando mi cuello.

—Sí, señor. En cuanto vi su mensaje obligándome a hacerlo, mojé mis braguitas.

—Eso es, eres una buena sumisa.

Sus dedos acarician mi clítoris inflamado con movimientos circulares y a la vez mantiene la tensión en el cordón de seda. El contraste entre la presión interna de las bolas y la caricia externa me tiene al borde del colapso.

—¿Y es verdad que luego te subiste al metro repleto de gente sabiendo que yo era el único que conocía tu pequeño secreto?

Me estremezco recordando esa media hora que pasé sentada frente a todos aquellos hombres, mientras sentía el juguete sexual moverse con cada cambio de posición, con cada respiración profunda.

—Cada vez que cruzabas las piernas —murmura Xavier, ahora tirando muy lentamente del cordón, haciendo que sienta cómo la primera bola que busca salir presiona contra mi entrada—, pensabas en mi polla gorda empujando dentro de ti…

La primera esfera emerge parcialmente, estirando mis músculos internos, para luego volver a deslizarse dentro cuando Xavier afloja la tensión. El movimiento envía oleadas de placer que me hacen arquear la espalda.

—Xavier... —gimo, incapaz de formar pensamientos coherentes.

—Señor—me corrige al instante mientras aumenta la frecuencia de sus movimientos—. Dime qué sentías al tener mi polla dentro — exige con su voz de mando y rota las bolas con un giro de muñeca que me hace ver las estrellas.

—Me... me volvía loca —confieso entre suspiros entrecortados—. Deseo tanto que estés dentro de mí... oh, Dios... nunca deseé tanto

algo como deseo tu polla ahora mismo.

La segunda bola comienza a deslizarse hacia afuera hasta que finalmente sale dejándome vacía.

—Por favor —suplico arqueando mi espalda.

—Por favor, ¿qué?

—¡Déjame correrme! —suplico, sintiendo cómo el sudor perla mi frente bajo la seda de su corbata.

—Oh no, nena, sabes muy bien que no te lo has ganado todavía —responde, dejando que la segunda bola vuelva a deslizarse dentro de mí con un movimiento fluido que me arranca un gemido desesperado—. Pero me gusta cómo lo pides, así que haré algo al respecto.

Sus dedos regresan a mi clítoris, ahora más exigentes, mientras con la otra mano alterna entre tirar del cordón y aflojarlo, creando un ritmo enloquecedor que me mantiene constantemente al borde.

—Ya te habrás dado cuenta de que soy muy posesivo con mis sumisas.

Odio que use el plural, pero no digo nada sobre aquello y me limito a asentir con la cabeza.

—Quiero escucharte decir quién es tu dueño. Dime, nena, ¿a quién perteneces?

—A mi amo —gimo sintiendo los espasmos en mi coño hinchado.

—¿Y quién es tu amo?

—Xavier… Xavier Guerra.

—Así es pequeña. Lo soy. Siempre lo he sido. Por eso quiero que veas algo.

Abro los ojos bajo la venda, pero todo es oscuridad. Xavier se toma su tiempo Tras aflojar y quitarme la corbata de la cara, parpadeo varias veces hasta que al fin consigo enfocarle. Bajo la luz blanca de los relámpagos que iluminan el despacho con intermitencia, Xavier

abre los botones de su camisa, uno por uno hasta quitársela. Es la primera vez en años que le veo en cueros y me estremezco. No luce en absoluto como le recordaba.

Su torso desnudo, antes limpio, ahora está cubierto de tatuajes. Líneas negras sobre sus grandes músculos trazando dibujos tribales y símbolos que desde aquí me resultan imposibles de descifrar. Contengo el aliento pues su cuerpo es aún más impresionante de lo que era dos años atrás.

Repaso boquiabierta su abdomen perfecto con tableta y una uve que se pierde debajo de la cinturilla del pantalón. Entonces su mano baja para trabajar sobre los botones de su bragueta hasta que consigue liberar su gran polla palpitante…

Madre mía, esto es demasiado.

Un impulso animal se apodera de mí. Quiero tocarle y lamerle. Me dejo llevar y lo hago, me arrodillo para besar esa tableta de delicioso músculo con mi lengua y con mis dientes.

Pero mi arrebato dura apenas unos segundos porque siento que su mano me coge del cabello y tira de mí lo suficiente para separarme de su cuerpo. Suelto un gemido de frustración y le fulmino con una mirada de reproche.

¿Por qué tú puedes jugar conmigo y yo no puedo jugar con su cuerpo? ¡No es justo!

—Niña mala, no sabes estarte quieta, ¿eh?—su voz tiene un punto inconfundible de malicia—. Tú no tienes la culpa de sentir esos impulsos, pero es mi deber enseñarte a controlarlos. Si quieres comerte mi polla, antes debes suplicar por el privilegio.

Vale, a estas alturas suplicar se me da bastante bien. De manera que aclaro mi garganta y señalo su enorme polla con un gesto de la barbilla.

—Señor, por favor, ¿me permite ayudarle con eso?

Su gruñido de placer me indica que he dicho justo lo que esperaba oír.

Vaya, creo que al fin estoy aprendiendo a jugar este juego.

Deslizando una mano por su vientre plano, mi jefe agarra su pene por la base y hace un gesto para que me acerque a él.

—Tienes mi permiso, nena.

Capítulo 20

Xavier se ha parado justo delante de los grandes ventanales. Estoy consciente de que aun cuando la lluvia continúa golpeando el vidrio con furia, cualquiera desde alguna de las ventanas de enfrente podría vernos.

A decir verdad en estos momentos esa posibilidad me importa un pito.

Lo quiero ahora mismo, maldita sea.

Decidida me pongo a cuatro patas y gateo en dirección a mi jefe, sin dejar en ningún momento de mirarle a los ojos, hipnotizada por su maldita aura de poder.

Se me hace la boca agua al ver la manera en que acaricia su polla, haciendo que crezca aún más, pulsante, roja e hinchada como no he visto ninguna otra.

Al llegar junto a él gimo con anticipación. Enseguida me arrodillo y aproximo mi rostro a su entrepierna, aspirando el delicioso aroma de su piel, humedeciendo mis labios en preparación para lo que viene.

Xavier está tan excitado como yo, lo sé porque, entre otras cosas, hay líquido preseminal coronando su glande. *Madre mía, es enloquecedor.* No me sorprende que mi bajo vientre duela con necesidad ni que mis pezones pujen contra el encaje de las copas del sujetador.

Una vocecilla en mi interior me advierte que esto es una locura, que estoy cruzando una línea que nunca debí considerar atravesar. Pero cuando le rozo apenas con la punta de mi lengua y él gruñe afirmando sus piernas en el suelo y colocando una mano ávida sobre mi cabello, todas mis dudas desaparecen.

—No sabes cuánto tiempo llevo imaginando este momento —murmura, su voz más profunda que nunca.

Sin que me lo pida, me bebo su líquido preseminal. Su sabor salado me pone tan caliente que vuelvo a lamer en busca de más. Mi jefe no me quita de encima los ojos oscurecidos por el deseo y me coge más fuerte del cabello.

—Buena chica… Ahora mételo todo en tu boca.

Le obedezco al instante y él me guía con firmeza empujando mi cabeza hacia sí. Abro mi boca dejando entrar en mí su grueso pene. Intento respirar por la nariz mientras me lo trago con mucha lentitud. Justo antes de atragantarme él me lo quita y me deja recuperarme durante un segundo antes de volver a empujarlo dentro de mí, obligando a que mi lengua envuelva su tronco. De esta manera tomo control de su pene cogiéndolo con las dos manos y succionando con fuerza. Al ver mi total dedicación él lo suelta y aprovecha sus dos manos libres para coger mi melena en dos puñados.

Lo chupo siguiendo un ritmo lento y sensual. Su respuesta es inequívoca: mis caricias le ponen a cien. Le delatan sus piernas temblorosas y su polla palpitante, que se pone tan dura en mi boca que hasta puedo sentir con mi lengua el contorno de sus venas repletas de sangre.

La imagen es absurdamente erótica: yo, de rodillas en el suelo de su despacho, con mi falda de tubo subida hasta mi trasero, llevando solo el sujetador, y mis labios rodeando la enorme polla del hermano mayor del imbécil que hace dos años arruinó mi vida.

La excitación de ambos llega a un punto en que Xavier comienza a respirar por la boca con agitación y comienza a follar mi boca con poderosos embates de sus caderas. La manera en que me sujeta y me lo hace no hace más que aumentar mi excitación.

Dios santo, admiro su descaro para follarme la boca en toda regla. Su polla sabe *realmente* deliciosa, pero lo que quiero ahora es beberme su semen hasta dejarle seco.

Pronto el ritmo se vuelve frenético. Mi saliva cubre su miembro y me lo trago hasta donde puedo, aguantando la arcada para que él pueda obtener su placer.

—Joder, Lucía...

Sé que está por venirse, y para asegurarme de que lo haga extiendo una mano y comienzo a acariciar sus pelotas. Xavier me lo agradece explotando dentro de mí con un reguero de semen caliente que trago ávidamente. Gruñe mientras me sujeta con firmeza y se vacía por completo dentro de mí.

Siento un orgullo inesperado en ser capaz de complacerle de esta manera. Respiro agitada mientras advierto que mi propio flujo se escurre.a lo largo de mis piernas, pringándolo todo.

Me lo estoy gozando tanto como él, y Xavier lo sabe. Al quitarme su polla de la boca me ordena:

—Venga, nena, límpialo todo, hasta la última puñetera gota.

Obedezco como una buena sumisa. Primero saco mi lengua y la uso para limpiar los restos de su glande, y luego bajo por el tronco hasta la base, recogiendo cada gota de semen que ha escapado a mi succión.

Solo una vez que he cumplido con mi tarea, descanso sobre mis talones sin abandonar mi posición de rodillas, esperando con ansia su siguiente orden.

Capítulo 21

Xavier conduce con la mirada fija en la carretera.

—Ha sido una noche interesante —me aventuro a decir con un gesto en dirección a las calles inundadas.

Xavier apenas gira la cabeza, sus ojos negros brillan un instante bajo las luces del semáforo en rojo.

—Lo ha sido —responde con sequedad, y vuelve a sumergirse en ese mutismo que ahora parece su estado natural.

Serás idiota, Lucía , me digo porque al parecer no tengo idea acerca de cómo comportarme con él fuera de nuestras sesiones. No vuelvo a intentarlo. ¿Cómo tener una conversación normal con un tío así?

Recuesto la cabeza contra el asiento de cuero que huele exactamente como él y cierro los ojos durante un momento. Aún llevo su juguete sexual dentro. *¿Se supone que eso debería invalidar cualquier intento de conversación "vainilla"? No lo sé.*

Suelto un bufido de frustración sin importarme que él pueda oírme.

Cuando el coche se detiene frente a mi portal, siento una mezcla de alivio y decepción. No sé qué esperaba de esta despedida. ¿Unas palabras de cariño? ¿Un beso? ¿Una promesa? ¿Simplemente que me palmee la espalda como haría un amigo y me asegure que todo va a estar bien?

Tonterías.

—Gracias por traerme —digo, y me odio un poco por lo formal que sueno.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, su mano se cierra sobre mi muñeca. El contacto repentino envía una descarga de calor por todo mi cuerpo. Me giro para encontrarme con su mirada, ahora intensa y presente de una manera que no lo había estado durante todo el viaje.

—Espera un minuto —dice, y suelta mi muñeca para buscar algo en el bolsillo interior de su americana.

Saca un sobre blanco, sin marcas, y lo extiende hacia mí.

—Guárdalo bien —me ordena más que me sugiere—. Te lo mereces.

No me atrevo a preguntar qué contiene.

—Xavier… esto… solo quería decirte que lo he pasado muy bien contigo…

—Buenas noches, Lucía —me corta sin dejarme terminar.

Jo, eso ha sido borde por demás. Y yo soy una idiota por tratar de comportarme como su novia y no como su empleada barra sumisa.

Salgo del coche completamente humillada y echo una carrerita hasta el portal. Por supuesto, me empapo de todas maneras.

De pie, aún con la llave en la cerradura, escucho cómo ruge su deportivo al salir pitando. Decido no girarme para verle.

Que le jodan.

Al entrar en la sala Marta me espera sentada en el sofá con expresión de madre preocupada. Tiene una copa de vino a medio terminar sobre la mesita y el ceño fruncido en un gesto que conozco demasiado bien.

—Joder, cariño, ¿tan difícil es mandar un puto mensaje para avisar de que no te han raptado?

Ah, hogar dulce hogar.

Dejo caer las llaves en el cuenco de la entrada e intento componer una sonrisa despreocupada.

—No me dejan usar el móvil en el trabajo —me excuso, consciente de lo débil que suena aquello.

—¿En serio? Vaya freak. ¿Es tu jefe o tu padre? —pregunta con incredulidad—. ¡Son casi las tres de la mañana! ¿Sabes cuántas veces he llamado a tu móvil?

Reviso mi teléfono: veinte llamadas perdidas. *Jolín.*

—Lo siento, es que estaba... realmente ocupada.

Marta entrecierra los ojos, evaluándome de arriba abajo. Sé exactamente lo que está viendo: mi pelo revuelto, mis labios hinchados, esa mirada ligeramente vidriosa que delata más que cualquier palabra.

—Estabas con él, ¿verdad? —no es realmente una pregunta—. Te estás follando a tu jefe.

Cara de póker. No se lo pienso admitir. Además, técnicamente no hemos follado. Solo hemos hecho cosas sucias de sumisa y dominante.

—Necesito una ducha, estoy hecha polvo —digo, evitando su mirada—. Hablamos mañana, ¿vale? Estoy agotada.

Veo que Marta aprieta los labios.

—Lucía...

—Por favor, Marta —pido en tono de súplica—. Te lo contaré todo, pero ahora mismo no me apetece.

Algo en mi tono debe convencerla, porque asiente a regañadientes.

—Vale, pero mañana no te libras.

Ya en el cuarto de baño abro el grifo y dejo que suba el vapor. Con dedos temblorosos saco el sobre de mi bolso y al ver un montón de billetes de color morado se me hace un nudo en el estómago. Incrédula los cuento, son diez.

Madre mía, cinco mil euros…

Me llevo una mano a la boca.

El capullo me ha pagado como si fuera una puta.

Me dejo caer sobre el váter dándole vueltas a la cabeza. *¿Qué significa esto? ¿Es así como él ve lo que hacemos? ¿Como un servicio a cambio de dinero?*

Vuelvo a meter el dinero dentro del sobre y me meto bajo el chorro caliente, pero el agua puede limpiar la sensación de suciedad que me invade.

Al día siguiente, entro en su despacho sin llamar. Llevo el sobre en mi bolso y una determinación férrea en la mirada.

—Necesito hablar contigo, Xavier—anuncio, cerrando la puerta tras de mí.

Él levanta la vista de su ordenador, su expresión tan difícil de leer como siempre. No parece sorprendido por mi irrupción.

—Señorita Navarro —dice con ese tono formal que ahora me parece una bofetada en plena cara—. ¿En qué puedo ayudarla?

Sin mediar palabra arrojo el sobre encima de su escritorio.

—No puedo aceptarlo. Creo que te has confundido, yo no soy...

—Siéntate —me interrumpe, señalando con calma la silla frente a él —. Lo último que necesito es una empleada con ataques de ansiedad.

—Estoy bien de pie.

—Siéntate —insiste, y esta vez no es una sugerencia.

Obedezco, odiándome por hacerlo.

—No soy ninguna puta, Xavier —digo directamente—. Tampoco soy simplemente “tu empleada”. Bueno, técnicamente sí lo soy, pero… esto… ¡tú ya sabes!

—Lucía, sé perfectamente lo que eres y lo que no eres —me corta con voz suave pero firme—. El dinero forma parte de todo esto. Es mi forma de recompensar a mi sumisa. Digamos que me pone hacerlo de esta manera. Considéralo una señal de tu progreso rápido, no un pago por un servicio.

—Creí que habíamos establecido claramente los términos de nuestra relación.

—Si no lo aceptas, no podemos continuar —sentencia, empujando el sobre de vuelta hacia mí—. Es parte de lo que soy, de cómo funciono. Me aceptas o me dejas. No me gustan las medias tintas.

—Vale, si ese es tu modo de operar —cedo finalmente, tomando el sobre—. Pero sigo pensando que es demasiado, ni siquiera sé cómo agradecerte.

Su mirada se oscurece peligrosamente a la vez que se pone en pie.

—Usa tu imaginación —sugiere, y su voz ha bajado una octava, adoptando ese tono increíblemente sexi que hace que mis rodillas se debiliten.

Sin pensarlo, me acerco a él rodeando el escritorio. Me pongo de puntillas para alcanzar sus labios con mi boca. Siento que traga saliva y hasta puedo ver su nuez de Adán subiendo y bajando a lo largo de su garganta. Con un suspiro desvía su rostro para evitarme y en ese momento me siento la mujer más estúpida del universo.

—Sin besos.

El rechazo escuece y me sobreviene el recuerdo del beso en la finca familiar de Toledo. Tan intenso y hambriento, tan peligroso… Aquella tarde fue la primera vez que sentí que me follaban con la lengua, con los labios, con los dientes, apoderándose de mi boca con una pasión imposible de disimular…

¿ Ahora me vienes con que no besas?

—Estás de broma, ¿no? —le espeto mirándole directamente a la cara. —¡Hace dos años, cuando salía con tu hermano, sí que me besaste sin pensártelo dos veces!

Xavier me mira sin inmutarse.

—No, tú me besaste. Yo solo me dejé llevar.

Cabreada levanto una ceja.

—¿Siempre quieres ser el guay, a quien todo le suda la polla? ¡Pues púdrete!

—Cuida tus palabras—me advierte con tono helado—. Me estás desobedeciendo. Otra vez.

Me alejo unos pasos, aumentando la distancia entre nosotros y avergonzada por mi comportamiento desvío la mirada hacia la punta de mis zapatos. *Es verdad, fui yo la que inició aquel beso. Pero no entiendo por qué tiene que actuar como si no me deseara cuando es evidente que lo hace.*

Xavier vuelve a tomar asiento frente a su ordenador y centra su atención en la pantalla.

—Por cierto, hoy no habrá sesión, estoy demasiado ocupado para ello. Puedes regresar a casa.

Me quedo de piedra pues no esperaba esta clase de castigo. No he venido hasta aquí en vano. Antes de poder detenerme estallo furiosa.

—¡Vete tú a tu casa si quieres! ¡Yo no pienso regresar a la mía! Es jueves por la noche, ¿sabes? Hay otros sitios más interesantes dónde ir.

—Lucía, no me provoques.

Aunque en ningún momento eleva la voz, el tono helado de mi jefe no deja lugar a dudas, está cabreadisimo. Me cruzo de brazos, suelto una bocanada de aire y hasta creo que sin darme cuenta he puesto morritos

Vale, vale, lo acepto. Estoy haciendo un berrinche. Debería comportarme como la mujer adulta y profesional que me jacto de ser, pero es que este tío me supera.

—Insultarme solo conseguirá que acabemos dejándolo. Yo no quiero que ocurra eso, ¿tú?—me mira fijamente a los ojos y me remuevo incómoda en el sitio, sintiéndome culpable por actuar como una niñata.

—Tampoco.

—Entonces tómate esta noche para recapacitar. Si tú quieres más de mí, debes ganártelo a pulso.

Bajo la cabeza con la mirada perdida en el suelo. Me he vuelto a desinflar y me odio por eso. *Mierda, hoy lo he hecho fatal.*

—Sí, quiero más de ti —susurro al fin levantando la barbilla y obligándome a mirarle a los ojos —Solo dime qué debo hacer para obtenerlo.

Capítulo 22

—¿Me dices que se niega a besarte y que aún no te ha follado como Dios manda? Menudas red flags.

Marta me mira con esa expresión que solo ella tiene, una mezcla entre indignación y preocupación maternal que me hace sentir como una adolescente pillada fumando a escondidas.

—Evidentemente—prosigue como si fuera Sherlock Holmes resolviendo un caso—estamos pisando territorio desconocido. Si un hombre tuviera el morro de hacerme lo mismo, puedes estar segura de que le mando a tomar por culo y no vuelve a tocarme un pelo—sentencia Marta, moviendo su copa de vino tinto con indignación.

Sentada a su lado, suspiro con la cabeza entre las manos.

—Ya lo he intentado, pero no ha resultado. Soy su sumisa, no su ligue de fin de semana —respondo, sintiendo cómo las palabras salen de mi boca con una naturalidad que me sorprende incluso a mí misma.

Marta pone los ojos en blanco tan exageradamente que temo que se le queden atorados en el cráneo.

—Chica, que es el siglo 21. ¡Tú no eres la sumisa de nadie, menos la de tu jefe!

—No se trata de eso. Es solo un juego sexual —intento explicarle, aunque sé que para Marta, la reina de las relaciones sin ataduras, esto suena a chino.

—¡Juego sexual mis cojones! ¿Hacer que te arrastres como un gusano por un puñetero beso? ¡Eso es manipulación en mi pueblo y en la China! —espeta, dejando la copa sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Interesante, creo que tenemos una nueva mojigata en la casa —sonrío pinchándole—. ¿Quién lo hubiera dicho? La misma que se ha

acostado con tres tíos en un día ahora da lecciones de moral.

Marta entrecierra los ojos.

—No te confundas, Lucía. No es mojigatería. Es sentido común. Una cosa es follar con quien te dé la gana y otra muy distinta es permitir que un tío te trate como a un juguete. ¿Te das cuenta de que te está controlando? ¿Que te está negando cosas básicas con el único propósito de tenerte enganchada?

Siento un pinchazo de duda, pero lo aparto rápidamente de mi mente.

—Lo que me está dando es más placer del que he sentido en toda mi vida —confieso, bajando un poco la voz—. Y sí, me frustra mucho que no me bese, pero... es parte del juego. Hay reglas.

—¿Reglas? —Marta suelta una carcajada seca—. ¿Y quién pone esas reglas? ¿Tú? ¡No, él! Siempre él. ¿Te has parado a pensar que quizá no te besa porque no quiere involucrarse emocionalmente? Los besos son íntimos, Luci. Mucho más que meterte los dedos o que se la chupes.

Su crudeza me golpea como un puñetazo en el estómago. Claro que lo he pensado, le he dado un millón de vueltas al asunto cada vez que apoyo la cabeza en la almohada.

—Puede que tengas razón —admito finalmente—. Pero hay algo entre nosotros, algo que no puedo explicar. Cuando estoy con él, siento que... —me detengo, buscando las palabras—. Siento que estoy exactamente donde debo estar.

Marta suspira profundamente y alarga el brazo para cogerme la mano.

—Escúchame bien, porque solo lo diré una vez. Si esto es lo que quieres, si de verdad te hace feliz, no seré yo quien te juzgue. Pero prométeme que tendrás cuidado. Ese hombre tiene poder sobre ti, no solo en la cama sino también en el trabajo. Y los Guerra no tienen precisamente fama de ser hombres sensibles y considerados.

—Lo sé —respondo, apretando su mano—. Pero él no se parece en nada a Iñaki. Son el agua y el aceite.

—Ya veo, al otro le daba morbo poner los cuernos y a este dar latigazos. No te fíes, cariño, son hermanos de sangre, de algún sitio han sacado esas manías.

Aunque duela admitirlo, mi amiga tiene un punto. A lo mejor soy demasiado estúpida y sigo cayendo una y otra vez en la misma trampa.

—Tendré cuidado, te lo prometo.

—Y por el amor de Dios, si vas a seguir con esto, al menos ponte un límite. Si en un mes no te ha besado o follado como es debido, le mandas a la mierda. ¿Trato hecho?

Sonrío a pesar de mí misma.

—Trato hecho.

—Bien —dice Marta, recuperando su copa—. Y ahora cuéntame más sobre esas bolas chinas, porque tengo que reconocer que eso sí me ha puesto un poco celosa.

Capítulo 23

De nuevo voy tarde, vaya novedad.

Esta vez la excusa es que no oí el despertador y tuve que salir pitando para coger el metro. Estos horarios chinos me están desconfigurando la vida.

Entro al edificio a toda pastilla consultando el reloj. Casi las ocho. Mierda. El vestíbulo está desierto excepto por el segurata que sonríe al verme desde su puesto. *Oh no, a la legua puedo ver que tiene intención de darme la lata, no hay tiempo para eso.* Apuro el paso aún más y pongo cara de que me hago encima.

—Buenas noches, señorita Navarro. Cada vez más tarde ¿eh?

Le devuelvo una sonrisa tensa.

—Ya sabes, hora punta y todo eso.

El hombre asiente comprensivo mientras paso mi tarjeta por el lector. El pitido de aprobación resuena en el silencio del vestíbulo.

—He oído que el señor Guerra sigue arriba desde esta mañana, pobre hombre vive para trabajar.

¡Vaya cotilla !

Le dedico una última sonrisa forzada y avanzo hacia los ascensores apurando el paso. Los últimos días han sido duros, interesantes pero duros. Ser sumisa no es para cualquiera. Xavier me ha dicho que se me da como a muy pocas. Que otra en mi lugar ya se habria marchado con la voluntad quebrada. ¿En serio? ¿Y perderse los orgasmos de magnitud 9 en la escala de Richter? Porque no nos engañemos, son esos orgasmos que me da los que me hacen regresar a por más como una yonqui.

Pulso el botón y tras unos segundos que parecen interminables las puertas del ascensor finalmente se abren y mi corazón da un vuelco.

Xavier está alli de pie, esperando a por mí. Se pasa una mano por el pelo y niega con la cabeza.

—Te has demorado una puta eternidad. ¿Sabes lo que significa esperar así de empalmado?

Le veo cogerse el paquete con una mano y trago saliva porque nunca he visto una erección tan monstruosa.

Avanzando decidido hacia mí me empuja de vuelta al interior del ascensor. Las puertas automáticas se cierran y, mientras comenzamos a bajar, él de inmediato comienza a meterme mano.

No es el Xavier Guerra que ve el resto del mundo. No es el CEO implacable con trajes impecables y expresión inescrutable. Este Xavier tiene el nudo de la corbata deshecho, los primeros botones de la camisa abiertos revelando parte de su pecho cubierto de vello oscuro y tatuajes de aspecto siniestro, y su espeso cabello negro luce revuelto de la forma más sexi posible.

Pero lo que realmente me acojona son sus ojos. Esa mirada oscura, atormentada y voraz.

—Quítate esa puta ropa antes de que te la arranque—ordena con ese tono autoritario que hace que mis rodillas tiemblen.

Obedezco sin pensar, como si mi cuerpo respondiera a su voz antes que a mi cerebro. Me quito todo menos los tacones. Sin quitarme los ojos de encima, Xavier extiende la mano hacia el panel de control y presiona el botón de parada de emergencia.

El ascensor se detiene con una sacudida que me hace tambalear.

Retrocedo instintivamente hasta que mi espalda choca contra la pared de espejos. Antes de que pueda procesar lo que está ocurriendo, Xavier coloca sus manos a ambos lados de mi cabeza, acorralándome. En un movimiento fluido me alza en vilo y me embiste con furia apenas contenida. Doy un grito al sentir su enorme polla dentro de mí.

—¿Qué haces? —balbuceo.

—Follarte a pelo y bien duro. Así es como le gusta a mi sumisa, ¿verdad?

Abro los ojos como platos y me agarro de su espalda con las uñas.

—Sí, señor… —gimo y arqueo la pelvis para permitir que entre aún más profundo. Mi coño se contrae a su alrededor y eso parece estimular aún más su pasión.

—Tan jodidamente estrecha—gruñe contra el lóbulo de mi oreja.

Jadeo mientras me muevo a la par con él. Me gira para inmovilizarme contra la otra pared del ascensor, la que no tiene espejo, y me embiste como un toro salvaje, sujetando mis caderas con ambas manos y haciéndome chocar contra la pared con cada embestida. La manera en que me folla no es nada suave. Bruto y posesivo, el cabrón sabe exactamente lo que hace y mi cuerpo responde a él.

—He estado pensando en ti todo el día —sisea agitado y furioso, su aliento cálido acariciando mi rostro—. No me dejas concentrarme en nada más, ¿sabes?

Rasguño su espalda sintiendo sus pelotas golpear contra mis glúteos en cada arremetida. Sus movimientos son frenéticos y grito como una posesa.

—¡Damelo todo!—suplico.

Lo que sigue es pura adrenalina. Su brusquedad aumenta haciéndome daño. En lugar de pedirle que se detenga, arqueo mi espalda y sacudo mis caderas buscando ese dolor tan placentero. Su violencia ha encendido algo primario dentro de mí que no puedo detener.

Su boca muerde mi cuello y aúllo sin control. Me tiene aplastada contra el metal frío y puedo sentir cómo el ascensor se sacude con nuestros vaivenes salvajes.

—Córrete en mi polla, ¡córrete maldita sea!

Su ritmo se acelera y nuestros cuerpos chocan sin tregua. Mi cuerpo obediente se contrae a su alrededor con espasmos violentos y

tiemblo entre sus brazos mientras todo lo que parece estar contenido dentro de mí se suelta y fluye hacia fuera en todas direcciones.

Gimo, y aúllo, y lloriqueo también, como una loca desatada. Es una liberación total. Pura sensación. Un sentimiento inigualable.

Cuando Xavier al fin explota puedo sentir su semen caliente invadir el interior de mi vientre. Me aprieto contra él y esto provoca aún más sensaciones y me vuelvo a correr haciendo otro escándalo de proporciones.

Dios mío, nunca me he corrido de esta manera echando un polvo.

Jadeo agitada abrazándole, mi frente llena de sudor pegada a la suya, mientras él vuelve a depositarme en el suelo del ascensor.

—Ha sido una pasada—consigo articular. De pronto recuerdo dónde estamos y abro los ojos—. Jolín, ¿qué pasa si alguien...?

Xavier coloca un dedo sobre mis labios, silenciándome.

—No hables a menos que te lo ordene. Solo siente.

Cierro los ojos y me dejo invadir por esa gloria tras el clímax más intenso de mi vida.

—Gracias, señor —repito sonriente.

Xavier deposita uno de sus besos castos sobre mi frente, y luego me acaricia la mejilla con su mano áspera.

—De nada, pequeña.

De repente, las luces del ascensor parpadean antes de apagarse por completo. Nos quedamos en penumbra, solo iluminados por la tenue luz de emergencia. El súbito cambio me sobresalta, pero Xavier no se inmuta.

—No te preocupes —susurra apretando mi mano—. Llamaré a seguridad. Ve arreglándote mientras tanto.

Pero en el momento en que me estoy subiendo de nuevo la falda oímos voces justo arriba de nosotros y lo que parece ser el ruido

metálico de alguien manipulando la escotilla superior del ascensor.

Xavier y yo nos miramos en la penumbra, un breve instante de reconocimiento.

Nos han pillado.

Apenas tenemos tiempo de recuperar algo de compostura cuando el techo del ascensor se abre y dos potentes haces de luz nos iluminan desde arriba.

—¿Están bien ahí abajo? —pregunta una voz masculina.

Dos bomberos, con cascos y uniformes rojos, asoman sus cabezas por la abertura. Sus linternas nos recorren, revelando lo que sin duda es una escena bastante obvia para cualquiera con doa dedos de frente: estos dos acaban de follar.

—El guardia nos ha avisado de que estabais en problemas —explica uno de ellos, intentando mantener un tono profesional a pesar de la evidente situación.

Xavier, recuperando su compostura habitual con una velocidad que me resultaría cómica en otras circunstancias, adopta su tono de cabreo habitual.

—No necesariamente. Lo siento, chicos, tenemos un guardia que es un poco propenso a exagerar. La señorita y yo estamos bien. Ya habréis sacado vuestras propias conclusiones, así que solo os pido discreción.

El jefe de bomberos, un hombre mayor con expresión de haberlo visto todo en la vida, asiente comprensivamente.

—Seremos discretos, pero por favor búsquense una cama la próxima vez.

Lanzo una mirada mortificada a Xavier, quien, sorprendentemente, parece encontrar la situación divertida.

El resto de la sesión transcurre en un borrón de sensaciones intensas. Xavier, como si el polvo en el ascensor le hubiera

energizado, se entrega a nuestra rutina nocturna con una concentración casi obsesiva.

Horas más tarde, cuando finalmente salimos de las oficinas, insiste en llevarme a casa. El reloj del salpicadero marca las 00:40 am.

El silencio entre nosotros no es incómodo como otras veces, pero está cargado de algo que no puedo nombrar. De vez en cuando, siento su mirada sobre mí, pensativa pero intensa, incluso en la penumbra del coche.

A mitad de camino hacia mi piso, el coche gira inesperadamente haciendo una salida no prevista.

—¿Qué haces? —pregunto, súbitamente alerta.

—Ya lo verás.

El deportivo se detiene en el parking subterráneo de lo que parece ser un restaurante de comida rápida. Las luces tenues iluminan apenas el espacio, las columnas de concreto del parking crean sombras alargadas entre los pocos coches aparcados a esta hora.

Xavier apaga el motor y se gira hacia mí. La intensidad de su mirada me deja sin aliento.

—No he terminado contigo esta noche —dice con voz ronca, y algo en su tono hace que mi pulso se acelere.

Miro a mi alrededor. No me imagino teniendo sexo en un coche deportivo, pero lo cierto es que antes de esta noche tampoco imaginaba tener sexo dentro de un ascensor.

—Demasiado poco espacio, ¿no te parece? —intento bromear, pero mi voz suena temblorosa incluso a mis propios oídos.

—Funcionará.

Sin más palabras, se desplaza al asiento trasero con una agilidad sorprendente para un hombre de su tamaño. Con un gesto silencioso me indica que lo siga.

Xavier oprime un botón y la capota comienza a plegarse. Enderezo la espalda, miro hacia arriba y sonrío.

–Vaya, lo tienes todo bien pensado.

Xavier rie.

–No, nena, solo me dejo llevar por la inspiración del momento.

Se tumba en el asiento trasero, y con un gesto imperioso, me indica que me acerque.

—Esta vez te toca a ti. ¿Te apetece cabalgarme? —murmura, y por primera vez desde que comenzó este juego entre nosotros, siento que me cede una pequeña parte del control.

—Muero de ganas, señor.

La sensación es tan nueva, tan inesperada, que me quedo momentáneamente paralizada. Xavier, siempre tan dominante, tan autoritario, permitiéndome tomar las riendas…

Es un costado de él que nunca antes había vislumbrado.

—No me hagas arrepentirme, pequeña —advierte con un brillo travieso en los ojos que contradice su tono severo.

Nunca he hecho esto en un coche, y mucho menos en un sitio tan expuesto como un parking público. La adrenalina de la posible exposición me pone tanto como ver su polla dura y hambrienta esperando a por mi.

Con movimientos deliberadamente lentos, me coloco a horcajadas sobre él, permitiéndome disfrutar de mi recién otorgado poder. Por primera vez, tengo la oportunidad de observarle desde arriba, de estudiar cada línea de su rostro. Y joder, es un hombre tan guapo que duele.

Al principio establezco mi propio ritmo, lento y cadencioso, ajustándome gradualmente a su miembro, observando con fascinación cómo su autocontrol legendario comienza a resquebrajarse con cada ondulación de mis caderas. Sus manos se dispara hacia mis pechos y pellizcan mis pezones erectos. Le dejo jugar con ellos hasta que siento una presión insoportable crecer en mi vientre.

Gimo enloquecida y él me cubre la boca con una mano.

—Sin gritos esta vez.

Continúo balanceando mi cuerpo sobre el suyo y sus manos se aferran a mis caderas con fuerza suficiente para dejar marcas. Aun así me permite mantener el control del ritmo, que lo mantengo lento y cadencioso haciendo que mi coño tiemble alrededor de su polla de una manera deliciosa.

Es muy diferente a nuestros encuentros anteriores. Hay una intensidad que trasciende lo físico, una comunicación silenciosa que ocurre a través de miradas y suspiros. Xavier nunca aparta sus ojos de los míos, como si quisiera memorizar cada expresión, cada reacción.

A pesar de estar sin la capota, pronto las ventanas del coche se empañan y Xavier se ve obligado a volver a taparme la boca con una mano para que no me desgañite.

Ya no hay espacio para sutilezas. Xavier me aprieta contra sí y cachetea mis nalgas espoleándome a cabalgar a toda velocidad.

El placer llega antes de lo esperado. Y mordisqueo la palma de la mano de mi jefe con desesperación mientras me corro sin ningún pudor.

Tras regresar a la carretera, Xavier me mira de soslayo y se sonríe.

—Eres peligrosa.

—¿Yo? Qué va, si no mato una mosca—sonrío a mi vez, levantando la mirada para encontrarme con la suya.

Por un momento, parece contemplar una respuesta profunda. Veo algo en sus ojos, una vulnerabilidad tan breve que desaparece antes de poder identificarla. Finalmente, niega con la cabeza.

—Sin darte cuenta podrías estar creando en mí un serio problema de adicción.

Sus palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de implicaciones que ninguno de los dos parece dispuesto a explorar.

Al menos, no esta noche.

Cuando finalmente me deja frente a mi portal, tengo la certeza absoluta de que esta noche le echaré de menos cuando me meta en la cama.

Capítulo 24

Me miro en el espejo del baño de mujeres de Guerra Holdings, intentando reconocer a la persona que me devuelve la mirada sin reconocerla.

Es viernes, ha pasado una semana desde aquel encuentro en el ascensor, y siento que mi vida se ha transformado por completo.

—¿Quién eres tú? —susurro a mi reflejo, acomodando un mechón rebelde detrás de mi oreja.

No es solo mi aspecto lo que ha cambiado. Hay algo diferente en la forma en que me muevo, en cómo sostengo la mirada, como si hubiera descubierto una versión de mí misma que siempre estuvo ahí, esperando a ser liberada.

Mi móvil vibra sobre la encimera del lavabo. Es un mensaje de Xavier.

A mi despacho. Ahora.

Una sonrisa se dibuja en mi cara.

Durante la última semana nuestros encuentros han seguido un patrón similar: mensajes directos, órdenes precisas, sesiones intensas en su despacho, en el archivo, en la sala de juntas, sobre las sillas de otros directivos, en cada uno de los ascensores… Y yo acudiendo cada vez, como si su voz tuviera un poder magnético sobre mi voluntad.

Llego a su puerta, respiro hondo antes de llamar, entro y me arrodillo junto a su escritorio esperando instrucciones. Ya no es solo deseo lo que siento. Es la necesidad de su aprobación, de esa mirada de satisfacción cuando cumplo exactamente lo que él quiere. Es adictivo.

—Puedes mirarme.

Alzo mis ojos. Su mirada tiene una intensidad diferente hoy. Lleva la camisa arremangada hasta los codos enseñando sus brazos tatuados.

Estoy a centímetros de él y puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, oler su aroma íntimo y masculino.

—¿Sabes por qué te he llamado? —pregunta, levantando una mano para acariciar ligeramente mi mejilla.

El contacto es sorprendentemente suave, casi tierno, tan diferente de la intensidad habitual de nuestros encuentros que me desconcierta.

—Para continuar lo que empezamos ayer en la barra de la cafetería —aventuro, recordando cómo nos interrumpió una llamada urgente justo cuando estábamos en lo mejor.

—En parte —admite—. Pero hoy quiero algo diferente.

Hay algo en su tono que me hace estremecer.

Se aparta y camina hacia la biblioteca. Le sigo con la mirada y le veo sacar un libro. Es una primera edición de "Justine o los infortunios de la virtud" del Marqués de Sade. Se encuentra en perfecto estado y debe de valer una pequeña fortuna.

—Mencionaste ayer que querías leer algo con mucho morbo antes de dormir, algo que te ponga —dice, ofreciéndome el tomo con una media sonrisa—. Pensé que te gustaría tener esto.

Le miro boquiabierta. Durante esta semana, entre encuentros furtivos y órdenes susurradas, hemos tenido conversaciones. Pequeños fragmentos de normalidad en medio de nuestra extraña dinámica. Hemos hablado de nuestros libros favoritos, él me ha contado anécdotas de sus viajes.

Y ahora esto.

—Gracias —sonrío abrazando el libro contra mi pecho—. Es el regalo más pecaminoso que me han hecho nunca.

—Ven, sentémonos—indica, señalando el sofá de cuero en la esquina de su despacho.

Me levanto y le sigo hasta el área iluminada por una lámpara de pie. Me detengo a esperarle mientras sirve dos copas de agua y me ofrece una. Luego me invita a sentarme con un ademán y él se sienta a mi lado, manteniendo una distancia prudente pero aun así lo suficientemente cerca para que pueda sentir su presencia.

—Estoy orgulloso de ti, Lucía —dice después de un momento, mirándome con una expresión que nunca le había visto—. Has progresado más de lo que esperaba.

Siento que mi corazón se acelera ante este reconocimiento. Extrañamente he descubierto que los elogios de Xavier me importan mucho más de lo que debería, que su aprobación se ha convertido en algo que anhelo constantemente.

—Solo intento complacerte como una buena sumisa —respondo con sinceridad.

—Lo estás haciendo estupendo —afirma, y hay una calidez en su voz que me desconcierta—. Creo que estamos listos para dar el siguiente paso.

Me tenso ligeramente. Tratándose de Xavier, "el siguiente paso" puede significar cualquier cosa.

—¿Qué tiene en mente, señor? —pregunto, intentando que mi voz suene firme.

Xavier se inclina hacia adelante, sus ojos negros fijos en los míos.

—Nunca le preguntes eso a un dominante, te podrías asustar con la respuesta—y tras una pausa añade—Quiero exhibirte. Mostrarle a los demás lo que he conseguido contigo.

La frase queda suspendida entre nosotros, cargada de implicaciones que no termino de comprender.

—¿Exhibirme? —repito, confundida.

—Quiero que conozcas a más personas como nosotros, personas que se atreven a explorar sus deseos sin restricciones.

Sé exactamente a qué se refiere.

—Me llevarás a tu club, ¿verdad? Quiero decir, a la parte prohibida.

Xavier sonríe.

—El lado oscuro de la luna.

Frunzo el ceño recordando la única vez que estuve en su club.

—Pensé que no me querías allí.

—Me vi obligado a sacarte aquella vez porque eras como un pececillo de colores en un mar de tiburones blancos—dice mirándome a los ojos—. Pero esta vez es distinto, vienes como la sumisa del jefe.

Mi mente procesa rápidamente lo que está sugiriendo.

—¿Quieres decir... como tu pareja? —pregunto, confundida por lo que implica esta invitación.

Xavier vuelve a sonreír con esa media sonrisa de chulo que tiene el poder de hacer que me derrita.

—Como mi sumisa oficial—aclara—. Hasta ahora, has sido mi pequeño secreto. He mantenido oculta tu belleza entre las paredes de mi despacho, pero ya estás lista. Y deseo que el mundo sepa que me perteneces.

Sus palabras podrían ofender a cualquiera, herir en la dignidad a una mujer sensata, pero hay algo en la forma en que Xavier se expresa, en su compromiso conmigo, que hace que sienta una oleada de calor extendiéndose hacia mi entrepierna.

—¿Y si no estoy preparada? —pregunto, aunque me temo que, preparada o no, mi cuerpo ya ha tomado la decisión por mí.

Xavier acaricia mi mejilla con el dorso de su mano.

—Lo estás —afirma con esa seguridad absoluta que es tan característica suya—. Te he estudiado, Lucía. He visto cómo

respondes, cómo te entregas. Estás más que lista.

Me muerdo el labio, intentando ocultar el efecto que sus palabras tienen en mí.

—¿Cuándo sería esto?

—Mañana por la noche —responde—. Enviaré algo de ropa a tu apartamento por la tarde.

Asiento, incapaz de articular una respuesta coherente. La idea de mostrarme ante otros como su sumisa me aterra y me excita a partes iguales.

—Y ahora —dice, levantándose y tendiéndome una mano—, tenemos asuntos pendientes que atender.

Tomo su mano y le sigo hasta el escritorio, donde sin ceremonia me hace tumbar boca abajo. Cierro los ojos, lista para una nueva sesión. Xavier me atiza una nalgada que me hace ver las estrellas. Y luego otra, y otra más. Gimo y lloriqueo suplicando, completamente mojada. Y por más que debería sentirme utilizada, manipulada o incluso degradada, lo único que siento es una anticipación que me consume por dentro.

El sábado por la tarde, tal como prometió, llega un paquete a mi apartamento. Dentro hay un vestido negro corto de diseñador que debe de costar más de lo que gano en un mes, con unos tacones a juego, y lo que más me ha hecho ilusión, un choker de cuero negro con eslabones de oro y un pequeño dije en forma de X.

La inicial de Xavier hace que sonría y niegue con la cabeza divertida.

Soy suya, que quede claro. Solo le falta levantar la pierna y mearme como un perro.

Dentro de la caja también hay un papel donde ha apuntado:

Esta noche no llevarás nada debajo. Te paso a recoger a las diez.

Marta se queda de piedra al verme vestida para ir al club.

—Dios mío, Lucía —exclama, pasando los dedos por la suave tela del vestido—. Esto es Versace. ¡Auténtico!

—Lo sé —murmuro, igualmente impresionada—. Es demasiado.

—¿Demasiado? —Marta me mira como si me hubiera vuelto loca—. Cariño, ese hombre está invirtiendo en ti. Solo falta el beso y el anillo de compromiso.

Suelto la risa. Eso es absurdo.

—¿Te imaginas a Xavier proponiéndose? Pues yo no—chasqueo la lengua con incredulidad y vuelvo a reír.

Pero Marta me mira más seria que la muerte.

—No te rías. Me lo imagino perfectamente.

Niego con la cabeza.

—Él no es de esos. No es un tío convencional, quiero decir. Y además no tenemos nada serio —intento explicar, aunque a decir verdad ni yo misma sé exactamente qué es lo que tengo con Xavier.

—¿Ah, no? —Marta arquea una ceja—. Yo pensaría que estáis colados uno por el otro, aunque no lo admitáis. De otra manera no tiene sentido que haga todo esto.

Me dejo caer en el sofá.

—Es complicado —digo finalmente.

—Los impuestos son complicados —replica Marta, sentándose a mi lado—. Lo que tú tienes con este tío es puro fuego, y ambas sabemos en qué acaban estas cosas.

La miro desconcertada.

—¿En qué?

—En bebés, naturalmente.

Las dos soltamos la risa.

Marta siempre ha tenido esa capacidad mágica para reducir las situaciones más complejas a su esencia más básica.

—Esta noche me lleva a conocer su club nocturno—confieso—. A la parte de atrás.

Los ojos de Marta se iluminan con interés renovado.

—¿La parte kinky? Voy contigo.

—¡Pero si a ti no te van estas cosas!

Marta coge el choker decla mesita y se lo prueba.

—No sé yo si no le cojo el gustillo.

—No eres sumisa sino todo lo contrario.

Marta se encoge de hombros.

—Podría aprender. Solo necesitaría un buen maestro.

—Quizás otro día. Déjame ser la pionera y recibir las flechas en la espalda por las dos.

—¿Ahora tú me cuidas a mí?

—Para eso están las amigas, ¿no? —sonrío.

—Vale —dice finalmente—. Pero prométeme dos cosas: que mantendrás tus límites claros, y que me llamarás si necesitas que te rescate, a la hora que sea.

Levanto una mano fingiendo solemnidad.

—Promesa de niña exploradora.

A las diez en punto, el interfono de mi apartamento suena. Xavier es tan puntual como siempre.

Respiro hondo, comprobando mi reflejo en el espejo una última vez. Giro y compruebo que el vestido negro realza mis formas de la mejor manera. Ahora comprendo por qué esta clase de vestidos cuestan una pasta.

—Estás increíble —dice Marta desde el sofá—. El aire gótico te sienta de maravilla. Si yo fuera él, no te sacaría de casa esta noche.

Sonrío nerviosamente y recojo mi pequeño bolso de mano.

—Deséame suerte —digo antes de salir.

Xavier me espera abajo, apoyado en su Aston Martin negro con una naturalidad que solo puede venir de quien está acostumbrado a poseer cosas hermosas y caras. Lleva una impactante chaqueta de cuero sobre una camiseta negra y su expresión al verme es una mezcla de aprobación y hambre contenida.

—Perfecta —dice simplemente mientras me abre la puerta del coche.

El trayecto hasta el club es silencioso. Xavier mantiene una mano en el volante y la otra sobre mi muslo, un recordatorio constante de que soy suya. Llegamos al barrio de Salamanca, y un rato después estamos aparcando delante de una cola de personas que desean entrar en el Club X. Antes de que el valet llegue a buscar el coche, Xavier se vuelve hacia mí con expresión seria.

—Unas cuantas reglas antes de entrar. Mientras estemos allí dentro, tú responderás solo a mí. No hablarás con nadie más a menos que yo te lo permita. No te alejarás de mi lado sin mi permiso. Y solo podrás mirarme a la cara cuando yo te dirija la palabra. ¿Entendido?

Asiento, sintiendo cómo la anticipación se construye en mi interior.

—Necesito oírlo, Lucía.

—Entendido, señor —respondo, y mi voz suena más firme de lo que esperaba.

Xavier sonríe, complacido.

—Buena chica —murmura, inclinándose para rozar con sus labios mi cuello justo encima del choker—. Vamos.

Bajamos del coche y Xavier coloca su mano en la parte baja de mi espalda, guiándome hacia la entrada. El portero, un hombre de aspecto formidable vestido completamente de negro, nos reconoce inmediatamente.

—Señor Guerra —saluda con deferencia, abriendo la puerta para nosotros.

El interior del club parece, a primera vista, simplemente un bar pijo, como muchos otros de la zona. Solo observando con más detenimiento se empiezan a notar los detalles que revelan la verdadera naturaleza del lugar: la mujer que lleva un collar similar al mío, arrodillada elegantemente junto a un hombre mayor; las discretas argollas incrustadas en las columnas; las puertas marcadas con símbolos en lugar de números.

Atravesamos rápidamente la parte "vainilla" del club y Xavier empuja una puerta discreta que no está marcada con ningún tipo de letrero. Del otro lado, el ambiente cambia por completo. Xavier me mira y yo me agarro fuerte de su mano.

—¿Todo bien?

Afirmo con la cabeza y sonrío con la vista fija en la punta de mis zapatos.

Avanzamos entre las mesas y advierto por el rabillo cómo de repente las miradas se centran en nosotros. O más concretamente, en Xavier. Es evidente el respeto y la admiración que genera en este lugar, como si fuera una especie de deidad local.

Un tipo joven todo tatuado y lleno de piercings se levanta de una mesa para saludarle

—Eres una puta leyenda, tío, ¿lo sabes, no?

Xavier se encoge de hombros.

—O tú eres un adulón de cuidado.

El hombretón le ríe la gracia y vuelve a sentarse mientras Xavier continúa saludando gente y echándose unas risas con ellos. Yo permanezco a su lado pero no digo ni mu. Él no me ha indicado hablar aún y esta noche estoy decidida a obedecerle a rajatabla.

Un hombre alto, rubio y muy musculoso se aproxima a nosotros abriendo los brazos con una gran sonrisa de dientes blancos.

—Me alegra volver a verte por aquí, macho. Pensé que habias dejado el estilo de vida y te habías olvidado de nosotros.

—Nunca—dice riendo mientras le da al hombre una palmada en su espalda.

Reconozco de inmediato a Mateo Vega, el vikingo que chifla a las chicas de Innova y al parecer un muy buen amigo de Xavier. Es agradable volver a encontrarle. Hace que me sienta más cómoda en un sitio de apariencia tan hostil. Mateo va vestido con una camiseta de tirantes clara y unos vaqueros, mucho más informal que la última vez que le vi. Es un estilo más surfista que le sienta muy bien porque resalta sus ojos azules y su cabello dorado.

Esta vez Xavier se vuelve hacia mí, señal de que puedo interactuar con ellos.

—Mateo, creo que ya conoces a Lucía.

Mateo me sonríe, tomando mi mano para besarla con galantería.

—Es un placer volver a verte, Lucía —dice con una sonrisa cálida—. Ya no pareces tan intimidada como la última vez, ¿eh?

—Pues me alegra que no se me note, porque la verdad es que estoy acojonadísima —confieso, olvidando momentáneamente la regla de no hablar sin que Xavier me lo permita. Él aprieta suavemente mi cintura, un recordatorio silencioso, pero no parece molesto. En todo caso, hay un destello de diversión en sus ojos.

—Xavier no ha parado de hablar de ti —comenta Mateo, y esta revelación me sorprende tanto que no puedo evitar mirar a Xavier con asombro.

¿Xavier hablando de mí? La idea de que me mencione cuando no estoy presente me produce mucho placer.

—Suficiente, Mateo. Veo que sigues igual de bocazas—corta Xavier, aunque sin verdadera irritación—. Venga, vamos a tomarnos algo.

Nos dirigimos a la barra, donde un camarero joven con el pelo recogido en una cola de caballo nos atiende inmediatamente.

—¿Lo de siempre, señor Guerra? —pregunta, y Xavier asiente.—Y un martini de fresas para la señorita —añade sin consultarme.

En cualquier otra circunstancia, esta imposición me habría molestado, pero aquí, en este contexto, forma parte del juego. Y lo más desconcertante de todo es que ha acertado: ¡adoro los martinis de fresa!

Mientras esperamos nuestras bebidas, Xavier saluda a diversas personas, presentándome siempre de la misma manera: "Mi sumisa". No menciona mi nombre, ni mi profesión, ni ningún otro dato que pueda identificarme como una persona. Extrañamente no me siento cosificada. Solo siento orgullo por pertenecerle.

Madre mia, sueno como una perfecta idiota. O una chalada. O las dos cosas. Aunque lo cierto es que no deja de ser parte de un juego sexual que me apetece jugar.

A medida que la noche avanza, Xavier me guía a través de las distintas áreas del club. En una sala más íntima, observamos a una pareja en una sesión de *shibari* , el arte japonés de la atadura. La mujer, suspendida en complejos nudos de cuerda roja, parece flotar en un estado de éxtasis tranquilo mientras su dominante ajusta tensiones y añade más cuerdas con precisión científica.

—Hermoso, ¿verdad? —murmura Xavier en mi oído—. Necesitas el mayor grado de confianza para entregarte así a tu amo.

Se ve intrigante. Me pregunto si podría hacerlo.

De hecho, sé que podría hacerlo y que no se me daría nada mal.

Asiento, hipnotizada tanto por la escena como por la cercanía de Xavier. Su aliento cálido en mi cuello, su mano firme en mi cintura,

todo en él me mantiene en un estado constante de excitación contenida.

—Venga, vamos a un lugar más privado —dice después de un rato, guiándome hacia una discreta puerta al fondo.

Bajamos por unas escaleras hasta un pasillo iluminado por luces tenues. Xavier se detiene frente a una puerta metálica marcada simplemente con una X y usa una llave para abrirla.

—Mi mazmorra—anuncia con un destello de humor en sus ojos.

Río mirándole a los ojos con provocación.

—¿Me harás tu prisionera?

—Ya veremos cómo te comportas, pequeña.

El espacio que se revela ante mí es sorprendentemente digno de llamarse "mazmorra". Lo primero es bajar tres peldaños de piedra antigua, probablemente parte del edificio original antes de que Xavier lo convirtiera en un moderno club nocturno. Toda la habitación es piedra, irregulares y azuladas, que se alzan a mi alrededor creando una atmósfera casi acuática. La iluminación es tenue, proporcionada por apliques de luz ambarina en forma de antorchas, lo bastante alto para proyectar sombras danzantes sobre cada superficie, otorgando al lugar un aire medieval inquietantemente auténtico.

El suelo tampoco es lo que esperaba: losas de piedra pulida, frías al tacto, con pequeños canales tallados que convergen hacia el centro de la estancia. No quiero ni imaginar para qué servían originalmente.

En el centro hay una especie de camilla tapizada en cuero negro, con correas y hebillas que cuelgan a los lados, evidentemente diseñada para inmovilizar a quien se tumbe en ella. De inmediato me imagino tumbada e inmovilizada por mi amo. La visión hace que mi estómago dé un vuelco entre el miedo y la excitación.

Pero lo que realmente capta mi atención es un extraño artefacto de madera en un extremo de la habitación. Una estructura robusta con

forma de triángulo invertido, cubierta parcialmente de cuero acolchado en ciertos puntos, con correas colgando de sus extremos. Parece algún tipo de instrumento de tortura medieval cuyo propósito no logro (ni quiero) adivinar. Nunca he visto nada parecido y mi imaginación comienza a trabajar frenéticamente.

Giro echando un vistazo alrededor y advierto que las paredes están decoradas con una colección de látigos, fustas y otros instrumentos que hacen que se me seque la garganta. Algunos tienen múltiples puntas que terminan en pequeños nudos, otros parecen diseñados para dejar marcas muy específicas. Todos cuelgan ordenadamente, como las herramientas en el taller de mi padre, pero con un propósito mucho menos inocente.

El aire aquí dentro es diferente, más denso, cargado de historia y secretos. A pesar del evidente lujo en los detalles —el cuero parece carísimo y todo está impecablemente limpio— hay algo primitivo en este lugar que me provoca un escalofrío. Es como si las paredes mismas hubieran presenciado siglos de placeres prohibidos y quisieran contármelo al oído.

La atmósfera medieval está tan bien lograda que resulta ligeramente aterradora. Por un momento, tengo la absurda sensación de que si grito, nadie fuera de estas paredes podría escucharme. Y lo más perturbador es que esa idea, en vez de asustarme completamente, hace que algo dentro de mí se encienda con anticipación.

—Veo que mi mazmorra no te ha dejado indiferente —afirma Xavier, observando con atención mi reacción.

—Jo, debo admitir que estoy impresionada —respondo con sinceridad—. Es mucho más fuerte de lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas? ¿Esposas forradas de terciopelo y un disfraz de conejita? —se burla suavemente.

—Algo así —admito con una pequeña sonrisa.

Xavier cierra la pesada puerta tras de sí con un sonido metálico que retumba en mi pecho. La música y el ruido del club desaparecen por completo creando una burbuja de silencio e intimidad.

—Quiero llevarte más allá de tus límites esta noche —dice, acercándose lentamente—. ¿Confías en mí?

No tengo que pensarlo demasiado.

—Sí, señor. Por supuesto.

Xavier sonríe, una sonrisa genuina que rara vez muestra y que transforma por completo su rostro, haciéndolo parecer más joven y accesible.

—Buena chica —murmura, acercándose para pasar un dedo por el borde de mi collar—. Mi pequeña y rebelde sumisa.

Capítulo 25

Me atará, estoy segura.

Mi vientre se calienta y mi respiración se vuelve errática. Al parecer, pensar en ello me pone a cien. De repente siento un deseo irresistible de verme arrodillada sobre la camilla. Me sorprendo a mí misma cuando no espero a recibir instrucciones y lo hago de todas maneras.

—Buena chica, tienes en claro cuál es tu sitio y eso vale oro en este mundillo—dice visiblemente complacido, su voz grave haciendo eco en las paredes de piedra—. ¿Sabes? Este es mi espacio privado. Muy pocas sumisas han entrado aquí. Te puedes considerar privilegiada.

Asiento sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Gracias, señor.

—Te lo has ganado, Lucía.—responde, levantando una mano para rozar mi mejilla—. Porque me has dado algo diferente.

Al oír aquello levanto los ojos para mirarle. *No tengo ni la más puñetera idea de qué es eso que le he dado, pero deseo saberlo.*

Los ojos negros de Xavier chispean al decir:

—Me desafías incluso cuando te sometes.

Entonces acaricia mis brazos y cierro los ojos sintiendo cómo su tacto áspero envía escalofríos por mi columna. Es extraño cómo en tan poco tiempo este hombre ha conseguido reprogramar mis sentidos.

—Hoy vamos a cruzar un umbral —continúa, comenzando a caminar alrededor de mí en círculos lentos—. Te llevaré a lugares de tu propio cuerpo que aún no conoces.

Se detiene junto a la camilla para acariciar mis nalgas por debajo de la falda del vestido. Mi respiración se acelera y jadeo arqueando la espalda con necesidad, aunque sin romper mi posición de sumisión.

—Me apetece follarte este culito caliente. ¿Crees que vaya a hacerlo?

—Espero que sí, señor.

—¿Te apetece, verdad?

—Lo estoy deseando desde hace tiempo, señor.

Un gruñido de placer escapa de su garganta.

—Desnúdate y túmbate boca abajo—ordena.

Me quito el vestido en un solo movimiento. Al no llevar nada debajo el aire fresco del calabozo hace que los picos de mis pezones se endurezcan al instante. La mirada de Xavier nunca abandona mis movimientos, siguiendo cada centímetro de piel que queda expuesta. Aplasto mis pechos contra la camilla y abro las piernas con ansias para permitir que Xavier continúe con sus caricias.

Pero él se aleja y durante unos instantes le escucho moverse por la estancia, cogiendo cosas de una pequeña mesa al otro lado, preparando algo. La anticipación hace que mi coño se contraiga y me retuerzo ligeramente sobre la camilla.

—Relájate —dice, acercándose nuevamente y poniendo una mano sobre mi espalda—. Respira profundo.

Siento la camilla crujir con su peso cuando se sienta a mi lado. Sus manos, enormes y calientes, comienzan a masajear mi espalda con movimientos expertos. Utiliza algún tipo de aceite aromático que huele a mentol. Gimo porque cada caricia parece deshacer un nudo de tensión que no sabía que tenía. Sus manos descienden por mi columna, provocándome escalofríos de placer.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor, señor.

—Ponte a cuatro patas y levanta tu culo—instruye con firmeza.

Obedezco, sintiendo una mezcla de vulnerabilidad y anticipación en esta posición. Xavier se coloca detrás de mí, de pie, sus manos firmes sobre mis caderas.

—Prepararé tu pequeño agujero para recibir mi polla —susurra, y la suciedad de sus palabras bastan para enviar una oleada de espasmos por todo mi cuerpo.

Lo primero que siento es algo frío que entra en contacto con mi ano. Me contraigo al sentir un líquido que sus dedos esparcen con rapidez por la zona sensible.

—Respira —me recuerda constantemente mientras coloca un juguete de textura elástica dentro de mí. Al principio empuja suavemente y gruño echando mi cabello hacia delante, sobre mi cara, y mordiendo mis labios—. Eso es, nena, ábrete para mí.

El dilatador atraviesa el anillo interior de mi ano y consigue penetrarme con facilidad. Pronto vuelvo a sentirme a gusto.
El placer que siento es indescriptible. Es una zona tan sensible con la que nunca nadie había jugado antes. En algún momento, mis gemidos se convierten en súplicas incoherentes.

Al quitarme el pequeño dilatador me quejo y suplico por más.

—Por favor señor.

—¿Qué necesitas? —pregunta, su voz un gruñido contenido.

—Tu polla dentro de mi culo —consigo balbucear entre jadeos—. La necesito ahora, señor.

—No seas impaciente, pequeña, déjame hacer un trabajo completo. Probemos con este otro.

Aunque desde mi posición no puedo verlo, sé que ha cogido un juguete más grande pues apenas traspasa el primer anillo de mi ano siento una fuerte presión. Respiro como me ha enseñado, cerrando los ojos y mordiendo mi labio inferior. Con un movimiento fluido, consigue meterlo bastante profundo dentro de mí. Mis fosas nasales tiemblan y dejo escapar un gemido lastimero de alivio. Allí lo deja

durante un buen rato mientras me coge por el cabello y susurra en mi oído.

—Eres mía, Lucía. Cada parte de ti me pertenece.

—Soy suya, señor. Solo suya —gimoteo sintiendo un placer extremo.

—Mierda, nena, si pudieras ver lo bien que lo estás haciendo… Eres tan jodidamente perfecta—repite como un mantra, una y otra vez mientras se acaricia la impresionante erección por encima del pantalón y desabrocha la hebilla de su cinturón—. Has nacido para esto, Lucía. Para complacer a tu amo.

Revoleo la cabeza gimiendo su nombre.

Cuando al fin me quita el dilatador, siento un vacío que necesito con urgencia que vuelva a llenar. Mi amo se para delante de mí y, colocando un dedo en mi barbilla, levanta mi cabeza para que le mire.

Parpadeando le veo sacarse la polla y dejarla colgando ante mis ojos. Me humedezco los labios y gimo con necesidad. Está hinchada y surcada de venas. Frunzo el ceño al pensar que esa monstruosidad entrará en mí de esa manera.

—No te preocupes, mi pequeña. Lo haremos con cuidado. Sé que soy un chico grande y que podrías tener problemas en recibirme, pero créeme, sé lo que hago.

Gruño cuando penetra mi ano con su polla caliente. Puedo sentirle latiendo dentro de mí y es una sensación tan nueva y abrumadora que con cada penetración grito más, sintiendo cómo la incomodidad inicial se transforma en el placer más puro que jamás haya sentido.

Me sujeto con fuerza de la camilla cuando Xavier comienza a usar sus manos para estimular mi clítoris y mi coño dilatado..Grito tanto al correrme que creo que voy a desmayarme. Esta vez Xavier no me cubre la boca con su mano.

—¡Venga nena, sácalo todo fuera! ¡Grita tu placer como la buena sumisa que eres!

El clímax me golpea una y otra vez, como una tormenta arrasando todo a su paso. Mi cuerpo se convulsiona mientras Xavier continúa moviendose dentro de mí. Sus gruñidos ahora se vuelven intensos y me agarra de mis caderas con fuerza buscando su placer hasta que le siento derramarse dentro de mí, su leche caliente llenándome hasta el tope. Al saber que le estoy complaciendo nuevas oleadas de placer, más intensas de lo que jamás creí posible, me golpean y me corro aullando como una desvergonzada.

Cuando finalmente recupero algo de conciencia, sigo tumbada boca abajo sobre la camilla, deliciosamente aplastada por el pesado cuerpo de Xavier.

—Has estado increíble —murmura besando el centro de mi espalda.

No puedo dejar de sonreír como una tonta. Le he sentido más cerca de mí que nunca y qusiera quedarme así para siempre, pero él se incorpora para retirarse de mí y limpiarse.

Me siento en la camilla y le miro a los ojos.

—¿Qué? —pregunta él.

—No quiero volver a casa esta noche —digo sorprendida por mis palabras, sintiendo que mis mejillas arden.

Xavier me mira guardando silencio. Luego ladea la cabeza.

—¿Prefieres quedarte a dormir en mi apartamento?

Trago saliva. Nunca antes hemos hablado de pasar la noche juntos. Las sesiones siempre han terminado con cada uno volviendo a su propia casa, como si nuestros encuentros fueran un paréntesis dentro de nuestras vidas cotidianas.

—¿Tu apartamento? —pregunto, insegura.

—Está a pocas calles de aquí. A menos que tengas otros planes.

Su ceño se ha tensado y puedo ver que no le gusta la idea de dejarme sola esta noche.

—No tengo otros planes —respondo rápidamente como si tener otros planes que no sean dormir con él, fuera la idea más absurda

del mundo—. De hecho, me gustaría mucho conocer tu apartamento.

Su ceño se relaja y una sonrisa fugaz cruza sus labios.

Media hora después, estamos saliendo del club. Xavier mantiene todo el tiempo una mano posesiva sobre mi espalda baja, lo que me hace sonreír encantada.

No bien llegamos me doy cuenta de que Xavier estaba siendo extremadamente humilde al llamarle a su casa "apartamento", pues es un jodido ático de tres plantas en una de las torres de pisos de lujo más exclusivas de la ciudad.

El ascensor privado se abre directamente en un vestíbulo con suelo de mármol negro que refleja la luz tenue de lámparas minimalistas suspendidas del techo. Veo puertas en varios puntos del vestíbulo y me mareo un poco.

—Es por aquí—dice Xavier acercando su rostro a una pantalla—. Hay varias entradas, algunas para el personal de servicio, otra para proveedores. Esta es la principal.

La altísima puerta de madera hace un clic y se abre automáticamente. Al entrar, me quedo literalmente sin aliento.

Su salón es un espacio abierto dominado por ventanales del suelo al techo que ofrecen una panorámica de Madrid que parece sacada de una revista de arquitectura. Las luces de la ciudad brillan como joyas esparcidas a nuestros pies, haciendo que me sienta como si estuviéramos flotando sobre un mar de estrellas artificiales.

—Impresionante, ¿verdad? —murmura Xavier, observando mi reacción con una sonrisa apenas contenida.

El mobiliario es escaso pero perfectamente seleccionado: sofás de cuero italiano en tonos grises oscuros, mesas auxiliares de cristal y metal, y lo que parece ser una alfombra persa auténtica. En otra vida quise ser decoradora de interiores y soy forofa del diseño para el hogar, así que esto para mí es el puñetero paraíso.

Todo está dispuesto con precisión matemática, como si cada objeto hubiera sido colocado con regla y compás. Se me ocurre que la ambientación refleja muy bien la personalidad metódica de mi jefe.

—¿Lo has decorado tú?

Xavier tuerce la boca.

—No tengo tiempo para eso. Pero he contratado a los mejores. Les he dejado que se inspiren en mi estilo de vida y en mis aficiones y les he dado un presupuesto ilimitado. Creo que lo han hecho bien, ¿tú qué dices?

Miro a mi alrededor con ojos entornados.

—Que falta un toque femenino..Definitivamente.

Enarca una ceja, como si no se esperase una respuesta así de mí. No dice nada, solo se pasea por el salón para que yo pueda verlo todo.

Lo que más me impacta son las obras de arte. Cuadros enormes de artistas contemporáneos que reconozco de exposiciones a las que nunca podría permitirme asistir y que solo admiro a través de internet. Un Basquiat domina una de las paredes, sus trazos caóticos contrastando con el orden implacable del resto del espacio.

—¿Es... original? —pregunto, señalando la obra con incredulidad.

—Por supuesto —responde Xavier con naturalidad, como si tener un Basquiat fuera lo más normal del mundo—. El arte no se disfruta en reproducciones.

Me conduce hacia una escalera flotante de metal y cristal que parece desafiar la gravedad. Subimos a la segunda planta, donde hay un despacho con una mesa de roble macizo, estanterías repletas de libros encuadernados en piel y otro espacio que parece ser un gimnasio privado equipado con máquinas que parecen recién sacadas de fábrica.

—La cocina está abajo —explica—. Aunque rara vez la uso. Y arriba está el dormitorio principal.

Su voz adquiere un matiz diferente al mencionar el dormitorio, y un escalofrío recorre mi espalda. Mientras continuamos el recorrido, noto que no hay fotos personales, ni recuerdos, ni nada que sugiera una vida más allá del lujo y la perfección estética. Es como si viviera en una galería de arte combinada con una suite de hotel de cinco estrellas.

La tercera planta me deja sin palabras. El dormitorio principal es más grande que todo mi apartamento, presidido por una cama king size con cabecero de cuero negro que parece flotar sobre una plataforma elevada. Las sábanas son de un gris antracita y la almohada se siente tan mullida que me encuentro abrazándola hundiendo mi nariz en ella para aspirar su perfume.

Xavier enarca una ceja al verme abrazar su almohada con ojos cerrados.

—Oh, lo siento, son esas cosas que hago sin pensar—me disculpo poniéndome roja como un tomate.

Llegas a su casa por primera vez y lo primero que haces es abrazarte a su almohada … Estupendo, has conseguido espantarle para siempre. Si tu intención era no regresar jamás a este casoplón, no podrías estar haciéndolo mejor.

Pero lo que realmente captura mi atención es la terraza privada que se extiende más allá de otra pared de cristal, con una piscina de borde infinito iluminada desde el fondo, creando un efecto etéreo contra el cielo nocturno.

—¿Te bañas ahí? —pregunto, señalando la piscina con incredulidad.

—A veces —responde con una sonrisa enigmática..

El baño anexo al dormitorio es puro mármol blanco y negro, con una ducha que parece una cascada y una bañera lo suficientemente grande para tres personas. Todo está impecable, sin un solo producto de higiene a la vista, como si nunca hubiera sido usado.

Me acerco nuevamente a los ventanales, hipnotizada por la vista. Desde aquí arriba, todo parece posible.

Me giro hacia él.

—No tengo palabras, vives en otro mundo. Solo puedo decir ¡guau!

Xavier se acerca por detrás, su presencia cálida contra mi espalda.

—No te engañes, vivo en el mismo mundo que tú. En el fondo, lo único real son las emociones—susurra en mi oído.

Me vuelvo para mirarle. Xavier se queda observando la ciudad con expresión pensativa.

—¿En qué piensas?

—En que nunca he traído a una sumisa aquí.

Le miro incrédula.

—Solo a tus ligues.

Él parece adivinar mis pensamientos.

—Solo a mis novias—corrige y me quedo atónita mirándole en silencio.

¿Cómo que hay novias? ¿Xavier ha tenido relaciones vainilla?

No me atrevo a decir nada que pueda arruinar el momento, pero en este momento deseo acribillarle a preguntas.

—En serio. Este es mi espacio privado, mi santuario.

—Pues gracias por compartirlo conmigo—digo sinceramente y siguiendo un impulso le cojo la mano.

Xavier aprieta y acaricia mi mano con su pulgar, y luego, sin decir una palabra, me guía hacia la cama.

Lo que sigue es diferente a todo lo que hemos compartido hasta ahora. En su cama, Xavier se toma su tiempo conmigo. No hay prisa, no hay demostración de dominación. Solo dos cuerpos aprendiendo el uno del otro con una paciencia inusitada.

Sus manos se mueven por mi cuerpo con reverencia, como si estuviera estudiando cada centímetro para memorizarlo. Me permite

correrme las veces que se me antoje, y en un par de ocasiones hasta le sorprendo contemplándome con fascinación.

Y entonces ocurre: justo antes de correrme por última vez, cuando ambos estamos agotados, jadeantes y satisfechos, Xavier rompe su propia regla fundamental.

Me besa en los labios.

Y no es un beso cualquiera. Es profundo, exigente y oscuro.

Sus labios reclaman los míos lamiendo, mordisqueando y succionándolos hasta dejarme sin aliento. Le dejo que explore mi boca con su lengua. *Madre mía, esto lo más intoxicante que he probado nunca.*

Cuando finalmente nos separamos, le miro con asombro, incapaz de articular lo que acaba de suceder. Xavier sostiene mi mirada durante un largo momento, como si él mismo estuviera sorprendido por su acción.

—No debería haber hecho eso —murmura, pero no hay verdadero arrepentimiento en su voz, solo una especie de resignación.

—Yo también lo quería —confieso, sorprendiéndome a mí misma con mi honestidad.

Xavier traza el contorno de mi labio inferior con su pulgar, estudiándome con una intensidad que hace que mi corazón se acelere nuevamente.

—Esto complica las cosas —dice finalmente.

—¿Acaso no estaban ya complicadas? —pregunto con una pequeña sonrisa.

—Supongo que este es el precio de dar con la sumisa perfecta.

—No te preocupes, no te exigiré nada que no puedas darme.

—Ven aquí —dice él, atrayéndome hacia su pecho.

Me acurruco contra él, respirando su aroma, sintiéndome extrañamente segura en los brazos de este hombre que representa

todo lo que debería evitar.

Estoy irremediablemente enganchada a este cabrón.

Cierro los ojos y me duermo con una sonrisa de oreja a oreja, mi cuerpo desnudo entrelazado con el de mi amo.

Capítulo 26

¿Quién es esta mujer con ojos brillantes y mejillas sonrosadas, vestida de cuero negro y maquillada como una zorra?

De seguro no puede ser Lucía Navarro, la mileurista sensata que no se ha echado un polvo en siglos y que ha de tener sus partes en desuso cubiertas de telarañas.

Y sin embargo, aquí estoy.

Ajusto las correas del top de cuero negro que se ciñe a mi pecho y tiro nerviosamente del borde de la minifalda que apenas cubre lo esencial. Las botas altas y el choker de cuero negro con la X de mi amo completan el conjunto, haciéndome parecer la versión gótica de mí misma.

Es demasiado .

¿Le gustará? , me pregunto mientras giro para verme desde todos los ángulos. El cuero cruje suavemente con cada movimiento.

Mi móvil descansa sobre el lavabo, la cámara ya abierta y lista. Xavier me pidió una foto antes de venir a recogerme. Aun cuando se me da fatal hacerme selfies, respiro hondo y adopto una pose que espero sea seductora. Pulso el botón y reviso el resultado. Dios, luzco insegura y los pliegues de la falda marcan unos michelines que no sabía que tenía.

Debería borrarla y...

Tres golpes firmes en la puerta del baño me sobresaltan tanto que casi dejo caer el teléfono al suelo.

—¿Lucía? ¿Estás bien ahí dentro? —la voz de Marta suena preocupada—. Llevas más de media hora encerrada.

—¡Un momento! —exclamo, entrando en pánico mientras miro a mi alrededor.

La ropa está esparcida por todo el baño: mis pantalones de andar por casa desechados en un rincón, el conjunto de cuero a medio poner, y el abrigo largo que usaré para cubrirlo todo colgado de la puerta.

—Ya salgo, solo estoy... terminando de arreglarme.

—¿Arreglarte? ¿Para qué exactamente? —insiste Marta, y puedo imaginar perfectamente su expresión suspicaz al otro lado de la puerta—. Es sábado por la noche y llevas una hora entre la ducha y el baño. ¿Desde cuándo te pones tan guapa para quedarte en casa viendo series?

Dejo caer los brazos y bufo.

—Jo, ni que fueras mi madre.

Miro la foto en mi móvil una última vez. No es perfecta, pero tampoco tengo tiempo para otra. Con un impulso de valentía, la envío a Xavier antes de poder arrepentirme.

A toda prisa me pongo el sobretodo. Justo cuando voy a abrir la puerta, mi móvil vibra con una notificación. Un pequeño corazón aparece sobre mi fotografía y enseguida los tres puntos que indican que Xavier está escribiendo una respuesta. Me muero por ver qué pone, pero ya lo leeré después. Guardo el móvil y salgo.

Marta está apoyada en la pared del pasillo, con los brazos cruzados y una ceja perfectamente arqueada en gesto inquisitivo. Lleva unos vaqueros desgastados y una camiseta con el logo de un grupo indie que no reconozco. Su pelo, normalmente perfecto, está recogido en un moño descuidado.

—Por fin —dice, examinándome de arriba abajo—. ¿Qué estabas haciendo allí dentro? ¿Recreando la capilla Sixtina?

—Muy graciosa —respondo, intentando pasar junto a ella hacia la habitación—. Solo estaba poniéndome presentable.

—¿Presentable? —repite, siguiéndome—. ¿Para quién exactamente? Porque que yo sepa, hoy íbamos a pedir comida

tailandesa y ver esa serie noruega en la que sale ese actor que es igualito a Mateo.

Y dale con Mateo.

Me giro hacia ella, intentando parecer casual.

—Lo siento, me ha surgido algo.

Marta entrecierra los ojos.

—¿Sales con Grey? —pregunta, apoyándose en el marco de la puerta.

Pongo los ojos en blanco y ella ríe divertida. Entretanto busco mi bolso y compruebo que llevo todo lo necesario para esta noche.

—¿Dónde te lleva que pareces tan nerviosa?

Suspiro profundamente. ¿Cómo explicar que mi jefe me lleva a un club BDSM donde me someto voluntariamente a sus órdenes y humillaciones sin morirme de vergüenza?

—Luego te cuento —digo, atravesando la sala a toda pastilla y cogiendo mis llaves del cuenco.

—Echo de menos cuando no follabas —dice de repente, con un suspiro dramático—. Al menos entonces me incluías en tus planes.

—¿Quién te entiende? Primero me arrastras a cada bar de la ciudad para sacarme del cascarón y ahora te quejas porque tengo vida social.

—Ni mi psicóloga—ríe y me da dos besos de despedida—. Venga Luci, a divertirse. ¡Y échate uno por mí!

Ya lejos del portal, me detengo un momento para revisar el mensaje que Xavier me envió tras recibir la fotografía.

¿Por qué eres tan jodidamente perfecta?

Río y echo a andar con una sonrisa de oreja a oreja.

Jolín, es increíble cómo tres simples palabras puedan causar en una tanta emoción…

Es extraño. Cuando Iñaki me halagaba, nunca le creía. Siempre he sido extremadamente crítica conmigo misma, cuestionando cada aspecto de mi apariencia y personalidad. Pero a Xavier sí que le creo. Él tiene una manera especial de hacerme sentir valiosa y nunca tiraría de cumplidos o halagos vacíos.

Si dice algo, es porque lo piensa de verdad.

Durante el trayecto al Club X, Xavier mantiene una mano en el volante y la otra sobre mi muslo. Y eso es lo que más me gusta de él. Que no hay día que no me haga sentir deseada.

Es algo tan simple, y sin embargo he debido esperar hasta casi mis treinta para vivirlo.

Me vuelvo hacia él y le miro con devoción.

—¿Qué hará hoy conmigo, señor?

Sus ojos chispean al sonreír.

—Es una sorpresa.

Capítulo 27

El bajo retumba en mi pecho como un segundo corazón mientras atravesamos la entrada del Club X. Es mi segunda visita y, aunque la ansiedad sigue ahí, no me paraliza como la primera vez.

Xavier camina delante de mí, su presencia abriendo paso entre la multitud como un rompehielos. Lleva unos vaqueros oscuros que se ajustan perfectamente a sus piernas musculosas y una camiseta negra que abraza cada músculo de su espalda. Incluso vestido de manera informal, sigue emanando ese aura de autoridad que hace que la gente se aparte instintivamente.

Me siento ridículamente conservadora con el abrigo largo que cubre mi atuendo, pero no he sido capaz de quitármelo desde que salimos del coche. La idea de mostrarme en público enfundada en el conjunto tan kinky que llevo debajo me inhibe.

Rapidamente atravesamos la parte vainilla del club y nos sumergimos en el ambiente más oscuro e íntimo. Apenas nos ve, Mateo se levanta de su mesa para venir a nuestro encuentro. Como la vez anterior. lleva una camiseta sin mangas que deja al descubierto unos brazos musculosos cubiertos de tatuajes tribales. Su melena rubia de vikingo destaca bastante. Es un hombre guapísimo y de inmediato pienso en Marta, que en este momento debe de estar en el sofá con su serie nórdica depresiva sin sospechar lo que su jefe hace un sábado por la noche.

—Vaya, parece que esta vez te lo estás tomando en serio. ¿Dos veces en una semana? ¡Es de no creer, macho!

Xavier frunce el ceño.

—Debo ver cómo va el negocio. El ojo del amo engorda el caballo.

—Algo me dice que tienes otras prioridades además del negocio— Mateo sonríe en mi dirección con descaro.

Xavier chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—No te hago caso porque sé que eres gilipollas. Iré a buscar unas copas, será mejor que no te pases con mi pequeña, os estaré observando—dice Xavier en tono juguetón, luego se inclina para hablarme al oído con un ronroneo sexi—. Espérame aquí, nena. Te dejo en buenas manos.

Su aliento cálido me provoca un escalofrío. Cuando se aleja, Mateo se vuelve hacia mí con una sonrisa sincera.

—Me alegro de que hayas regresado. La mayoría de chicas no se atreven.

Sonrío encogiéndome de hombros.

—Creo que tengo un buen maestro.

Mateo asiente.

—El mejor, diría yo. Xavier es el puto sueño húmedo de toda sumisa. Es casi tan bueno como yo—me guiña un ojo y no puedo evitar sonrojarme.

—Esto… al parecer también he tenido suerte de novata—el cabrón está comenzando a ponerme nerviosa.

Mateo entrecierra los ojos.

—Yo no lo llamaría suerte—siento que mi cara arde bajo su escrutinio—. Xavier siempre ha tenido buen gusto.

—Supongo que sois amigos desde hace bastante—digo intentando desviar la conversación hacia otros territorios menos espinosos.

—Desde la universidad. Lo he visto todo, créeme—sonrie con travesura.

—Ya, me imagino.

—No, no te imaginas. Has cogido la versión madura y mejorada de este capullo. Aun así, ha hecho estragos con la pobre Delfina. La pobrecilla no le supera, y he oído que la chica solo le está dando dolores de cabeza a su nuevo amo. Ya te han hablado de Delfina, ¿verdad?

¿Delfina? El nombre no me suena de nada.

—Claro —miento, manteniendo el rostro imperturbable mientras mi mente procesa esta nueva información.

—Una chica fantástica —continúa Mateo, ajeno a mi turbación —. Estuvieron juntos casi un año. Récord absoluto para Xavier, de hecho.

Así que soy su reemplazo.

Una sustituta para la mujer que logró mantener su interés durante tanto tiempo. Vaya .

La idea se instala en mi pecho como una astilla pero me esfuerzo en sonar natural y despreocupada.

—A lo mejor me robo el récord.

Mateo entorna sus ojos azules y me estudia con renovado interés. Cualquier mujer a quien mirara de esta forma caería rendida a sus pies. No me extraña que mis ex compañeras estén tan alborotadas con el nuevo jefe.

—Eres *realmente* interesante—dice finalmente—. Ahora entiendo por qué Xavier ha elegido exhibirte.

Arqueo una ceja interrogante pero antes de que pueda preguntar a qué se refiere, una mujer enfundada en un vestido de látex rojo se acerca a nosotros. Es morena, con ojos grandes y oscuros y labios carnosos pintados de un rojo intenso. Sin mediar palabra, se arrodilla junto a Mateo y apoya la cabeza contra su muslo.

—Veo que te reclaman —comento, incapaz de apartar la mirada de la sumisión absoluta que muestra la mujer.

—El deber llama —responde con una sonrisa lobuna, acariciando el cabello de la mujer como quien premia a una mascota—. Ha sido un placer, Lucía. Espero que disfrutes de tu noche.

Mientras se alejan hacia las escaleras que conducen a las mazmorras subterráneas para ir a hacer Dios sabe qué, me quedo

sola con mis pensamientos. Así que Delfina… Me pregunto si esa chica sabrá de mi existencia.
¿Quién es? ¿Cómo es? ¿Por qué lo dejaron? Y lo más importante: ¿por qué Xavier no me ha hablado de ella?

Me obligo a relajarme y a observar mi entorno para distraerme. Esta vez, con más calma que en mi primera visita, puedo apreciar los detalles: la música cuidadosamente seleccionada, ni tan alta que impida la conversación ni tan baja que no cree ambiente; la iluminación estratégica que crea zonas de intimidad en medio de un espacio público; las distintas dinámicas entre dominantes y sumisos.

En un rincón, veo a una mujer joven sentada sobre el regazo de un hombre mayor quien le susurra algo al oído mientras ella bebe de su copa. En otra mesa, un hombre alimenta con fresas a una mujer con los ojos vendados. Cada interacción está cargada de una intimidad que va más allá de lo sexual, una conexión que parece transcender lo físico.

Quién sabe, a lo mejor la tal Delfina esté aquí y sea una de aquellas chicas.

De inmediato me vuelvo y miro alrededor buscando a Xavier. *¿Y si en este momento ella está con él?*

Madre mía, no puedo evitar que los celos me muerdan el alma. Me remuevo en el sitio algo afectada por las escenas que imagino entre Xavier y sus anteriores súbditas.

En ese momento noto un tirón suave pero firme en una de las cadenas del choker que llevo alrededor del cuello. El contacto me arranca de mis pensamientos oscuros y me devuelve al presente. Me vuelvo y veo a Xavier de pie sosteniendo dos copas con una mano. Se ha acercado desde atrás y ahora me mira con el ceño fruncido y con una mirada de reprobación.

—¿Por qué aún no te has quitado ese puñetero abrigo?

Porque el idiota de tu amigo vikingo me ha estado acosando.

Le observo y trago saliva antes de quitarme el sobretodo con movimientos que intento que parezcan seguros. Me estremezco al

quedar semidesnuda, solo con el mini top, la minifalda de cuero, y las botas altas, consciente de las miradas que comienzan a concentrarse en nosotros.

—Vaya hembra. Eres el puto centro de atención —susurra Xavier, su mano posándose posesivamente en mi cintura—. Todos saben que eres mía y que en unos minutos haré que todos vean lo orgullosa que estás de serlo.

Mis brazos se erizan, mi cuerpo reaccionando automáticamente a sus palabras.

—Todavía no me has dicho qué haremos esta noche—murmuro, sintiendo cómo mi corazón se acelera ante las posibilidades que desfilan por mi mente, cada una más pecaminosa que la anterior.

Su mirada se enciende, una mezcla de determinación y algo más profundo, más primitivo.

——Te azotaré en el escenario. Quiero que te corras delante de todos. Que los otros dominantes vean cómo mi nueva sumisa obedece a su jefe.

Capítulo 28

Tardo varios segundos en reaccionar.

—¿Perdona?

—Lo que has oído. Tendremos una sesión delante de los miembros del club.

Vuelvo a mirar a mi alrededor, a los hombres con pinta de sádicos y a las mujeres mordiendo una mordaza con cara de goce, y las manos empiezan a sudarme sin control.

—¿Y si no estoy a la altura?

Xavier toma mi barbilla entre sus dedos, obligándome a sostener su mirada. Durante unos segundos me contempla como si pudiera ver cada una de mis inseguridades.

—No estarías aquí si pensara que no puedes hacerlo. Claro que puedes, y hoy te lo demostrarás a ti misma.

Me bebo la copa de vino sin respirar.

—¿No hay algo más fuerte? ¿Como un tequila?

Xavier aprieta sus labios.

—¿En serio quieres emborracharte para quitarte el miedo?

Su tono de decepción hace que sienta un vacío en el estómago. Suspiro barajando mis opciones. Extrañamente, es más difícil de tolerar la herida en mi orgullo que la vergüenza que siento por mostrarme en público.

—Vale, el alcohol queda descartado. Pero necesito calmar mi ansiedad oral. O es una hamburguesa completa o un morreo contigo. Tú escoges.

Xavier suelta la carcajada.

—¿Sabes qué? Haremos las dos cosas. Primero devoraré tu boca y luego te pido la hamburguesa.

Sin dudarlo un instante, Xavier atrapa mi labio inferior con sus dientes y me da un beso largo y caliente. Cuando se aparta de mí debo respirar por la boca para recuperar el aliento.

—¿Mejor?—pregunta guiñandome un ojo.

Sonrío sintiendo esa gloriosa hinchazón de los labios después de un beso bien dado.

—Es un gran comienzo.

Durante la siguiente media hora cenamos y charlamos. Y eso hace que me olvide de la sesión pública. Pero en cuanto las luces de la sala bajan y cae un foco cenital sobre el escenario, alzo la cabeza, enderezo la espalda y miro a Xavier con los ojos abiertos como platos.

—Show time, nena.

Durante un momento me quedo paralizada igualita a un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

El foco del escenario parece atrapar cada partícula de polvo en el aire, y yo siento que mi respiración se ha vuelto visible para todos los presentes.

Xavier se levanta con elegancia y me tiende la mano. Sus dedos son cálidos, firmes, un ancla en medio de mi tormenta interior.

—Ven conmigo —susurra, y aunque lo dice tan bajo que solo yo puedo oírlo, su voz resuena en mi interior como un trueno.

Camino a su lado, consciente de cada par de ojos que nos sigue. El escenario, una plataforma circular elevada unos cincuenta centímetros del suelo, está equipado con varios elementos que reconozco de nuestras sesiones privadas: un potro de cuero negro,

grilletes de acero, y varios implementos cuidadosamente dispuestos sobre una mesa auxiliar.

Xavier me guía hasta el centro exacto del escenario. La luz cae sobre nosotros como una cascada plateada, aislándonos del resto del mundo. Por un momento, casi puedo fingir que estamos solos.

—¿Confías en mí? —pregunta, y su voz es terciopelo y acero a la vez.

Asiento, incapaz de articular palabra.

—Necesito oírlo, Lucía. Aquí y ahora.

Trago saliva, encontrando mi voz en algún lugar profundo de mi garganta.

—Sí, señor. Confío ciegamente en usted.

Una sonrisa casi imperceptible curva sus labios, y algo en sus ojos se suaviza por un instante tan breve que podría haberlo imaginado.

—Recuerda nuestra palabra de seguridad —dice, y yo asiento nuevamente—. Bien, ahora quiero que te arrodilles.

Obedezco, sintiendo el tacto frío de la madera pulida bajo mis rodillas. El traje de cuero negro cruje ligeramente con cada movimiento.

Xavier se desplaza hacia la mesa de implementos y regresa con una paleta de madera pulida del tamaño de una raqueta de tenis. La acaricia casi con reverencia mientras camina en círculos a mi alrededor, como un depredador evaluando a su presa.

—Levántate —ordena finalmente, y yo cumplo con movimientos que espero sean gráciles. Él se sienta en un taburete alto y se palmea los muslos—. Ahora quiero que te tumbes sobre mis piernas.

Me acomodo sobre su regazo, sintiendo el calor de su erección a través de la tela de sus vaqueros.

Con un movimiento fluido, Xavier levanta mi falda de cuero hasta dejarla enrollada en mi cintura, exponiendo mi trasero desnudo a la

vista de todos los presentes. El aire frío acaricia mi piel, y un escalofrío recorre mi columna vertebral.

Puedo sentir el silencio expectante que se ha apoderado de la sala. Nadie habla, nadie se mueve. Todos están pendientes de nosotros, de mí, de mi vulnerabilidad expuesta bajo las luces.

La primera nalgada llega sin aviso previo. El sonido de la madera contra mi piel resuena en el espacio, amplificado por el silencio. Un gemido involuntario escapa de mis labios mientras el dolor se extiende como fuego líquido por mi glúteo derecho.

—Cuéntalas —ordena Xavier, su voz firme pero tranquila—. Y agradece cada una.

Respiro hondo, tratando de encontrar mi voz.

—Una —digo, sorprendida por lo temblorosa que suena—. Gracias, señor.

La segunda nalgada cae, esta vez en el glúteo izquierdo, equilibrando el dolor.

—Dos. Gracias, señor.

Para la tercera, ya estoy anticipando el impacto, tensando involuntariamente los músculos. La madera golpea justo en la unión entre glúteo y muslo, una zona particularmente sensible.

—Tres —jadeo, con lágrimas asomando a mis ojos—. Gracias, señor.

Xavier establece un ritmo constante, alternando los lados y variando la intensidad. Con cada impacto, siento que mi conciencia se desdobla: una parte de mí registra el dolor agudo, mientras otra observa con fascinación cómo ese dolor se transforma en algo distinto, algo que hace que mi sexo palpite y se humedezca.

—Diez. Gracias, señor —mi voz suena ahora más segura, más presente.

Noto cómo Xavier se detiene un momento para acariciar mi piel ardiente. Sus dedos, frescos en comparación con mi trasero en

llamas, trazan círculos suaves que envían oleadas de placer mezclado con dolor.

—Estás preciosa así —murmura lo suficientemente alto para que yo lo escuche, pero lo bastante bajo para mantener cierta intimidad—. Tu piel toma un color rosado perfecto.

Continúa con la paleta, y yo sigo contando. Quince. Veinte. Veinticinco. Con cada golpe, me hundo más profundamente en esa extraña zona mental donde el dolor y el placer se entrelazan hasta hacerse indistinguibles. Las lágrimas corren libremente por mis mejillas, pero no son lágrimas de sufrimiento, sino de liberación.

—Treinta. Gracias, señor —mi voz suena ahora casi extática.

Xavier deja la paleta en el suelo con un movimiento deliberadamente lento. Puedo sentir cómo sus ojos recorren mi trasero, evaluando su obra. Sus manos masajean la zona castigada, alternando presión firme con caricias suaves.

—Has sido muy valiente —dice, y hay un tono en su voz que no había escuchado antes, algo parecido al orgullo—. Ahora, vamos a continuar.

Me reacomoda sobre sus piernas, asegurándose de que mi sexo quede presionado contra su muslo. Puedo sentir la humedad de mi excitación a través de la tela de su pantalón, y la vergüenza de saberme tan expuesta ante todos se mezcla con un orgullo perverso.

La mano de Xavier se alza en el aire y desciende con precisión sobre mi glúteo derecho. El sonido es diferente al de la madera: más sordo, más íntimo. Y la sensación... oh, la sensación es completamente distinta.

—¡Cuenta! —ordena.

—Uno. Gracias, señor —respondo, sorprendida por la diferencia.

La paleta creaba un dolor agudo, localizado. La mano de Xavier, en cambio, distribuye el impacto de forma más amplia, enviando ondas de calor que parecen conectar directamente con mi sexo.

—Dos. Gracias, señor.

Con cada nalgada de su mano, siento cómo mi cuerpo responde de forma más intensa. Mi vientre se contrae con anticipación, mi sexo palpita contra su muslo. Es como si cada impacto enviara una corriente eléctrica directamente a mi clítoris.

—Cinco. Gracias, señor —mi voz suena ahora ronca, cargada de deseo apenas contenido.

Xavier debe de notarlo, porque su ritmo cambia. Las nalgadas se vuelven más lentas, más deliberadas. Después de cada impacto, su mano permanece en contacto con mi piel, acariciando y apretando ligeramente.

—Diez. Gracias, señor —estoy jadeando abiertamente ahora, moviendo mis caderas de forma involuntaria contra su muslo.

En algún momento, me doy cuenta de que ya no estamos solos en nuestra burbuja. Levanto la mirada y veo decenas de rostros observándonos con fascinación. Algunos dominantes mantienen una expresión impasible, evaluando la técnica de Xavier. Otros muestran abiertamente su excitación, sus ojos brillantes de deseo.

Y entonces le veo. Mateo ha salido de la zona de mazmorras y se acerca al escenario, deteniéndose a unos pocos metros de mí. A diferencia de los demás espectadores, que mantienen cierta distancia respetuosa, él parece querer acercarse lo más posible sin invadir directamente nuestro espacio.

Sus ojos azules no se apartan de mí ni por un segundo. Hay algo en su mirada que me resulta perturbador y excitante a la vez. No es la mirada de alguien que observa un espectáculo; es la mirada de alguien que desea participar.

Xavier continúa con las nalgadas, ajeno a mi descubrimiento. O quizás no tan ajeno, porque de pronto sus golpes se vuelven más intensos, como si quisiera reclamar mi atención completa.

—¡Quince! ¡Gracias, señor! —mi voz suena entrecortada.

Por el rabillo del ojo, veo cómo Mateo desliza su mano hacia su entrepierna, acariciando por encima del pantalón una erección imposible de disimular. El gesto es discreto, casi furtivo, pero inequívoco. Aparto la mirada, avergonzada y confundida por mi propia reacción.

¡Esto se siente incorrecto a tantos niveles!

No me perturba que otros dominantes se exciten viéndome; después de todo, ése es parte del propósito de una exhibición pública. Pero que sea específicamente Mateo, el mejor amigo de Xavier... eso parece cruzar una línea invisible.

Intento concentrarme en las sensaciones que Xavier está provocando en mi cuerpo. En el calor de mi trasero, en la forma en que cada nalgada envía ondas de placer a mi coño. Pero mis ojos parecen tener voluntad propia y vuelven a buscar a Mateo.

Él sigue allí, inmóvil excepto por su mano, que ahora aprieta su erección con más fuerza. Nuestras miradas se cruzan por un instante, y hay algo en esos ojos azules que me deja sin aliento. Es como si me estuviera follando con la mirada, como si pudiera ver a través de mi ropa, de mi piel, directamente a mis pensamientos más oscuros.

En ese preciso momento, la mano de Xavier se desliza entre mis muslos, encontrando mi sexo empapado. Sus dedos se hunden en mis pliegues con precisión experta, localizando mi clítoris hinchado.

—¡Veinte! ¡Gracias, señor!—gimo, apenas capaz de formar palabras coherentes.

Xavier alterna ahora: una nalgada con su mano derecha, seguida de caricias íntimas con la izquierda. El contraste entre el dolor y el placer es abrumador. Mi mente se nubla, incapaz de procesar tantas sensaciones simultáneas.

—¡Veinticinco! ¡Gracias, señor! —aúllo.

Sus dedos aumentan el ritmo sobre mi clítoris, circulando con precisión milimétrica. Al mismo tiempo, sus nalgadas se vuelven más intensas, más concentradas en ese punto exacto donde glúteo

y muslo se encuentran, enviando ondas de dolor placentero directamente a mi coño.

Estoy al borde del orgasmo, temblando incontrolablemente. Y sin embargo, no puedo apartar la mirada de Mateo, que sigue allí, observándome con una intensidad que debería asustarme pero que, en cambio, me empuja más cerca del abismo.

—¡Treinta! ¡Gracias, señor! — grito, sintiendo cómo mi cuerpo se tensa preparándose para el clímax.

Xavier debe sentirlo también, porque sus dedos aceleran su baile sobre mi clítoris mientras su otra mano cae con fuerza renovada sobre mi trasero ya sensibilizado.

—¡Córrete para mí!—ordena finalmente, su voz fuerte y exigente—. ¡Córrete ahora como una cerda!

Y así lo hago.

El orgasmo me golpea como una tormenta eléctrica, sacudiendo cada fibra de mi ser. Mis músculos se contraen, mi visión se nubla, y un gemido largo y agudo escapa de mis labios sin que pueda contenerlo.

En ese momento de vulnerabilidad absoluta, con mi cuerpo convulsionando sobre las rodillas de Xavier, mis ojos permanecen fijos en los de Mateo.

Hay algo profundamente perturbador y excitante en compartir este momento íntimo con él, en permitirle ser testigo de mi rendición completa.

Xavier sostiene mi cuerpo tembloroso, sus dedos prolongando las últimas oleadas de placer hasta que resulta casi doloroso. Solo entonces retira su mano, permitiéndome respirar nuevamente.

Con movimientos cuidadosos, me ayuda a incorporarme. Mis piernas tiemblan tanto que temo no poder sostenerme, pero él me mantiene firmemente sujeta por la cintura. Con delicadeza, acomoda mi falda, cubriendo nuevamente mi trasero expuesto.

El público rompe en un aplauso respetuoso pero entusiasta. Algunos dominantes asienten con aprobación, reconociendo la habilidad de Xavier. Las sumisas presentes me miran con una mezcla de envidia y admiración.

Pero yo solo puedo ver a Mateo, que se ha quedado inmóvil, su mano ya apartada de su entrepierna, su expresión indescifrable. Cuando nuestras miradas se cruzan una última vez, hay algo en sus ojos que me deja helada: una promesa silenciosa, un desafío, una advertencia.

Xavier me guía fuera del escenario, sosteniéndome contra su cuerpo mientras mis piernas recuperan su fuerza. Me lleva a un rincón apartado, lejos de miradas curiosas, y me envuelve en sus brazos.

—Has estado perfecta —susurra contra mi pelo—. Perfecta.

Me permito hundirme en su abrazo, buscando anclarme en la realidad después de la intensidad de lo vivido. Pero una parte de mi mente sigue atrapada en aquellos ojos azules que me observaban con tanta hambre.

—¿Estás bien? —pregunta Xavier, notando mi distracción.

Asiento, incapaz de poner en palabras lo que acabo de experimentar. ¿Cómo explicarle que mientras me corría bajo sus manos expertas, no podía apartar la mirada de su mejor amigo? ¿Cómo confesarle que, en ese momento de máxima vulnerabilidad, había permitido que Mateo compartiera algo que debería haber sido solo nuestro?

—Sí —miento, forzando una sonrisa—. Solo estoy un poco abrumada.

Xavier me estudia por un momento, como si pudiera detectar la mentira en mis ojos. Finalmente asiente, aparentemente satisfecho.

—Es normal. La primera vez en público siempre es intensa —me besa suavemente en la frente—. Vamos a buscar algo de beber. Necesitas hidratarte.

Mientras caminamos hacia el bar, siento una presencia a nuestra espalda. No necesito girarme para saber quién es. La energía que emana es inconfundible.

—Impresionante espectáculo, amigo —la voz de Mateo suena casual, casi despreocupada, pero hay un subtexto que me eriza la piel—. Lucía es... excepcional.

Xavier me aprieta ligeramente contra su costado, un gesto posesivo que no pasa desapercibido.

—Lo es —responde, y hay un orgullo evidente en su voz—. Y es mía.

Hay algo en la forma en que pronuncia esa última palabra que suena como una advertencia. Mateo levanta las manos en un gesto de rendición fingida, pero su sonrisa no alcanza sus ojos.

—Por supuesto, por supuesto. Solo estaba expresando mi admiración profesional —su mirada se desliza hacia mí, evaluándome con un descaro que me hace sonrojar—. Tienes mucha suerte, Xavier.

—Lo sé —responde éste, su tono cortante indicando que la conversación ha terminado.

Mateo asiente, captando la indirecta. Antes de marcharse, me dedica una última mirada, tan breve que casi podría haberla imaginado.

Capítulo 29

MATEO

Menuda hembra.

Aún puedo sentir mi verga gorda latiendo dentro de mis pantalones, empujando enloquecida. Es tan jodidamente doloroso, como si me la estuvieran atenazando.

Esto tiene que parar.

Me acerco en cuanto Xavier desaparece para atender sus negocios. Hay muchos amos aquí que no se cortarían en intentar seducirla. Ni siquiera saber que es propiedad del puto dueño del club les detendría.

Por suerte estoy yo aquí.

No temas, sumisa, ningún hombre malo vendrá a molestarte.

Me echo a reír para mis adentros.

Mierda, es fascinante ver cómo su cuerpo se tensa al percibir mi presencia. No necesita girarse para saber que soy yo.

Es el sexto sentido de las sumisas. Me huelen y se inquietan con las posibilidades...

Puedo verlo en la forma en que sus dedos se cierran con más fuerza alrededor de su copa, en cómo su respiración se acelera ligeramente aun sin saber que estoy de pie oliendo hasta el champú de su puto pelo.

—Impresionante actuación —digo y la pobre Lucía pega un bote y se gira bruscamente como si alguien hubiera disparado un revólver

cerca de su oído. Me sitúo junto a ella en la barra y sonrío—. Ha sido un placer para mí hacer que te corras.

Sus ojos avellana brillan con indignación.

—No sé de qué narices hablas —responde, pero el temblor en su voz la delata.

Me encojo de hombros, pidiéndole al barman un whisky con la mano.

Si no quieres admitirlo, sumisa, no es mi problema.

—Ambos sabemos lo que sentiste, pero no presionaré el asunto —me inclino ligeramente hacia ella, a posta con toda la intención de incomodarlal—. No te culpo. Es natural sentir curiosidad.

—¿Curiosidad? —su tono es cortante—. Lo único que siento es incomodidad por tu falta de respeto hacia Xavier.

—¿Respeto? —río suavemente—. Xavier y yo nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para andarnos con hipocresías. Él habría hecho exactamente lo mismo si estuviera en mi lugar.

Doy un sorbo a mi whisky, saboreando tanto el licor como la tensión creciente entre nosotros.

Me gusta ver el fuego en sus ojos. Añadamos un leño más a esa hoguera.

—Primero Iñaki, luego Xavier... —dejo que mis palabras floten en el aire antes de añadir—: Como el siguiente sea yo, te estarás superando a pasos de gigante.

Sus ojos se entrecierran peligrosamente. Veo cómo aprieta la mandíbula, conteniéndose.

—¡Y como Xavier se entere de que me estás tirando los tejos, te quedarás sin amigo! —replica, con veneno en cada sílaba.

Me río abiertamente. Su fiereza es refrescante. La mayoría de las sumisas que frecuentan este lugar no se atreverían a hablarme así.

¿No sabes, acaso, que una sumisa rebelde es una delicatessen para un dominante?

—Xavier me conoce mejor que nadie. Sabe perfectamente que no me quedo quieto hasta probar lo que él tiene.

Me acerco como el lobo feroz a Caperucita. Lucía retrocede un paso, pero la barra le impide alejarse más, atrapada entre el mármol frío y mi cuerpo.

—¿Sabes qué? Me caías bien, Mateo,.pero esto ya no me hace gracia.

—Tampoco te hará gracia cuando te ponga de bruces sobre mi polla y te caigan mis nalgadas —susurro, inclinándome hasta que mis labios casi rozan su oreja.

Siento cómo se estremece involuntariamente. No es miedo, es algo más primitivo. Deseo. Por mucho que intente negarlo, su cuerpo la traiciona.

—¡Eres repugnante! —escupe, aunque sin la convicción necesaria para que resulte creíble.

—Y tú eres una mentirosa —respondo, deslizando un dedo por su brazo desnudo. Al instante se le pone la carne de gallina. Eso no se puede fingir—. Vi cómo me mirabas mientras Xavier te azotaba. No podías apartar tus ojos de mí.

Lucía aparta mi mano con un manotazo, sus ojos ahora encendidos de furia.

—No confundas las cosas —sisea—. Estaba en trance, ni siquiera era consciente de dónde miraba.

—No sabes mentir, eres tan ingenua, y eso me pone aún más —sonrío, disfrutando de su incomodidad—. ¿Qué crees que diría Xavier si le contara que fantaseabas conmigo mientras él te tocaba?

Veo una sombra de pánico cruzar por sus ojos. Por un momento, casi me siento culpable. Casi.

—No te atreverías —su voz es apenas un susurro.

—No me conoces lo suficiente para saber de lo que soy capaz —respondo, terminando mi whisky de un trago.

Nos quedamos en silencio por unos segundos, evaluándonos mutuamente.

—¿Qué quieres de mí, Mateo? —pregunta finalmente, su voz más calmada pero no menos tensa.

¿Qué quiero? Me tiraria horas explicándotelo, sumisa.

—Quiero que admitas lo que sentiste —digo finalmente—. Quiero que reconozcas que, por un momento, deseaste que fuera yo quien te castigara.

Lucía sostiene mi mirada, el fuego en sus ojos explota en una llamarada.

—¡Lo que yo sienta o deje de sentir no es asunto tuyo!—responde con una determinación que me irrita—. Y si realmente eres amigo de Xavier, deberías respetarlo lo suficiente para no intentar quitarle lo que es suyo.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba.

Tú no eres de él. Al menos no exclusivamente.

—Podría tener a cualquier sumisa de este club a mis pies con solo chasquear los dedos. También a ti.

Veo cómo se tensa, cómo sus ojos se oscurecen de ira.

—No tienes ni idea de lo que hay entre Xavier y yo —hay una certeza en su voz que me desconcierta—. Y nunca lo entenderías.

Antes de que pueda responder, veo por el rabillo del ojo a Xavier que se acerca desde las oficinas del club. Su expresión es neutra, pero le conozco lo suficiente para saber que es mejor no estar aquí.

Lucía también le ha visto. Se endereza, como preparándose para lo que viene.

—Esta conversación no ha terminado —le advierto en voz baja.

Capítulo 30

Cuando Xavier cerró la puerta de la mazmorra, sentí alivio.

No quiero verle más.

Si Xavier se llegara a enterar de lo que está haciendo y diciendo ese hijo de puta a sus espaldas, estoy segura de que le mataría.

Pero no puedo hacerlo. Al menos no esta noche. Si me ha hecho enfurecer a mí, no me imagino lo que provocaría en él.

No permitiré que ese capullo arruine nuestra noche.

Estoy tumbada boca abajo sobre el potro de tortura. Mi mejilla descansa en la almohadilla mientras Xavier ajusta la soga que ata mis manos y brazos.

Pero antes de continuar la faena, coge un frasco de la mesita.

—Esto ayudará con la inflamación —explica, vertiendo un aceite aromático en sus palmas que luego esparce sobre mis pobres nalgas escaldadas.

Mi culo escuece pero no me quejo. Sus manos trabajan con delicadeza sobre mi piel maltratada, esparciendo el aceite con movimientos circulares. El aroma a lavanda y árnica llena la habitación, y comienzo a relajarme bajo su toque experto.

La última hora ha sido intensa. Nunca pensé que disfrutaría tanto de la sensación de ser dominada en público. Pero aquí estoy, de nuevo entregada completamente a él, dejando que cuide de mí después de llevarme al límite.

—De momento esto será suficiente. ¿Estás cómoda? —pregunta comprobando las correas del potro que sujetan mi cuerpo al banco.

—Sí —murmuro, sintiendo cómo la presión de estar atada y completamente inmóvil me proporciona una extraña sensación de calma.

Xavier se mueve lentamente alrededor del potro, está completamente desnudo y me observa como quien admira su gran obra maestra. Sus ojos negros brillan con una mezcla de deseo y concentración en la tarea de amarrarme al potro.

—Así me gusta —susurra, más para sí mismo que para mí.

Procede a atar mis tobillos, asegurándose de que las sogas estén lo suficientemente tensas para inmovilizarme sin cortar la circulación. Cada vez que sus dedos rozan mi piel, un escalofrío recorre mi cuerpo y siento un nudo en las entrañas.

—Xavier —susurro con la necesidad inexplicable de decir algo que probablemente me meta en problemas.

—¿Sí?

Las palabras se atascan en mi garganta. ¿Cómo explicarle que esto ha dejado de ser un simple juego para mí? ¿Que cada vez que me toca, algo dentro de mí se transforma? ¿Que temo estar enamorándome de un hombre que solo ve en mí a una sumisa para satisfacer sus fantasías?

—Nada —respondo finalmente, acojonada.

Cobarde .

Xavier se pone en cuclillas hasta que sus ojos están al nivel de los míos.

—Sabes que puedes decirme cualquier cosa, ¿verdad? —dice con esa voz grave que hace que mi interior se derrita—. No hay lugar para secretos entre nosotros. No aquí, no en esta mazmorra.

Me muerdo el labio y suspiro en un intento por reunir valor.

—¿Qué somos? —pregunto finalmente—. ¿Qué es esto que hacemos?

Xavier carraspea. Luego hace silencio como si le hubiera pillado desprevenido.

Gracias por estropearlo todo con tus preguntas estúpidas.

—Somos lo que queramos ser, nena—responde finalmente—. Sin etiquetas, sin expectativas impuestas desde fuera.

No es la respuesta que esperaba y no puedo ocultarlo.

—¿Y si yo quisiese más? —me atrevo a preguntar, mi voz apenas un susurro.

Xavier me mira con impaciencia y la intensidad de sus ojos me atraviesa.

—¿Qué es lo que quieres exactamente, pequeña? —pregunta, utilizando ese apelativo cariñoso que reserva para nuestros momentos más íntimos.

Te quiero a ti. Creo que te amo , pienso, pero las palabras están atascadas en mi garganta. Y mejor que sea así porque se sienten tan estúpidas, tan ingenuas, tan… Imposibles.

—Solo quiero sentir que esto significa algo para ti también, que no me estoy involucrando en algo de donde saldré con el corazón roto —logro articular finalmente.

Xavier acaricia mi mejilla con ternura.

—Significas mucho, nena. Pero este mundo en el que me muevo tiene reglas por una razón.

—Lo sé —respondo, sintiendo cómo la decepción se asienta en mi pecho—. Un amo no se enamora de su sumisa.

Una sonrisa enigmática cruza su rostro.

—Idealmente, no.

Antes de que pueda procesar sus palabras, se aparta.

—Pero déjame mostrarte algo nuevo esta noche —dice, volviendo a su papel de dominante, sus ojos brillando con una pizca de malicia. —. Algo que requiere confianza absoluta.

—Confío en ti —respondo sin dudar.

—Lo sé. Y también sé que harías todo por complacerme.

—Cualquier cosa que me pida, señor—sonrío.

Cuando en ese momento la puerta pesada de metal se abre, abro los ojos sobresaltada.

—Está todo bien, pequeña, no te asustes —susurra Xavier.

Solo puedo girar la cabeza pero estoy completamente segura de que alguien ha entrado en nuestra mazmorra. Solo cuando finalmente entra en mi campo de visión le veo. Es un hombre de casi dos metros que lleva una máscara de cuero que le cubre toda la cabeza. Va igual de desnudo que Xavier y apunta en mi dirección su enorme polla erecta y surcada de venas azules. Su actitud es dominante y agresiva.

Qué narices…

Intento mover mis brazos y piernas pero estoy inmovilizada. Alarmada y con los ojos como platos, volteo para ver a Xavier, pero él no parece sorprendido. Con calma y completo dominio de la situación, se inclina sobre mí y me da un beso en la frente, uno de sus malditos besos castos que tanto odio.

Como si fuera una chiquilla. Como si no fuera lo suficientemente mujer para merecer un beso de verdad…

—Tranquila, nena. Sabes comerte mi polla como ninguna otra sumisa lo ha hecho. Pero es hora de pasar al siguiente nivel.

El hombre de la máscara avanza hacia mí y cuando coge mi melena en un puñado y se inclina para mirarme a la cara reconozco de inmediato aquellos ojos azules.

Oh no.

Esto no está bien, esto es tan incorrecto.

—¡Madrid! —grito la palabra de seguridad como si la vida me fuera en ello.

Fin del libro 1

El libro 2 de la serie **El jefe: Mateo** ya está en preventa.

(IMPORTANTE: Da vuelta a la página porque aún hay más…)

¿Te apetece seguir leyendo la historia de Lucía y Xavier?

Descubre hoy mismo cómo continúa la historia con un ADELANTO EXCLUSIVO solo para
suscriptores de la lista de correo de la serie!

Puedes suscribirte gratis a la lista de correo aquí:

Boletín gratuito de Brenna Day

Al instante recibirás el adelanto de **El jefe Libro 2: Mateo** en tu email.

Aquí para continuar leyendo:

El jefe 2: Mateo

(comediaromantica.substack.com)